

Modesto Caballero Ramos

EL PRECIO DE LA INFANCIA

Modesto Caballero Ramos



EL PRECIO
DE LA INFANCIA

Modesto Caballero Ramos

EL PRECIO DE LA INFANCIA

Caballero Ramos Modesto

El precio de la infancia

1º Edición

Santiago de Chile 2016

Huepil

Derechos exclusivos de edición
en castellano reservados para todo el mundo.

Autorizado por el autor para OMEGALFA

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

Julio 2018



A mis inolvidables padres
A mis abuelos
A mis demás familiares y en particular a mi primo Laíto
A mis amigos todos, los de antes y los de ahora
A mi entrañable Mayarí y mis coterráneos
A todos lo que hicieron posible que esta publicación se hiciera realidad, en Cuba y en Chile.

*Soy feliz, soy un hombre feliz
y quiero que me perdonen
este día los muertos de mi felicidad*

Silvio Rodríguez (canción)

DEDICATORIA

A los que no llegaron
para que esta maravilla se hiciera realidad
A los que llegaron y ya no están
A mi familia
A mis amigos de antes y de ahora
A mi tierra y toda su gente

AGRADECIMIENTO

Agradecimiento infinito para que esta novela se hiciera realidad a mi hermano chileno Hernán Retamal, alma del proyecto y cerebro organizador y aglutinador del equipo de solidaridad integrado por Eduardo, Enrique, Elsa, Axel, Máximo, José, Juan, Carlos, Tatiana, Alejandro, Enzo, Víctor, Roberto y todos quienes colaboraron para que este libro se hiciera realidad.

La bahía de Nipe, larga y ancha, debía verse desde el lomo plumífero de un guincho como si fuera una gran mancha de leche, adornada con sus tantas ensenadas y manglares verdes. Al menos, así pensaba Nelsito, desde su punto de observación, en lo más alto del promontorio, donde cada tarde iba a sentarse solitario a contemplar la espléndida extensión de agua salada; que bien conocía y de la que su padre, Ricardo el Pescador, le contaba historias.

Por caprichos de la vida, el mar abierto se había comido aquel gran pedazo de tierra y había vaciado allí sus aguas desde antes de que el abuelo corriera por sus manglares. Lo sabía porque cuando él nació, ya la bahía estaba allí. Su hermano Ricardito le contó que el día en que vino al mundo, se encontraba sentado en la parte de abajo de una de las dos cuarterías que allí había, donde vivían en ese tiempo, en un lugar llamado Playa Mantecca, a una legua de donde lo hacían ahora, aquí en Guanina Way.

Le dijo que escuchó su llanto, pero como a los muchachos no lo dejaban estar dentro de las casas cuando alguna mujer iba a parir, él se había quedado allí, solo, a esperar a que lo llamaran para conocer a su hermanito o hermanita, eso se sabía solamente después del parto. Esperaba que en esta nueva oportunidad no sucediera lo ocurrido con el parto anterior de su madre, cuando su hermanito nació muerto. Era un niño grande y hermoso, pero el cordón umbilical se le enredó en el cuello. Fue muy triste y todos lloraron mucho. Él tenía solamente un

lejano recuerdo de aquel suceso porque apenas si tenía dos años de edad. Recordaba que un rato después el padre bajó las escaleras. Llevaba un balde en la mano. Lo siguió en silencio hasta la orilla de la bahía. Lo vio escarbar con las manos en la arena, vaciar en el hueco abierto el contenido de la vasija y lavarla luego con agua del mar antes de regresar a la casa.

Por eso él sabía que la bahía ya estaba allí cuando su mamá lo parió hacía siete años. Quizás sería por eso que la mayor parte del tiempo se la pasaba en el mar; o bien remando en la chalana de cualquier pescador; nadando de un lado para otro, o encaramado en los patabanes y los mangles rojos o negros, comiendo ostiones. Si no, como ahora, sentado allí, pensando en las cosas que le venían a la cabeza. ¡Tan distintas a las que a diario se veía envuelto!, rodeado por los muchachos del barrio, entre ellos, sus numerosos primos.

Era para los demás, un guía. Hacían lo que él decidiera que había que hacer. Les preguntaban a dónde ir, qué jugar; sin que se diera cuenta del por qué, si algunos eran mayores que él. Tal vez fuera porque cuando algún vejigo¹ de los otros barrios los desafiaba, era él quien se fajaba para defenderlos. Tampoco sabía por qué no sentía miedo de nada. Lo mismo reñía con uno que con tres a la misma vez y al final, los otros salían corriendo. Él era el cheche² del barrio. Lo era así mismo para lanzarse al mar en medio de la ensenada y nadar hasta el fondo y como muestra de que lo había hecho, traía un puñado de fango en una mano. Los demás no se atrevían hacerlo por miedo a los tiburones y a las rayas.

¹ Niño

² Valiente, guapo

O cuando subía al farallón más alto con una yagua³ y se lanzaba en vertiginoso descenso hasta la sabana. Los demás lo miraban y admiraban pero no se atrevían a tanto como eso de cuando pasaba el tren con los carros cargados de caña para el central Preston. Él se plantaba al lado de la línea para halar las que sobresalían de las jaulas de hierro y luego las repartía. Así era.

Al final del día buscaba un espacio donde pudiera estar solo e imaginar que volaba sobre un guincho y lo veía todo desde arriba, donde las nubes no se cansaban de nadar sobre el aire. O que era un artista y paseaba por las calles de la Habana, un pueblo muy grande que estaba lejos, donde alguien que había ido contaba que había un lugar con animales extraños, incluso, elefantes y leones, los que él no había visto nunca. Por allí no se daban esos bichos, solo caballos, puercos y muchos chivos, pero ¿elefantes y leones?, jamás los había visto pasar ni conocía a nadie que tuviera ninguno en su casa. Por eso a él le gustaba pensar y pensar, sentado en aquella loma, donde último dejaba de brillar el sol.

No quería ser como sus hermanos mayores varones, Juan y Ricardito, que al igual que el padre, eran pescadores. Se pasaban parte del día hirviendo sardinas en un tanque y sacando tierra de una loma. La mezcla del pescado con la tierra la llamaban “engodo”, unas pelotas apestosas para lanzarlas junto a unas estacas que tenían clavadas en algunos lugares de la bahía, cercano al manglar, para que los camarones fueran a comer. Después se acostaban a dormir hasta el oscurecer y de nuevo la rutina: comer, cargar aquel preparado y no regresar a la casa hasta el amanecer para repetir lo mismo todos los días del mundo.

³ Parte de la hoja de la palma real que abraza al tronco

Él no quería ser pescador. Soñaba con ser artista o poeta y vivir en la Habana. Ahora tenía siete años. Todavía no iba a la escuela. No había maestra. Decían que la que enseñaba en la escolita, que ahora estaba cerrada, allá, en la loma Guanina, un día no vino más y desde entonces, nadie estudiaba y el día entero los muchachos andaban mataperreando de arriba a bajo. Pero eso, sí, respetuosos con las personas mayores, con excepción de los nietos del viejo Manico, Rafle, el peor de todos y con quien él se fajaba casi todos los días, Raulito y Robertico, que no respetaban a nadie, incluso, ni al abuelo, porque el propio Rafle, cuando el viejo lo regañaba, le contestaba, “ah Papa, no coma jotingo⁴ de buey”. Si él lo escuchaba, le iba para arriba y le daba golpes hasta que el otro salía corriendo, porque a los viejos hay que respetarlos, le decía.

Los demás muchachos no eran así, podían ser regañados, que ninguno contestaba. Para él, en particular, los momentos más divinos eran aquellos cuando de noche alrededor del abuelo paterno, todos los nietos se sentaban a escuchar los cuentos que les hacía sobre hadas madrinas, de las mil y una noches. Era su fascinación. Quedaba embelesado. Como su sueño era volar, se subía a la alfombra mágica de Aladino. El abuelo era un sabio. ¡Sabía tantas cosas! Nunca terminaba la historia que comenzaba, la dejaba pendiente para el otro día cuando más interesante estaba.

No sólo de aquellas fantásticas aventuras le llenaba la mente. Él fue Mambí⁵ y peleaba a machetazos limpios

⁴ Ano

⁵ Soldado del Ejército Libertador Cubano. Su nombre viene del patriota independentista dominicano Eutimio Mambí. Si bien comenzó como el término con que los españoles se referían a los independentistas, también acabó siendo usado por los independentistas para referirse a si mismos.

contra los españoles. En esas historias él siempre estaba donde más peligro había y triunfaba. A veces la abuela Rosalía lo interrumpía y le decía: “no le digas mentiras a los muchachos” y el abuelo le respondía que eso era verdad. Él, por lo menos, le creía.

Pero el resumen de todo era ese rato a solas sobre el pico más alto, donde nadie lo iba a molestar y podía soñar y soñar hasta sentirse feliz. Por eso, al otro día, cuando se sentaba debajo del gigantesco júcaro⁶ de la cañada que limitaba la finquita del abuelo con el pedacito de tierra de su papá y les contaba de sus propias historias, las que aseguraba las había soñado la noche anterior, los muchachos se divertían escuchándolo.

Así iba pasando el tiempo. Para él solo existía, como forma de medirlo, el día, pues la semana, el mes o el año eran conceptos que no entendía. Nada les decían, además, no lo necesitaba. Los días todos eran iguales y él, para diferenciarlos, pues tampoco era importante saber cuándo era lunes o cuándo domingo, solo utilizaba los símbolos de su imaginación, que, como si fueran sueños, compartía con los amigos y los primos y la muchachada lo escuchaba atónitos. El se sentía diferente al resto y en verdad lo era. Mientras los otros solo pensaban en la próxima travesura o la forma para escapar del control de los padres, él se asomaba a la ventana de la fantasía para ver cómo aprovechar cada momento e imaginarse que montaba un gran caballo alazán como el de su tío y a la vez, padrino, Vicente, hermano de su abuelo paterno, alto y delgado, quien incluso, cuando iba sobre la bestia, mantenía su erguida figura.

⁶ Árbol de madera dura

Se lo imaginaba cargando al machete contra los españoles durante la guerra, porque era mayor que su abuelo y de él se contaban hazañas y en más de una ocasión, cuando el tío se bajaba del caballo, se acercaba al animal para mirar de cerca el paraguayo, aquel largo y fino machete del que se decía había utilizado en los combates, para ver si todavía estaba manchado de sangre.

Le llamaba la atención el por qué a su tío no se le entendía bien cuando hablaba. Le temblaba la voz. Chana, su mamá, le contó que no siempre fue así. Todo le comenzó una vez, hacía muchísimos años. El tío estaba casado con otra mujer que no era la tía y también madrina María, hermana e su abuela Rosalía, sino, otra, con la que tuvo cuatro hijos que no eran los que ahora tenía y que eran muchos.

El tío se levantaba de madrugada para irse para los cañaverales de su propiedad, era colono, al igual que el abuelo. Habían perdido todas sus riquezas muchos años antes y para que su esposa no se levantara, él mismo encendía el fogón de carbón y colaba el café. Se marchaba dejando a la familia durmiendo, pero que un día, sin darse cuenta, dejó el fogón prendido y la casa, que era de madera con techo de zinc, cogió candela y todos murieron abrasados por las llamas. Cuando le avisaron, no pudo reconocer a ninguno de sus hijos ni a la esposa y a partir de aquel día, jamás pudo recobrar su potente voz.

Era el segundo caso de incendio donde parte de la familia había muerto y que él conocía, pues casi igual le había sucedido a su abuelo Lao, el papá de su mamá con su anterior familia, la que no pudo escapar de un voraz incendio, y fue por eso que su abuelo conoció después a su abuela Toña, a quien tanto adoraba.

Los otros caballos que les gustaban, eran los del mayoral Luís Fis, que vivía en Playa Manteca. A este hombre que por el trabajo que tenía vivía mejor que el resto de los vecinos, los respetaban y querían porque era bueno. También los caballos de once cuartas⁷ con que la pareja de guardias rurales pasaban todos los días por allí, aunque Estos siempre los observaba desde lejos. Nadie se les acercaba, la gente les tenían miedo, porque eran capaces de cualquier cosa mala. Golpeaban a los guajiros⁸, a los que ellos llamaban revoltosos, lo mismo con el bicho de buey⁹ que con el plan de los machetes¹⁰. Pero los caballos eran realmente hermosos y nada tenían que ver con la conducta de los jinetes.

Miraba al cielo cuando pasaba algún avión. Se sentía dentro de aquellos aparatos. En el viaje solo conocía lo que estaba en aquel círculo que su vista alcanzaba y que las personas mayores llamaban horizonte. Contaba como había sido el sueño. Desde las nubes los había visto a ellos corriendo por los potreros y cuando se cansaba de volar, entonces el aeroplano pasaba bajito sobre la bahía y se lanzaba al mar. Decía que era un sueño, solo porque nadie le creería que de verdad había volado.

Este muchacho anda siempre por las nubes, le decía un viejo del barrio a Ricardo, su papá; y Este lo miraba con compasión, quizás el hijo era como él cuando niño y a pesar de ser un padre severo, lo comprendía y se quedaba mirándolo cuando arrancaba a correr sobre su caballito de palo por el trillo¹¹, rumbo a su mundo diferente, que tal vez también él había visitado hacía muchos años

⁷ Caballos de gran tamaño

⁸ Campesino

⁹ Pene disecado del buey

¹⁰ Golpe con la parte plana del machete

¹¹ Camino estrecho, sendero

y lo dejaba viajar libremente ya que no podía brindarle otro; y sus ojos, que generalmente era pícaro bajo aquel verdoso follaje que bañaban a sus pupilas, se teñían de tristeza y como si tratara de escapar de su amargura, le imprimía más vigor a lo que estuviese haciendo.

Casi nadie lo regañaba. Él era muy distintos al resto de los muchachos, inquietos y bulliciosos, por eso cuando los mayores estaban conversando, los espantaban de su lado. A él no. Él no se hacía sentir, se quedaba sentado donde no molestara y escuchaba lo que decían, aunque no comprendiera algunas cosas. No preguntaba. Solo lo recordaba hasta que llegaba a la casa de su tía preferida, Juana, hermana de su papá, rubia y flaca porque había parido a once muchachos, pensaba él. Juana era dulce como la miel y tierna como los copos de las matas de algodón que tenía sembradas en el patio. A ella le preguntaba qué quería decir lo que no había entendido.

Era su tía, seguramente, la que más había disfrutado de sus fantasías. Con ella era diferente, él le tenía tanto amor, que no sabía distinguir entre ella y su mamá, pero ésta era más comprensiva y se podía pasar horas y horas a su lado, conversando, mientras cocinaba para su prole frente a aquel fogón de leña que le tiznaba la cara, las manos y los brazos y le impregnaba el olor de la madera que estuviese quemando, pero a él no le importaba, porque era como la conexión entre su fantasía y el mundo real.

Como su tía fumaba y su tío Abilio, que también era pescador pero estaba casi ciego, no ganaba casi ni para comprar comida, él se la agenciaba para conseguirle algunos cigarros. Cuando ella tenía un cigarro encendido, su sonrisa era más grande, era como si el humo del cigarro le hiciera olvidar la terrible pobreza. Llegado el mo-

mento de abandonarla, era tal vez el único en que sentía tristeza. Los hijos de su tía eran como sus propios hermanos. Casi hermanos. Eran primos hermanos dobles. Su tía era hermana de su papá y su tío lo era de su mamá, por eso todos se parecían. Aunque el que más se le semejaba era Laíto, que tenía su propia edad. Este era desenfadado y guapo, pero también lo respetaba. Sentía una especial afinidad con aquel primo. Silvano, era mayor y más noble. No sabía fajarse. Solo porque los demás muchachos conocían que si se metían con él lo que les esperaba cuando llegase a sus oídos, era tremendo, no lo desafiaban. Era reprimido y sufría por todo y por todos. Tenía un salto en el estómago y la tía Juana comentaba que era el padrejón¹². Nelsito no sabía que era aquello, pero se lo imaginaba, era como un sapo brincándole en la barriga. Silvano, a pesar de ser dos años mayor, nunca caminaba delante de él, sino, detrás, el único que lo hacía y él se lo permitía, era Laíto.

Abilito lo seguía en edad. Era vivaracho y también guapo. Este quería mucho a su primo y era su adoración. Por su parte, Nelsito lo protegía. A veces cogía sus cocotazos, porque se pasaba de la raya invisible que él tenía establecida y como era echado para adelante, se buscaba problemas con los muchachos más grandes y aunque se sabía defender, casi siempre salía lastimado. Cuando él se enteraba, hasta que no los encontraba y lavara lo que le habían hecho a su primito, no paraba, a fin de cuenta era su familia, casi su hermano y más chiquito y por lo tanto, nadie podía abusar de él. Después le ajustaba las cuentas, si el primo fuera culpable del incidente. Él lo sonaba porque una de sus virtudes era saber cuando alguien tenía o no razón. Tenía otro primo, Juanito, que

¹² Histerismo que provoca salto en el estómago

era el mayor, pero había tenido unas calenturas muy grandes cuando era chiquito y no aprendió a hablar bien. Balbuceaba palabras que apenas si se entendían.

Así habían ido creciendo, en aquella unidad de especiales circunstancias, aunque no supiera por qué tenía que ser así. Vivían en su mundo y nadie podía pasarse de esos límites tangibles. Tenían códigos inviolables. Lo que fuera en contra de los demás, no se hablaba. Ser chivato¹³ era mala cosa. Perder la confianza conllevaba no ser aceptado en el grupo y nada podía ser peor. Resultaba que cuando alguno era rechazado, se pasaba el tiempo merodeando a los demás y no pocas veces, al acercarse demasiado, recibía una zurra. Por eso trataban de no equivocarse y aún así, el que era dado a hablar demasiado, se le mantenía ajeno a los asuntos más importantes.

Tal vez por la vida simple que llevaban, descubrían a muy corta edad, la sexualidad. Era importante tenerla más grande. Para saberlo, se la medían con un palito y cada cual tenía su marca. Nadie se burlaba de nadie, era solo cuestión de reconocerse mutuamente. Las novias eran respetadas y protegidas por el grupo y de ellas no se podía hacer ningún comentario.

El rostro del niño pasaba de un estado expresivo a otro. Tenía una memoria exacta. Les preguntaba a los demás desde cuándo podían recordar pasajes de sus vidas. Vagos eran los recuerdos de casi todos, pero ni los más inteligentes tenían la nitidez de que gozaba él. Podía recordar vivencias de cuando aún no sabía hablar. Parecería que eran otras de sus fantasías, pero no era así.

¹³ Delator

Su primer recuerdo fue tal vez el que lo había convertido en el niño rebelde que era. Le había pedido permiso a su mamá para tirarle piedras a las máquinas que pasaban por la carretera que unía a Mayarí con el central Preston. La casa donde fueron a vivir al mudarse desde Playa Manteca, estaba en el barrio El Naranjal. Era de madera y techo de zinc. Al lado mismo de la panadería de Carito. El portal de la casa colindaba directamente con la carretera. No había acera. Le gustaba sentarse y mirar cruzar los autos. Ese día en que se encontraba solo con su madre y le había pedido permiso para tirarle piedras a las máquinas y ella lo había autorizado, no lo olvidó. Recogió pequeñas piedrecillas y comenzó a tirarlas cada vez que algún vehículo pasaba. En la senda del frente se detuvo la guagua que venía desde Preston y las emprendió a pedradas contra ella, aunque ninguna alcanzaba ni siquiera llegar a la mitad de la distancia que los separaba. Tuvo la mala suerte de que su padre viniera en ella y al verlo en su faena, se quitó el sombrero de yarey que llevaba puesto y le dio varios sombreroazos. El intentaba decirle que estaba autorizado por su mamá, pero por supuesto que ni ella ni él entendían la indescifrable jerigonza. No comprendió por qué su padre lo castigaba. No olvidaría jamás aquella escena, donde sin razón, su padre lo había castigado. Incluso, nació ese mismo instante, en su corazón, un cierto temor hacia él. Aún hoy se cuidaba de hacer algo que lo pudiera disgustar, aunque nunca más le había vuelto a pegar.

Se acostumbraba a darles calcio en la leche a los niños. Su hermano Juan un día le dijo que el calcio se hacía con los huesos de los muertos. Hasta ese día lo tomó voluntariamente. Había que dárselo sin que él supiera cómo, pues si lo detectaba, entre lágrimas decía –yo no

quiero calcio, porque el calcio es de gente muría¹⁴-. Tendría entonces tres años, porque su hermano Godofredo ya había nacido. Tampoco se le olvidó el día en que le botaron el tete¹⁵. No fue traumático, lo convencieron de que ya estaba grande, casi cuatro años, y a esa edad no se debía chupar tetera. Él mismo lo tiró hacia el patio de la casa. O cuando enfermó de sarampión, paperas y tifus. Una tras otra, como muchos otros niños del barrio. Pero con más suerte que los que murieron. Decían que era por la zanja que corría a lo largo de la carretera por la acera del frente.

A él le gustaba mucho comer guineos maduros. Al pasar frente al venturrillo¹⁶ de Gabrielito, repleto siempre de aquella fruta madura, respiraba profundo como si así pudiera saciar el deseo de comerlo. Ya tenía cuatro años cuando una tarde su padre regresó de una buena pesca de serruchos. Sin ocultarse, tomó el que le pareció el más grande y lo vendió por tres centavos a un hombre que estaba bebiendo en la tienda de Gaspar Zayago, un gran bodegón cercano a su casa. Con la fortuna se compró tantos guineos¹⁷ que pudo por vez primera matarse los deseos. De regreso a la casa, se encontró a todos buscando el pescado, no se podían explicar la pérdida, entonces él, satisfecho, contó lo sucedido. No recibió castigo alguno, solo que tuvo que acompañar a su papá y enseñarle al hombre a quién le vendió la sierra. El comprador, con una gran sonrisa se lo devolvió y le dijo que estaba esperándolo, pues sabía que era una travesura del niño, quien le había confesado que deseaba comer guineos.

¹⁴ Muerto

¹⁵ Chupete

¹⁶ Kiosco

¹⁷ Plátanos

No recordaba los motivos por lo que tanto él como su hermanito Godofredo tuvieron que irse a vivir para la casa de sus abuelos maternos, Lao y Toña. Fue la etapa más linda de su vida. Aquellos abuelos eran cariñosos. El abuelo Lao era bajito, delgado y calvo. Atendía la finca con la ayuda de sus tíos Aldo y Ramoncito, los menores de los once hermanos.

Lo que más recordaba de todo lo que había sembrado, eran los melones de castilla¹⁸. Una vez no pudo aguantar más la tentación y con una piedra partió uno y comió cuanto pudo. El abuelo regresó al poco rato con un pedazo de hoja de yarey¹⁹ y le midió los pies a todos los muchachos de la casa. Eran varios primos. Sabiendo por qué lo hacía, cuando le tocó su turno, recogió los dedos, provocando la risa de todos. Hubo que hacerle cosquilla en la planta del pie. El bueno del abuelo lo llevó hasta la siembra y le preguntó cuál melón le gustaba más. Con vergüenza le pidió disculpas y prometió no hacerlo jamás, pero tuvo que comerse otro.

Recibía la visita de su mamá de vez en cuando. Ella le traía caramelos, pero ya se había acostumbrado tanto a su abuela y a su tía Gladys, la única tía que quedaba soltera, que no la extrañaba. En Vuelta Larga, así se llamaba aquel lugar, su vida se volvió inmensa. Montaba a caballo con sus tíos, se bañaba en el río Mayarí y cuando cualquiera de los mayores iba buscar la pipa de agua, un tanque de hierro sobre dos maderos que era arrastrada por una yunta de bueyes, él se subía para dar el paseo.

Una noche sus tíos Aldo, Félix y Alcides pusieron a prueba su valor. Las noches, en el campo, son más os-

¹⁸ Sandía

¹⁹ Pequeña palma de hojas plegadas

curas. Brillaba en el centro del cielo la luna y los tíos, puestos de acuerdo, le dijeron que su mamá venía por el camino y debía ir a buscarla. Él no lo pensó dos veces aunque le pareció extraño, casi adivinó la estratagema, pero emprendió la marcha. Su abuelita y los demás, estaban al tanto de todo. Tomó por el largo trillo que iba paralelo a la laguna hasta llegar a la talanquera donde terminaba la finca y comenzaba el último tramo antes de llegar al Camino Real. No avanzó mucho cuando escuchó que lo llamaban. Reconoció las voces de sus tíos y ya no tuvo duda, lo estaban probando.

Decidió cobrarse la burla y se escondió. Pasaban corriendo de arriba a bajo gritando su nombre y solo por las lamentaciones de su abuela Toña que rogaba a Dios que no le hubiera pasado nada y responsabilizando a los tíos, decidió ir hasta la casa y presentarse ante la abuela, quien al verlo, lo abrazó y besó, mientras los tíos ensillaban los caballos para ir tras él.

Sin saber por qué, un día los llevaron, a él y a su hermano Godofredo, de regreso para Mayarí. Fue tan grande la perreta²⁰, que hubo que regresarlo para la casa de los abuelos. Allí aprendió hablar en jerigonza. Las paredes de la sala estaba empapelada con hojas de la revista Bohemia, donde aparecían hombres tras las rejas de una cárcel. Entre ellos uno que se llamaba Fidel Castro y fue con ese nombre con el que su tía Gladys le enseñó hablar de aquella manera: tifitidel ticastitro.

Se había enamorado de una muchacha lindísima que vivía en una casita al otro lado de la laguna, en un pedazo de tierra que su abuelo les había dado para que vivieran. Esmeralda era trigueña y su pelo era negro y largo y

²⁰ Pataleta, berrinche

los ojos los tenía grandes y negros también. Sus tíos Aldo y Ramoncito la miraban, pero no se atrevían a decirle nada. A él no le importaba eso. Pasaba frente a su casa cuando entraba a un platanal que estaba cerca y de regreso le llevaba plátanos maduros que él se encargaba de cortar verdes y esconderlo debajo de las hojas seca de las matas, porque era como único se comían aquellos frutos. Verde era para los puercos. Ella se los aceptaba y era como si a la vez lo estuviera aceptando a él.

La abuela Toña, en una de sus esporádicas salidas le compró un par de zapatos de salir al tío Ramoncito y para él, tenis. Fue una humillación. ¿Cómo presentarse con ellos puestos delante de su novia? No los aceptó. Fue tan fuerte su oposición que no le quedó más salida a la abuela que comprarle a él también otro par de salir. Aquellos eran negros y de marca Luisito. En la caja tenía una propaganda que decía: Luisito, si no tienen dos clavitos, no son Luisito.

Un día Esmeralda desapareció. Se había ido con un novio que tenía oculto. Su tristeza fue grande. Durante varios días no quiso comer. A los seis años le habían roto el corazón. Debió ser una situación preocupante, dado que los tíos no se burlaban y la tía Gladys y la abuela Toña le dedicaron una especial atención. Juró no enamorarse nunca más. La vida continuaba con su armonía cotidiana. Se perfilaba con un carácter independiente y la “traición” de Esmeralda le había cambiado el carácter.

Algunos muchachos de los alrededores, acostumbrados a la vida libre del campo, disfrutaban de más libertad. Andaban en grupo y como nadie estudiaba, porque por todos aquellos contornos no había escuela, solo pensaban en montar caballo y bañarse en el río. Eran dueños de la parte mejor del barranco por donde se accedía al

cauce manso de las aguas. Para bañarse allí, si no se pertenecía al grupo, había que fajarse, cosa que él nunca había hecho.

Resultó que un día, montado a la anca de la yegua de su tío Aldo, al pasar por aquel lugar y ver a tantos muchachos divirtiéndose, quiso hacerlo también. El tío, conocedor de las reglas que regulaban aquella cofradía, se lo advirtió. No le importó. Se bajó de la bestia y comenzó a bajar. No bien había llegado a la orilla del río y ya dos o tres muchachos comenzaron a molestarlo. Desde lo alto del barranco, Aldo lo observaba. Sabía lo que iba a suceder. Deseaba ver cuál sería la reacción del sobrino. De los varones era mejor conocer su hombría desde niños. Así era la crianza.

En un momento en que apartó la vista para atender un movimiento de la yegua, escuchó la gritería. El sobrino se fajaba con uno de los muchachos, sin dudas, el líder. Estaban abrazados y rodaban sobre el fango. No podía distinguir quién era uno y quién el otro. No se movió. La lucha continuaba dentro del cerco bullicioso de los demás niños. Se levantaban y volvían a caer. Nadie se metió a defender al amigo, era la costumbre. Finalmente el Rey rindió su espada. Satisfecho, Aldo lo vio entrar al río junto con los nuevos amigos. Lo dejó bañarse hasta que se cansó. Se lo había ganado. Al subir, traía la cara roja pero feliz. Nunca había visto aquella sonrisa en el rostro del niño.

A partir del siguiente día, la muchachada pasaba a buscarlo. Al principio, la abuela Toña se resistía, pero luego se acostumbró.

-No te alejes de la orilla, que el río es traicionero –le recomendaba la abuela.

Poco a poco se fue perfilando como uno del pelotón de la vanguardia del grupo. Aquellos nuevos amigos le enseñaron muchas cosas. Él no sabía nadar y aprendió. Se iban hasta los farallones donde tenían las ranflas de lanzamientos en yaguas. Al principio sufrió algunos accidentes. Llegaba al final de la vertiginosa caída resbalando sobre la tela de los pantalones bombachos²¹, los que se desgarraban por la fricción y dejaba parte de la piel de los glúteos sobre la hierba y la tierra.

-Cuando aprendas a dominar la yagua, verás que no se te sale de abajo –le dijo uno de los muchachos.

El problema iba a ser cuando llegara a la casa y tuviera que explicarle a la abuela Toña. Sin embargo no sentía temor. Tal era el amor y la confianza que sentía por ella, que jamás le ocultaba nada.

Junto al río crecían grandes árboles, cuyas ramas daban hacia la rivera y les servían de trampolines. Los primeros intentos fueron desastrosos. Caía de barriga y el ardor era tremendo.

-Nelsito, arráscate que te pica –le gritó la primera vez que cayó de panza uno de los niños.

Nelsito nadó hasta llegar a la orilla, justo hasta donde estaba parado el niño que le había gritado aquello. El muchacho, quizás recordando que el nuevo no temía fajarse, retrocedió dos pasos cuando aquel se le acercaba.

-No se dice arráscate, sino, ráscate –le corrigió antes de volver a subirse al trampolín natural.

Comenzaron las competencias para ver quien bajaba hasta lo más hondo. Él, que nunca había metido la cabe-

²¹ Pantalón de patas por debajo de las rodillas con elástico

za ni dentro de una tina de agua, le pareció un reto infranqueable. Se quedaba flotando, como si las nalgas fueran dos globos. Sus pulmones se dilataron hasta el punto de no solo bajar, sino, de poder nadar por debajo del agua hasta donde ningún otro lo podía hacer. Llegado el momento, creyeron haber vencido todos los límites posibles.

Se equivocaron los otros. Todavía faltaba vencer los suyos propios: lanzarse desde el puente de hierro que atravesaba el río y por donde pasaban los trenes y carros del ferrocarril. ¡Estaba loco! Pensaron los demás. Aquello era imposible, ni los hombres se atreverían a tanto. El amasijo de metal se elevaba a una altura sofocante. Por debajo de él pasaban los barcos veleros. ¡Era una locura en verdad! Los primeros intentos no pasaron de serlos. Llegaban hasta allí y caminaban hasta la mitad del puente, lo cual era ya un reto que no todos se atrevían hacer. Sólo él y otros tres amigos se aventuraban. Era como caminar sobre los travesaños de la línea del ferrocarril, solo que debajo no había gravillas, sino, un profundo vacío al que no se podía mirar porque daba vértigo. La mirada se tenía que mantener al frente y llevar la medida de los pasos a memoria. El que se equivocara podía caer.

-¡Ey, miedosos!, vengan, que no pasa nada –le gritaba a los que desde la orilla del río solo optaban a mirarlos. Nelsito cerraba los ojos y abría ambos brazos para sentir como la suave brisa le acariciaba el rostro y desaparecía todo vestigio de temor que de vez en cuando aparecía.

Llegaron a tener tanta práctica, que pasaban de una punta a otra del largo puente corriendo como si lo hicieran sobre la tierra. Se paraban sobre los gigantescos pilotes de concreto, a los que llegaban luego de sortear

los difíciles tramos de las vigas entrelazadas con tornillos. Estaban tomando confianza para lanzarse en cualquier momento.

Una mañana cargaron cada uno de los tres varias piedras para lanzarlas la vacío y entonces comenzar a contar para ver cuánto tardaban en caer al agua. Como contaban con diferente velocidad, no se ponían de acuerdo pero lo cierto era que todos pasaban treinta. Cuando la piedra chocaba contra la superficie del río, el eco era lo que les llegaba hasta los oídos.

-Nos vamos a matar –auguró uno de pelo casi amarillo.

-Si tienes miedo te puedes ir –le refutó el que fungía como líder.

-¡¿Eh, y quien dijo que yo tengo miedo?! Lo que pasa es que está alto cantidad –protestó el aludido.

Ya estaba decidido que para hacerlo había que tirarse de pie. Alguien que los venía observando desde hacía unos días y al parecer había adivinado sus intenciones, les fue con el cuento a los padres de uno de los amigos y éste se vio obligado a decir lo que se proponían.

-Nos queremos lanzar al río desde el puente –dijo entre dientes, como si sintiera que traicionaba a sus amigos.

-¡¿Qué?! –preguntó horrorizado el padre.

Buscaron a los otros familiares, entre ellos a los abuelos de Nelsito y revelaron el secreto. Hasta allí duró la aventura. Se acabaron los baños en el río. La vida le comenzó a parecer demasiado monótona. Sentía como si le hubieran quitado parte de su existencia. Para males peores, su querida tía Gladis se fue una noche con Gaspar, su novio. Era un hombre bueno, decía la abuela Toña, lo único que no le gustaba de él era que vivía muy lejos, en

un lugar apartado del municipio de Banes llamado Vereda; porque no podría ver frecuentemente a su hija menor.

Le calmaba saber que otros tres de sus hijos, Fredebinda, Evelio y Félix, vivían en el Donque, no muy lejos de Vereda.

-Gaspar es un buen hombre –trataba de calmarla el viejo Lao.

Dos días después vieron a Gaspar por el camino, venía solo y con una maleta, la que se puso en la cabeza mientras se reía, como si sintiera vergüenza. Aquellos raptos eran, de alguna manera, sucesos que se conocían de ante mano por los padres de las muchachas. Era una forma de casamiento muy propia de la gente del campo que generalmente no podían hacer bodas y cuando el raptor aparecía, era recibido con alegría.

A los seis años de edad había consumido los asombros que les pudiera ofrecer su estancia en aquel lugar. Comenzó a aburrirse. Sentía la necesidad de nuevas aventuras y en Vuelta Larga no quedaban sueños. Prevalecían en él las ansias de conocer otros sitios. Quizás el padre sin proponérselo, había encadenado su espíritu con el mar al enterrar la matriz de donde nació, la tarde aquella en las arenas de la Bahía de Nipe. Escuchaba hablar del mar. No lo conocía. Pero sentía un deseo sin fondo de llegar a él y ser pescador como su papá.

Había pasado la mayor parte de la vida en aquellas lejanas tierras, apartado de otros universos que sólo existían en su imaginación. Llegó el momento de reunificarse la familia. Tenía otro hermanito al que apenas había visto en escasas oportunidades. Se llamaba Miguel Ángel. Deseaba vivir con él y con Godofredo, para jugar con

ellos y cuidarlos. Al pasar por la laguna, se detenía y se sentaba junto a las grandes cuevas de los cangrejos. En el tiempo en que Godo, como solo él le decía a su hermano, de pelo amarillo, que a él se le antojaba que era como una pelota porque era bajito y gordo, vivió allí, él, al pasar por ese lugar, introducía un pie en cualquiera de las furnias y fingiendo que se hundía en la tierra, llamaba a su hermano y le pedía ayuda. El niño se aferraba a su cuerpo y le decía llorando: “no te mueras mi hermanito, no te mueras”. Él lo tranquilizaba riéndose a carcajadas y le decía que estaba jugando.

Ni eso podía hacer ahora. Sus primos eran demasiado pequeños. Un día le recogieron sus pocas pertenencias y su abuela Toña le dijo que ya era hora de volver para su casa. Sintió tristeza. Amaba mucho a sus abuelos, pero comprendió que había llegado el momento de conocer nuevos lugares y amigos. Guanina sería su destino.

II

Allí vivían varios primos, a los que también quería mucho y con los que disfrutó momentos felices cuando ellos venían a la casa de los abuelos. Laíto y Silvano eran los más cercanos a él por razones de la edad. Aunque había vivido en aquel lugar por un corto período antes de mudarse la familia para Mayarí procedente de Playa Mantecca, no lo recordaba, pero saber que estaba junto a la bahía, era suficiente para sentirse feliz. Fue el primero de los incontables viajes que daría desde Vuelta Larga a Guanina y viceversa. La distancia era considerable. Había que caminar varios kilómetros sobre la línea del ferrocarril si no tenían la suerte de que algún carro de línea pasara y los quisiera recoger.

Llegó una tarde acompañado por su abuela Toña. Lo recibieron como se recibían a los príncipes en los cuentos que el abuelo le hacía. No se imaginó cuántos primos tenía allí. Por una parte, los de los tíos Abilio y Juana y por el otro, los de los tíos Jesús y Elena. Los de estos últimos los vio poco tiempo. Se mudaron para otro lugar mucho más lejos que Vuelta Larga. Se llamaba Levisa. Un poblado de mineros, porque su tío Jesús trabajaba en las minas de Nicaro. A decir verdad, a la única prima que extrañó fue Alba Rosa. Era un año mayor que él, pero era linda, y olvidado ya de los sufrimientos de su primer amor, se había vuelto enamorar.

En aquel tiempo, Elena, quien era hermana de su papá, tenía cinco hijos. Ninguno era de Jesús. Esos estaban por nacer. María Virgen, la trigueña más bonita de todos los contornos, eso decían, era la mayor. Por ser tan lin-

da, era orgullosa y no se relacionaba con nadie. Muy diferente era Clara Rosa que a pesar de ser también bonita, era afable y cariñosa. La tercera de las hembras se nombraba Anermina. Nunca supo por qué vivía con su tía Juana, a quien llamaba mamá. Era la más trigueña de todas y le decían la negra. Poseía una extraña belleza, pero era arisca como una gata. Jamás llegó a comprenderla. Alba Rosa fue un sueño. El varón era Juanito, alto y delgado, pero demasiado viejo para relacionarse con él. La tía Elena estaba en estado²² cuando se mudaron para Levisa. Parió un par de jimagua²³ meses más tarde.

Se adaptó al nuevo asentamiento con la característica prontitud con que sólo lo sabe hacer el niño. Su padre había construido un bohío de forma ilegal en una franja de tierra de apenas doscientos metros de largo y escasamente treinta de ancho, que estaba entre dos cañadas por un lado; y por el otro, entre la línea del ferrocarril y el manglar de la ensenada de Guanina. La marea al subir, llegaba a dos metros de la casa.

Un tupido bosque de árboles altos, tapaba la vista desde la línea. Los dueños del terreno no se enteraron del acontecimiento. Supo un día que su padre había entregado la casa donde vivían en Mayarí, para estar cerca de sus padres, los que vivían en la pequeña finca que colindaba con aquel, se pudiera decir, realengo²⁴, propiedad de los gringos dueños del central Preston, los que igualmente lo eran del gigantesco potrero que estaba a lo largo del otro lado de la línea.

Poco a poco, su padre y los hermanos mayores, Juan y Ricardito, cortaron los árboles. Con la madera hicieron

²² Embarazada

²³ Gemelos

²⁴ Franja de tierra que no pertenece a nadie.

hornos de carbón y al poco tiempo era ya toda una parcela bien sembrada de maíz, yuca y boniato. Al otro extremo, quedaba la finca de los Linda. Linda era una mulata blanconaza, ya vieja, pero fuerte, con una voz potente y un corazón de seda. Tenía hijos de todos los colores: de negros como René y Eugenia y blancos como Pura, Jesús y la niña. Mulatos eran Nicolás y Enio. El esposo de Linda era un gallego bajito, gordo y calvo, muy viejo, al que llamaban Bonito y era el padre de todos los hijos blancos.

Era divertido verlo en las tardes entrar desnudo al baño que estaba en las afuera de la gran casona de la familia, porque al terminar de bañarse, llamaba, invariablemente a su mujer con el acento gallego que jamás perdió:- “mujé, traéme toalla y calzoncillos”- y hacia allá iba la hacendosa Linda a llevarle lo que el marido le pedía. Era todo un ritual. Los hijos de ella, negros y blancos, lo llamaban papá y lo respetaban. El viejo, a pesar de la edad, era un trabajador incansable. Se le veía en la finca, la más grande de todas, desde el amanecer, dirigiendo el trabajo, cuidando el ganado, arando, sembrando, en fin, haciendo de todo.

Muy pronto él se había ganado el cariño de aquella familia. Sentía una particular admiración por Pura, la que sería, un tiempo después, su madrina. El padrino fue Nicolás.

La escuelita que estaba en Guanina Loma, otra parte del mismo barrio que se dividía en tres, el Way, donde ellos vivían y Guanina Arriba, que más tarde, se llamaría Guanina Núñez, que era donde comenzaba en realidad el lugar. Pues bien, la escuela se abría solamente los domingos cuando el padre cura Emeterio, venía a dar el Catecismo. Se llenaba de muchachos, más atraídos por

los caramelos y galletitas que les traía el cura, que por los cánticos que les enseñaba. Un domingo se apareció el padre Emeterio en la casa de los Linda para hacer un bautismo colectivo con los niños que no estaban bautizados. Sus padres lo llevaron a él y a sus hermanitos Godo y Miguelito. Lo pusieron en una hilera de muchachos dentro de la sala. Allí mismo se determinó quiénes serían los padrinos. Él ignoraba para qué lo habían llevado esa tarde a aquella casa. Finalmente, a punto de comenzar el oficio religioso, supo de lo que se trataba. Con seriedad, salió de la fila y acercándose al religioso, le preguntó que cuántas veces se podía uno bautizar y le respondió que una sola vez. Entonces le dijo que no lo podían volver a bautizar, pues él ya tenía sus padrinos, sus tíos Vicente y María. El cura lo miró con una mezcla de admiración y asombro, ¿cómo un niño de aquella edad había sido capaz de semejante razonamiento?

Llamó a los padres y les dijo lo que había escuchado. Estos le respondieron que se trataba de padrinos de agua, una práctica que se hace en el campo, por eso los niños campesinos tienen cuatro padrinos en vez de dos. Lo llamaron y le explicaron por qué había que volverlo a bautizar. No entendió y se resistió. Al comprobar que lo iban a bautizar y por lo tanto sus padrinos de siempre ya no lo serían más, emprendió una veloz carrera por medio de la finca hasta llegar a su casa. Nicolás salió detrás de él y bajo una férrea resistencia lo regresó cargado. Así lograron dominarlo. El cura tuvo que hacer sus oficios bajo los gritos desconsolados del niño, quien lo hacía por la rabia que sentía.

Ahora, al recordarlo, se ríe. Fue un gran acontecimiento. Sus nuevos padrinos eran cariñosos y pronto se adaptó a verlos como tales. El tiempo transcurría sin que se diera cuenta. Nuevas aventuras cada día no daban cabida

al aburrimiento. Un día lo sorprendió lo que tanto ansiaba: se reabrió la escuela. Apareció una maestra. Joven y alegre. A los siete años no había pisado nunca una. Había aprendido a leer y escribir con su mamá. La escuelita había sido remozada y los pupitres nuevos. Cada niño tenía su asiento. Mientras muchos los rayaban o escribían sobre la superficie, él suyo se mantenía pulcro. La aritmética no le gustaba. Contrariamente, el lenguaje era su preferido. La maestra había descubierto su preferencia por lectura y le traía algunos libros con cuentos infantiles que él leía con gusto y luego se los devolvía.

-El niño es inteligente, señora –le dijo una mañana a su mamá la maestra.

-Dios quiera que pueda estudiar –respondió con cierta tristeza Chana –ninguno de los otros ha ido a la escuela, lo que saben se lo he enseñado yo misma.

-Usted verá como sí va a poder, tenga esperanza –la alentó la maestra.

Ella no creía en la esperanza, era verde y se la había comido un chivo, pensó.

-Lo único que le pido a Dios es que no salga bandolero –dijo sin saber por qué.

-El es un niño muy bueno, no sé por qué usted dice eso.

-¡Ay maestra! –exclamó la madre con sombras en los ojos –¿qué le puedo ofrecer? Él siempre anda por las nubes. Me preocupa.

-Pues eso lo hace diferente al resto de los niños, mientras los demás se ponen a jugar en el aula, él lee, ¡me pregunta cada cosa! Me deja perpleja, por ejemplo, hace unos días quiso saber por qué muchos niños venían a la

escuela sin zapatos. Imagínese usted, ¿qué le iba a responder?

-Entonces es por eso que me dijo que no quería ponerse los suyos para venir a clases.

Miraron para dónde él las observaba.

-Pero es fuerte de carácter. Los demás muchachos lo respetan. A cada rato se faja y lo tengo que regañar. Es guapito, no creas.

-Eso se lo enseñaron los tíos allá por Vuelta Larga. Es gallaruso²⁵, ya ha cogido sus pescozones²⁶, no vaya a pensar que se le permite.

La joven se sonrió.

-Son cosas propias de los niños, mamá. Ellos son así, pero mire, si en algo me he fijado, es que defiende a sus primos y él y Laíto son uno solo. Los demás muchachos evitan meterse con ellos, pero óigame, Abilito es un gallito de pelea –y se rió.

En ese momento se aparcó un auto convertible nuevo de color rojo frente a la escuela e hizo sonar el claxon²⁷. La joven saltó de alegría. Era su novio. Chana la vio salir al encuentro del joven.

-Nelsito –llamó al hijo –ven acá.

-Dígame, Mamá –respondió él acercándose.

-Mira, ¿tú ves a esos niños que andan descalzos?, bueno, es porque no se lo quieren poner, por eso tú no tienes que preocuparte, tú te pones los tuyos y ya, ¿está bien?- trató de engañarlo.

²⁵ Dado a reñir

²⁶ Cachetadas

²⁷ Bocina

-Sí, mamá, pero ellos no tienen zapatos, yo se lo pregunté.

Ella no supo qué decirle. Conocía a las familias de aquellos cuatro o cinco niños y sabía la miseria en que vivían.

-Bueno, está bien, pero eso no es problema tuyo y no quiero que te sigas preocupando, que lo que tienes que hacer es estudiar y mira a ver si atiendes más a la maestra.

-¿Más? –Preguntó incrédulo - ¿la maestra le dijo que yo no la atendía?

-No, niño, la maestra no me dijo nada, soy yo quien te lo estoy diciendo, porque sé que la aritmética no te gusta y fíjate, los números son importantes.

-Yo sé contar, mire, uno, dos, tres, cuatro...

-Está bien, está bien –lo interrumpió la madre- pero tienes que atender más.

Ella tenía, aunque se lo hubiera negado a la maestra, la esperanza de que su hijo alcanzara al menos el sexto grado, lo que muy pocos muchachos alcanzaban. En aquella aula había niño de seis años y muchachos de quince, todos juntos estudiando las mismas cosas.

Así era la realidad y no la podía cambiar. En el paraíso no cabían todos. Ella lo sabía, pero deseaba algo más para su hijo. Recordaba que le habría gustado ser maestra, pero cómo haberlo sido si jamás fue a una escuela y solo pudo aprender gracias a su abuelo Montañez, un pastor de mucha cultura que supo educar a sus hijos y alcanzó a hacerlo con unos pocos nietos antes de morir.

La tía Juana estaba en estado. El tío Abilio, cada vez más ciego, tenía una enfermedad que el solo nombre lo inquietaba: catarata. Ya no podía salir a pescar. Su pa-

dre y los abuelos, maternos y paternos, ayudaba a la familia y así iban sobreviviendo a duras penas.

A la maestra se le ocurrió una idea: Recolectar alimentos de todo tipo, que no se echaran a perder. Todos los que pudieran, sólo lo que pudieran, lo recalcó, debían traer lo que pudieran para ir todos juntos a llevárselos a la familia más necesitada del barrio. Ella trajo una caja de cartón grande, dentro de la cual, los niños iban depositando lo que traían: pequeñas cantidades de arroz, azúcar, frijoles, harina de maíz y de trigo, manteca, sal, galletas y todo cuanto les era posible. Algunos días después ya estaba conformada la valija. La maestra preguntó:

-Niños, ahora les toca a ustedes determinar a qué familia del barrio le vamos a llevar estos alimentos. Tiene que ser la más necesita, la que tenga algún enfermo, niños o ancianitos. La más pobre.

Comenzó la consulta. Murmuraban. No se determinaba a quién le correspondería la ayuda. Nelsito alzó la mano.

-Vamos a escuchar a Nelsito –dijo la maestra.

Se hizo silencio. Nunca antes se había visto nada parecido: que la escuela ayudara a alguien del barrio.

-Maestra, yo creo que la familia más pobre es la de mi tía Juana.

Laíto y Abilito se sorprendieron. Miraron al primo que estaba parado frente al pupitre, serio, como lo hacía al tratarse de algún asunto importante. La maestra le pidió que explicara por qué él pensaba que su tía Juana merecía la ayuda. La vehemencia de sus palabras fue tan certera, que al preguntar la maestra quienes estaban de acuerdo, todos levantaron la mano.

Fue un viernes. Los vecinos del barrio vieron pasar frente a sus casas, por la carretera, la procesión de niños con la maestra al frente, llevando sobre sus hombros, rotativamente de dos en dos, la caja de cartón con aquella humanitaria iniciativa de la maestra. Sorprendida y agradecida, la tía Juana recibió parada en la puerta de su humilde vivienda a la maestra y los niños. Precisamente para aquel día tan sólo tenía un poco de harina de maíz para hacer cerencé²⁸ para los muchachos y unos pescados que su hermano Ricardo le llevó por la mañana al regresar del mar. El niño se sentía feliz al ver la alegría de su adorada tía. No fue él quien se lo dijo, pero se enteró que fue él, el de la idea. Al quedarse solos, lo abrazó y lo besó. Aquel acontecimiento lo marcaría para siempre. Fue su primer acto justiciero. Aumentó con ello su autoridad. Al enterarse su padre, solo murmuró:

-¡Este muchacho!

La prima Alba Rosa fue de visita. Se pasaría varios días en la casa de los abuelos. La encontró más linda. Pronto se mudó él también para aquella casa y al salir de la escuela se reunía con la prima. Jugaban al escondido, al agarrado. Cuando algunos de los muchachos se sobrepasaban de los límites, él los corregía. Muy pronto los demás se dieron cuenta de sus intenciones. Alba Rosa lo buscaba. Él la paseaba en la chalana de su tío Abilio por la ensenada. Pescaban y en las tardes él atracaba la pequeña embarcación al lado del único pedacito de la costa donde había arena. Aquel sitio a él se le antojaba como si fuera la luna cuando de noche se le veía como si fuera la mitad de un arco. Era como estar en el paraíso, rodeado del verde manglar, solamente podían ser vistos si se venía desde el mar. Ya tenían ocho años y entre

²⁸ Tamal en cazuela. Tamal es conocido en Chile como humitas.

ellos existía una particular atracción. Se desnudaban. El la miraba y se estremecía. Nadaban y jugaban. Las risas de ambos se entrelazaban con el verdor de las hojas de los patabanes y mangles rojos. Él se acostaba sobre sus espaldas al llegar a la orilla y quedaban tranquilo largos ratos, sin decirse nada. Luego ella se viraba y se abrazaban en silencio. Misteriosos y eternos eran aquellos momentos. Los recordarían siempre. Era la exploración del universo de los instintos cuando aún la lujuria no contaminaba los sentimientos.

Así iba transcurriendo la vida. Los niños por lo general no se percatan de los problemas que asfixian a sus mayores. No existe la vida buena o la vida mala. Es la mejor forma de describir la inocencia. El niño no siente penas por ser pobre. Si la candidez no fuera el invisible manto que protege esa importante etapa de la vida, ¿cómo sobrellevar luego, amargados e infelices desde la misma raíz? El ser alegre comienza allí, el triste, se forma durante el viaje.

A los ciudadanos, la vida del campo, además de dura, les parece monótona. Tal percepción lleva en sí un reconocimiento. Los campesinos siempre fueron el sustrato social más desposeído. Ignorados, como si fueran parias destinados a ver pasar el tiempo con su paso más lento. La soledad los hace cultivar la inteligencia reflexiva. Una alta espiritualidad los acompaña. De ahí el bien ganado concepto de que son nobles. Tal sencillez, con frecuencia, es confundida por algunos ciudadanos con ignorancia, ingenuidad, que los hace fáciles presas para sus timos.

No pocas de estas personas, llevadas por la creencia de que todos pensaban igual, eran timadas. Las excepciones existen. En Guanina sucedió.

Julián era un viejo raro. Misterioso y para el punto de vista de Nelsito, sinvergüenza. Era minero y vivía solo en una casita. Un día apareció allí sin que nadie supiera desde dónde. No se le había conocido jamás un familiar. Los muchachos lo evitaban. Su extraño comportamiento no lo hacía de su agrado. Tenía un bote mucho más confortable que los que poseían los pescadores que vivían de ese oficio. Lo protegía dentro de una caseta de madera que ya muchos campesinos la hubiesen querido como vivienda. Sólo lo utilizaba, a penas, algunos fines de semana. Era su entretenimiento.

Julián no conversaba con casi nadie y con aquellos que lo hacía, eran conversaciones muy cortas y jamás se detenía ni le miraba la cara al interlocutor. Era como si no deseara darse a conocer. Una tarde en que el grupo de primos merodeaba por las cercanías de la caseta, apareció como si fuera un fantasma.

-¿Qué están haciendo ustedes por aquí? –les preguntó.

Ninguno respondió. Quedaron como petrificados. Sintieron como la sangre se les helaba.

-¿No me escucharon?- insistió.

-Vamos para la cañada a jugar bolas, señor –le respondió Silvano con voz temblorosa y saltos en el estómago.

-Así que van a jugar bolas, ¿no? –Dijo mientras se les acercaba.

-Sí señor, para la cañada del júcaro –reafirmó Silvano.

-¿Ustedes no saben que por aquí anda un caimán así de grande? –estiró los brazos para mostrar el tamaño del animal.

-¡¿Un caimán?! –exclamó el muchacho.

-Y come gente. Ya se comió a dos niños por Punta de Cuaba –les infundía miedo.

-¡Vámonos de aquí enseguida! –clamó con evidente miedo el mayor de los primos.

-Traten de no volver a pasar por aquí, porque ayer me lo encontré detrás de la caseta. Menos mal que lo vi a tiempo y pude salir corriendo, porque si no, no estuviera ahora contando el cuento –narró.

Silvano y Abilito comenzaron a retroceder mientras Nelsito y Laíto se quedaron parados donde estaban.

-¿Y ustedes no me escucharon? –tronó- se lo voy a decir a sus padres, que no me hicieron caso –los amenazó.

-Mire señor –le respondió Nelsito- por Vuelta Larga, en un recodo del río, hay caimanes, pero por aquí no puede haber, porque no hay río.

-Claro que no hay río –respondió el viejo- pero hay mar, ¿qué tú te crees, que el caimán vive solamente en los ríos?

-Bueno, eso es lo que dice mi papá –le contestó el niño.

-Está bien, después no digan que no se lo advertí- dijo y se metió dentro de la caseta.

Los dos primos se miraron y salieron por el mismo rumbo que habían tomado Silvano y Abilito.

-Papá, ¿en el mar hay caimanes? –le preguntó Nelsito al padre al llegar a la casa.

-No, los caimanes viven en agua dulce, ¿por qué me lo preguntas? –indagó el pescador.

-El viejo Julián nos dijo, cuando estábamos cerca de la caseta de su bote, que había uno por aquí y que se comió dos niños en Punta de Cuaba.

El padre lo miró algo extrañado y no le dijo más nada. Salió hacia donde vivía el viejo Julián. Llegó a su casa y le tocó a la puerta.

-Buenas tarde, Julián –lo saludó.

El hombre no abrió completamente la puerta.

-Buenas tardes, Ricardo, ¿en qué le puedo servir? –respondió al saludo con la pregunta.

-Mire Julián, mi hijo me contó que esta tarde usted le dijo que había un caimán por la bahía.

El viejo se sonrió.

-Era para asustarlo un poco. Los vi con intención de ponerse a jugar junto a la caseta y ya usted sabe como son los muchachos, se suben al techo y si se caen, se pueden romper un hueso.

-Mire Julián, cuando usted vea a alguno de ellos subidos en la caseta, me lo dice, que yo los regaño, pero no me les meta miedo, eso no es bueno.

-No, no, nunca los he visto encaramado, pero como usted sabe, ellos se suben en los árboles, se lanzan en yaguas por los farallones, por cierto, su hijo es el más atrevido- enfatizó tratando de confundir al pescador –por eso es que les dije lo del caimán.

-Con todo respeto, yo sé todo lo que mi hijo hace- le respondió con firmeza el pescador.

-No se ponga bravo, le garantizo que no volverá a suceder –se disculpó el raro personaje.

Cuando llegó a la casa, llamó al hijo.

-¿Así que usted se lanza en yagua por lo farallones²⁹?-le preguntó con severidad.

Él no le respondió de momento. Le tenía un alto respeto a su padre. Recordaba que la única vez que le había pegado lo fue la tarde en Mayarí con el sombrero de yarey cuando no había cumplido los tres años de edad y que no había olvidado.

-¿No me vas a responder?- repitió.

-Sí, papá, lo hago –le respondió sin mirarle.

El pescador lo miró y aguantó la risa. En aquel momento recordó sus vertiginosos descensos en yaguas por lomas más altas que las que había allí.

-Tenga cuidado no se le salga la yagua de las nalgas, aguántela duro, porque si se le escapa, va a perder el pellejo –le aconsejó.

El hijo lo miró con cara de asombro. No esperaba tal actitud de su padre. Lo miró con cariño, como quizás jamás lo había hecho.

Otro día el viejo Julián se acercó a donde ellos jugaban a las bolas.

-¿Ustedes saben de dónde salen las bolas? –les preguntó.

-No, no sabemos –le respondió Nelsito, quien aún no había olvidado lo del caimán, aunque desconocía que su padre había ido a hablar con el viejo.

²⁹ Laderas

-Pues las bolas nacen de una mata –les dijo.

-¿De una mata? –inquirió con asombro el niño.

-Sí, de una mata. Miren, ustedes cogen ahora tres bolas y las siembran y a los pocos días nace la mata, pero eso, sí,-alertó –le tienen que echar agua todos los días, porque si no, se mueren.

Se entusiasmaron. Allí mismo sembraron todas las bolas bajo la mirada aleccionadora del viejo misterioso. Días tras días, cuando regresaban de la escuela, regaban la siembra. Pasó una semana.

-Oye, cómo se tardan en nacer las matas de bolas, el boniato³⁰ no se tarda tanto –dijo Laíto.

-Pero la bola es más dura, tú- recordó Abilito.

Pasaron varios días más. Una tarde, cuando las estaban regando, vieron acercarse al viejo Julián.

-¿Qué, no han nacido todavía? –les preguntó.

-No, ni un retoñito ha salido todavía –le respondió Silvano.

-No se apuren, a veces tardan más, pero cuando crecen, se llenan de bolas de todos los colores, tanto, que parecen matas de anoncillos –los alentó.

Y en los ojos de los niños se reflejaban los racimos de bolas multicolores.

Un mes después ninguna de las benditas matas había nacido. El padre de Nelsito los encontró un día echando agua a varias estacas de patabanos enterradas junto al mayal³¹.

³⁰ Camote

³¹ Planta herbácea

-¿Qué están haciendo ahí? –les preguntó.

-Regando las matas de bolas, papá –respondió el hijo.

-¿Mata de qué? –preguntó asombrado.

-De bolas, tío –repitió Laíto.

-¡¿Matas de bola?! –Y quedó boquiabierto el pescador.

-Sí, el viejo Julián nos dijo que sembráramos bolas, que las matas se llenan como si fueran anoncillos.

El pescador no aguantó la carcajada.

-¿Y ustedes son bobos o qué?, ¿no ven que las bolas son de cristal?

-Pero el viejo Julián nos aseguró que las bolas...

Ricardo interrumpió al hijo.

-Eso fue una jarana³² seguramente, miren, saquen esas bolas, que eso es mentira.

Los muchachos se miraron y comprendieron que habían sido engañados por aquel misterioso vecino.

-Oiga Julián –lo acorraló el pescador- déjese de engañar a los muchachos, ¿qué es eso de decirle que las bolas nacen de matas?

El viejo se le quedó mirando.

-Entre y siéntese, Ricardo –lo invitó- vamos a tomarnos un café y hablemos.

³² Broma

El pescador aceptó la extraña invitación del casi ermitaño vecino. Mientras ponía a hervir el agua en la tiznada lata de pera, lavó el colador de algodón que alguna vez fuera de blanco. Luego vertió cuatro cucharadas del negro polvo. Pronto se respiró el aroma de la bebida. Echó en dos jarros y le brindó uno al visitante.

-Le diré algo, Ricardo –comenzó a decir el viejo- yo sé que todo el mundo se pregunta quién soy, de dónde vengo...

-Un momento, Julián –lo interrumpió- yo no soy ningún cuchicheador de camino, ni me importa quién es usted ni de dónde viene.

-No se ofenda usted, es lógico que la gente se lo pregunte, soy un extraño, vivo solo, no me relaciono con nadie, es algo inusual, –reconoció- usted es un hombre serio y le voy a contar algo, para que comprenda por qué soy así.

-Julián, mire, no se sienta obligado a contarme nada, yo solamente le estoy reclamando que cambie su actitud para con los muchachos, ellos no están acostumbrados a que los engañen y es la segunda vez que usted lo hace.

Julián sonrió. Por primera vez el otro hombre lo veía hacerlo. Tenía una expresión triste en ese momento.

-Salí de la cárcel hace sólo tres años –confesó- cumplí veinticinco años de prisión. Fui acusado de un crimen que no cometí. No pude pagar un abogado y no tuve cómo demostrar mi inocencia –se detuvo un momento. Parecía meditar.

-Mire Julián, le repito, no hace falta que usted me diga nada –ratificó el pescador.

-Pero insisto en hacerlo, perdóneme usted, escúcheme, por favor –le rogó.

-Si eso lo complace, hágalo. Lo voy a escuchar –aceptó.

-Gracias. Como le dije, no fui culpable del crimen que me achacaron. Me acusaron de haber matado a dos hombres. Lo peor de todo fue que mi propia mujer también lo creyó. Teníamos dos hijos y llevábamos tres años juntos. Ciertamente entre mi suegro y yo existían incomprendiciones. Él nunca quiso que me casara con su hija, tenía otras aspiraciones, pero fui el elegido por ella. Me la llevé una noche y no me lo perdonó.

El pescador comenzó a sentir que aquel hombre, quien se veía cansado, se estaba quitando un tremendo peso de sus adentros.

-Vivíamos relativamente cerca, pero jamás nos visitábamos. Antes del año mi mujer parió jimaguas³³. Pensé que con el nacimiento de los niños iban a mejorar las relaciones, pero me equivoqué. Fue todo lo contrario. Renegó de los niños. Mi mujer había tenido un pretendiente, era con él con quien el padre la quiso casar. El hombre tenía una finca grande, ganado, en fin, no era pobre como yo. Era mucho mayor que mi mujer y aún después de estar viviendo ella conmigo, él continuaba molestándola. Ella nunca me dijo nada para evitar problemas. Uno nunca sabe como piensa verdaderamente otra persona y si se está enamorado de ella, peor, se pone uno ciego.

-Es verdad, Julián –lo volvió a interrumpir el pescador. Las palabras del viejo le hicieron recordar su frustrado primer matrimonio. Ella lo había dejado por otro hombre.

³³ Gemelos

-Un día venía yo caminando por la vereda y me salieron al paso dos hombres machetes en manos. Me atacaron. Me defendí. Me repuse del primer impacto. Intenté evitar el problema. Los conocía, eran trabajadores del terrateniente, tenían el propósito de matarme. La suerte quiso que fueran ellos los muertos. Fui acusado de asesinato y me sancionaron a treinta años de cárcel. De nada sirvió jurar y perjurar que lo único que había hecho había sido defenderme. El pretendiente de mi mujer pagó muy bien para que me sancionaran, lo supe muchos años después. A los pocos meses mi mujer se casó con él, incluso, le cambió los apellidos a los muchachos, ya usted sabe, no estaban inscrito.

-Lo siento mucho, Julián –se conmovió.

-Al salir, ya no tenía a nadie. Quise recuperar a mis hijos, pero fue en vano, ellos ni siquiera sabían de mi existencia, su padre era el otro hombre, quien murió un poco antes de salir en libertad. Por eso, me fui de mi tierra y vine a vivir a aquí –ahora hizo una nueva pausa- es por eso que le digo esas cosas a los muchachos, quizás sea incorrecto, pero créame, no lo hago por nada malo –confesó.

-Mire Julián, pienso que usted ahora tener hijos...

El viejo lo interrumpió.

-No, hijos tengo aunque me lo hayan quitado. Son los nietos los que verdaderamente añoro. Pude ver dos de mis legítimos nietos, hijos de uno de los muchachos, pero imagínese usted, si el padre no me conocía, cómo lo iban a hacer los niños. Para ellos el abuelo había muerto.

-Lo comprendo, mi viejo –le dijo con compasión.

-No quiera usted saber lo que se siente en ese momento, estar parado delante de lo que usted sabe que son sangre de su sangre y que lo ignoren... –se le quebró la voz.

El pescador guardó también silencio.

-Voy a hablar con los muchachos, Julián para que...

-¡Por favor, no vaya usted a decirle nada! –lo interrumpió casi con un grito.

-No se preocupe, ni a ellos ni a nadie le diré nada de lo que me acaba de contar, hablaré con los muchachos, los convenceré de que usted es buena persona, pero usted debe cambiar la forma de tratarlos, gánese su confianza y verá como lo aceptan, a ellos les gustaría ser amigos suyo.

-Gracias, Ricardo, le prometo que cambiaré.

Poco tiempo después ya eran amigos. Julián los sacaba los fines de semana a pasear en su bote de motor y se perdían de vista rumbo a Antilla, el poblado que quedaba al otro lado de la bahía. Le compró una caja de bolas a cada uno y hasta se ponía a jugar con ellos. Habían ganado un verdadero amigo y Nelsito fue el primero en ganarse el afecto del viejo, quien lo trataba de forma preferencial, incluso, lo enseñó a arrancar el motor y le entregaba el timón para que guiara la embarcación por las ensenadas y los esteros.

Resultó que una tarde aparecieron dos individuos vestidos con trajes de dril cien³⁴, blancos y almidonados.

-Buenas tardes –saludó uno de ellos.

-Buenas tardes –respondió el viejo Julián, quien asistido por el grupo de muchachos se encontraba pintando el casco del bote- ¿En qué se les puede servir? –preguntó.

-Estamos buscando un bote para comprarlo –contestó el más alto de los individuos.

-Pues llegaron al lugar equivocado, amigos, este bote no está en venta –le aclaró el viejo.

Los muchachos observaban a los recién llegados. Nelsito se percató que debajo de los sacos de los trajes, a los dos visitantes se les hacía un bulto a nivel de la cintura, están armados, pensó el niño y se inquietó. Desde hacía algunos meses había empezado la guerra y había muchos soldados y policías que pasaban en camiones y autos por la carretera.

-No se adelante, señor –atajó el otro- no hemos hablado del precio, quizás a usted le interese.

-Ya le dije que no lo vendo, este bote es para sacar a mis nietos a pasear, mírelos, son estos –y señaló para el grupo de muchachos.

Los hombres miraron a los primos. Luego insistieron.

-Mire, señor, con lo que le vamos a pagar, se puede comprar un bote más grande que este.

-Si es así, ¿Por qué no se lo compran ustedes?, por ahí hay quienes les venderían sus embarcaciones por un

³⁴ Tipo de tela de color blanco

buen precio, vayan a verlos, yo pudiera decirles quienes venden alguno.

-No, queremos comprar el suyo –volvió a insistir sin reparo el más alto.

-Ya le dije, no lo vendo y ahora, si me lo permiten, debo seguir pintando antes de que se vaya el sol.

-Está bien, volveremos por aquí.

-Bueno, lo recibiremos con mucho gusto, pero recuerden, mi bote no está en venta.

Cuando los individuos se marcharon, Nelsito comentó:

-Julián, esos hombres están armados.

-Sí, ya me di cuenta, pero no se preocupen, sigamos pintando –le respondió el viejo tratando de restarle importancia a la increíble observación del niño.

Esa misma tarde, luego de terminar de pintar el bote, Julián, viejo presidiario al fin, tomó, sin que ninguno de los muchachos se diera cuenta, sus medidas de seguridad.

Aquel domingo amaneció tan silencioso como cualquier otro. Los fogones de leña o carbón de las casas se encendieron a la misma hora y las mujeres salieron a sus respectivos patios a llamar con el bien aprendido estribillo de “quiquiquiqui, quiquiquiquiqui, quiquiquiquiqui” a sus gallinas para alimentarlas. Los hombres, los pocos que tenían alguna vaca o los que tuviesen chivas salían a ordeñar. Los pescadores regresaban de sus nocturnas faenas. A los niños se les permitía remolonear³⁵ un poco más en las camas.

³⁵ Pereza

Era día de catecismo y el padre cura llegaba a la escuela con su carga de caramelos, galletas y los pequeñitos libros de oraciones, a las diez de la mañana. Más atraídos por las golosinas que por el mismo culto, el local se llenaba. Aquella mañana, un acontecimiento desacomunado interrumpiría la apacible vida de los guaninenses.

-¡Se robaron el bote de Julián! –Gritó Juan, el hermano de Nelsito, que había desembarcado momentos antes con su buena carga de camarones.

-¿Cómo sabes que se lo robaron? –Le preguntó el padre que había llegado presuroso junto a otros pescadores y vecinos ante los gritos del hijo.

-Mire –dijo- desbarataron la puerta de la caseta.

Efectivamente, sobre unos arbustos de llana, mata que crece a la orilla del mar, sobre la arena sin sumergirse como el mangle rojo, negro o el patabán³⁶ y que no se eleva más allá de un metro de altura, de hojas verdes y pequeñas y madera dura, estaba tirada la puerta con evidentes muestras de violencia y la caseta vacía.

-Corre y avísale al viejo –le orientó el padre.

El robo era una de las cosas que más se repudiaba. Un ladrón no tenía cabida en la comunidad y ante el hecho inusitado, poco a poco se fueron aglomerando los vecinos. ¿Quién pudo haber sido el culpable? Se preguntaban todos. Los muchachos despertaron con la noticia y fueron de los primeros en llegar.

Julián llegó y su rostro no mostraba preocupación. Más alarma había en el de los vecinos que en el suyo.

³⁶ Árbol del manglar

-Yo sé quienes fueron –dijo de sopetón y todos se les quedaron mirando estupefactos.

-Los hombres de trajes blanco –se atrevió a sentenciar Nelsito.

Ahora fue él a quien miraron.

-Sí, esos mismos fueron, mi'jo, pero no se preocupen, no deben andar muy lejos –y oteando hacia todos los lados de la bahía, le preguntó a Ricardo- ¿Para dónde está la corriente?

Al pescador le pareció tonta la pregunta. Para un bote con motor, la corriente del mar no significaba nada.

-Sé lo que está pensando –añadió el viejo Julián- le quité los punteros a los inyectores- y los mostró- ellos no han podido ir muy lejos –y sonrió.

-Entonces vamos a salir a buscarlos -sugirió Ricardito, el otro hermano de Nelsito.

-No, es peligroso –alertó el viejo- esos hombres andan armados y estoy seguro que serían capaces de cualquier cosa.

-¿Quiénes son esos hombres, Julián? –le preguntó Ricardo.

-Dos que ayer vinieron por aquí para que les vendiera el bote. Algo se traían entre manos, me di cuenta que lo que estaba eran observando para llevárselo, por eso inutilicé el motor. Me enteré que andan por estos lugares unos traficantes de marihuana que quieren sacar la hierba por mar hacia La Florida porque allá hay mejor precio y tienen que salir a mar abierto donde lo espera un yate. Por eso es que ayer intentaron comprarme el bote, para tener seguro el transporte.

-¿Y como usted sabe? –le preguntó intrigado el pescador.

El viejo se le acercó y casi susurrándole a los oídos le explicó:

-Hace tres días, por casualidad, me encontré en Mayarí a un viejo conocido mío de la prisión; un traficante. Me contó en lo que andaba y me invitó, pero me negué. Entonces me pidió que le ayudara a conseguir un bote y también me negué. Luego vinieron estos dos con el cuento de comprarme el bote. Ellos tienen buenos informantes y seguramente le dijeron que yo estaba viviendo aquí y que era dueño de un bote.

-Vamos a denunciarlo –propuso el pescador en voz alta.

-Vamos a avisarle a la autoridad- propuso un campesino descalzo con una camisa de kaki manchada con resina de plátano.

-¿Qué autoridad, compay?- le respondió el viejo.

Sabía lo que decía, al igual que los demás presentes, quizás hasta el mismo que lo dijo. La policía ni el ejército se metía en nada. Estaban muy ocupados con aquellos de los mau mau que no los dejaban respirar y por otro lado, ¿qué les importaría a ellos que aun guajiro le robaran nada ni que alguien anduviera en asunto de droga?

-Algo habrá que hacer- comentó el abuelo de Nelsito.

Sambumbia, apodo por el que se conocía a un borracho empedernido que vivía en Punta de Cuaba, batey que estaba a dos kilómetros al oeste de Guanina y quien había llegado minutos antes despidiendo un insoportable tufo a alcohol de bodega ligado con agua, lo que formaba una química lechosa.

. Con su voz casi apagada, dijo:

-Yo vi a dos hombres que salieron por la línea y atravesaron el potrero, enfangados de pie a cabeza. Me preguntaron por dónde se salía a la carretera de Mayarí.

-¿Cuándo fue eso, Sambunbia?- le preguntó Ricardo.

El borracho, que como siempre, no tenía muy clara su mente, luego de sacar del bolsillo trasero del rispiado pantalón la botellita de alcohol y empinarse otro trago, respondió:

-Antes de amanecer, todavía el sol no había salido, ya deben andar lejos.

-¿Viste de dónde salieron?- lo volvió a interrogar el pescador.

-Sí, yo estaba por la parte de la loma y ellos venían desde el manglar.

-Quizás del estero- profetizó Ricardo.

-Entonces debemos ir, si ya se fueron, no debe haber ningún peligro, ¿no creen?- propuso el tío Abilio con más vocación solidaria que aptitud.

-Abilio, por favor, ¿A dónde vas a ir tú si casi no ves?- le recordó el cuñado.

En ese momento escucharon el ronronear del viejo jeep Willy del padre Emeterio que se había detenido en la cuneta de la carretera. Era un hombre de unos cuarenta años, blanco y bastante alto. Era bondadoso y se había ganado el cariño y el respeto de todos los habitantes de aquella apartada región.

-Que Dios los bendiga a todos- fue el saludo del religioso al llegar.

Por un momento se olvidaron del acontecimiento para saludar respetuosamente al padre espiritual. Le contaron lo sucedido.

-Los acompaño- fue todo cuanto dijo y sin esperar más, se montó en una de las chalanas, las que en caravana se alejaron de la costa rumbo al estero que estaba en uno de los costados de la ensenada de Guanina de la Bahía de Nipe.

El gesto del cura fue como un tranquilizante y aumentó la estima que por él ya tenían todos. En cuatro chalanas salieron varios vecinos.

El viejo Julián recuperó su bote, el que efectivamente, encontraron varado sobre el fango en el interior del estero. Cuatro bultos bien amarrados estaban esparcidos sobre el fondo de la embarcación.

-Ustedes regresen –orientó Ricardo a las otras tres embarcaciones, incluyendo a la que viajaba el cura.

-Mire, compadre, ¿ve?, esa es la marihuana, estoy casi seguro que es la marihuana –recalcó el viejo Julián.

¿Y qué hacemos ahora con esa basura?

Nelsito, sentado en la proa y con los pies metidos en el agua, aunque escuchó lo que decían su padre y su amigo, parecía no darse por enterado, aunque a decir verdad, no entendió la palabra que mencionó Julián, pero algo importante debería ser.

-Vamos a llevarla con nosotros y le damos candela lejos de la gente, porque si alguien absorbe el humo, se endroga, compay, esta es una hierba maldita.

No tardó mucho el viejo en armar los 4 inyectores y poner en marcha el motor. Ricardo se quedó en la chalana mientras era remolcada y su hijo guiaba el bote del viejo

amigo. En el embarcadero, continuaba amontonada la gente esperándolos. Habían acabado de llegar, y se disponían a pedirle a los vecinos que se dispersaran, no era conveniente que se conociera el contenido de las 4 pacas, cuando se escucharon varios frenazos bruscos en la carretera.

-Lo que faltaba –exclamó el viejo Julián.

Dos jeeps del ejército y un automóvil se detuvieron justamente frente a donde estaban ellos. Cuatro militares se bajaron de los dos jeeps mientras del automóvil, un hombre blanco vistiendo traje de dril cien se bajó por una puerta trasera. Este se quedó junto al auto mientras los militares avanzaron hacia ellos.

-Dios los cría y el diablo los ajunta –murmuró el viejo Julian.

-¿Por qué lo dice? –le preguntó Ricardo que por estar a su lado, lo escuchó perfectamente.

-¿Ves a aquel hombre? –y le señaló al del traje de dril cien- ese es mi viejo conocido, el de la prisión con el que me encontré hace tres días en Mayarí. Viene a buscar lo suyo, y mira con quiénes viene el muy... -se tragó la otra parte de la expresión.

-¿Qué está pasando aquí? ¿Porqué hay tanta gente reunida? –indagó con tono autoritario el primer militar en llegar.

-Anoche me robaron el bote, Teniente, pero por suerte, lo pude recuperar –dijo con asombrosa calma el viejo ex presidiario.

-Así que te robaron el bote y lo recuperaste, mira qué bien –dijo el oficial mientras se acercaba a la orilla donde estaba varada la embarcación -¿es este tu bote?

-Sí señor.

-¿Y que tienes en eso bultos?

La pregunta era insidiosa y muy mal intencionada. El viejo Julián presumió que acababa de buscarse un serio problema. Él, un ex recluso en cuya embarcación encontrarán quién sabe cuántas libras de marihuana, era como para no sentirse muy tranquilo.

-Mire, oficial, realmente no sé lo que hay en esas pacas. Cuando encontramos el bote, abandonado por allá –y señaló hacia donde quedaba el estero- ya eso estaba ahí.

-¿Sí?, pues entonces miremos a ver de lo que se trata. A lo mejor va y son cosas robadas o son armas para los mau mau³⁷. Sea o que sea nos va a tener que acompañar.

El cura, quien se había mantenido en silencio, interpretó las intenciones del militar.

-Yo soy testigo de lo que este hombre acaba de decir, Teniente.

-Y yo también –dijo Ricardo.

Al unísono, todos los que estaban allí repitieron ser testigos.

-Está bien, está bien. Entonces vamos a hacer una cosa: me montan esos bultos en los jeeps para entregarlos en la policía. Diré que lo encontramos tirado en la cuneta pues me basta con lo que el padre cura acaba de decir. ¿Está de acuerdo, padre?

³⁷ Trato despectivo dado por la dictadura a la guerrilla del 26 de Julio. El nombre viene de un movimiento independentista de Kenia que luchó contra el dominio inglés en la década de los 50 del siglo pasado.

El cura miró al viejo Julián y a Ricardo y estos asintieron.

-Claro, claro, Teniente, muy razonable de su parte.

-Sí, porque si digo lo que me acaban de contar, pues tendrán que ir a declarar y todo ese papeleo que forma la policía. Entonces, vamos, montemos los bultos ya.

Los vecinos tomaron las cuatro pacas y las iban montar en los dos vehículos militares.

-No, mejor pónganlos en el auto –decidió el teniente.

Alivio total cuando vieron alejarse hacia el central Preston los tres vehículos.

-Después de todo, es mejor así –sentenció el cura.

-Gracias padre. De no haber sido por usted, quién sabe lo que me hubiera pasado –agradeció Julián.

-Vamos, hijos, los invito a todos a ir a rezar un rato. Hoy Dios ha estado cerca de nosotros, quiero decir, más cerca que de costumbre –rectificó.

Entre las aventuras en el mar, los vertiginosos descensos en yagua por cuanta loma lo ameritara, la monta de caballos, las riñas y alguna que otra paliza por alguna travesura, continuaba la apacible vida en Guanina.

Nelsito nunca olvidaría la primera de las dos y verdaderas pelás que recibió de su padre. Llega el momento en que tanta independencia, hace que el niño vaya asumiendo que ya es adulto. Ese fue el motivo de la segunda paliza que recibió. La primera fue un domingo por el medio día.

Habían llegado a su casa el tío Eusebio y la tía Prudencia, hermano y hermana de su papá y mamá respectivamente con sus primos Arquímedes y Julita. Hicieron una pelota de trapo forrada con tiras de cajetillas de cigarro Partagás de los que fumaba su hermano Juan y comenzaron a jugar.

A pocos metros de la casa estaba un charco de agua enfangada donde se bañaban los puercos. Godofredo, gordo, de piernas cortas y pelo rubio como si fuera de oro, tres años menor que él, al tirar la pelota, sin darse cuenta la lanzó sobre el fango. Nelsito le exigió que la cogiera. El niño era muy pulcro y se negó a meterse en el fango y él, sin pensarlo mucho, y acostumbrado a que los demás muchachos lo respetaran, ante la negativa del hermanito, lo empujó, sin ánimo de lanzarlo sobre el fango, pero el niño resbaló y cayó de frente sobre el lodazal. Ante sus gritos, salieron los mayores. No era posible distinguir quién era Godofredo y quienes los puercos.

Ante el inusitado hecho, el padre, descendiente de gallegos e isleños, agarró al agresor por un brazo y lo llevó hasta donde había una mata de llana y arrancando un gajo le daba por las nalgas y las piernas. Cuando no le quedaban hojas a la rama, cortaba otra. El niño gritaba desesperado. Su hermano Juan intercedió por él ante el padre que había perdido el control y recibió una bofetada. Cuando el tío Eusebio intervino, terminó el castigo. En realidad los golpes no habían sido tan fuertes, pero ante la imposibilidad de defenderse, él gritaba más por rabia que por dolor. Al quedar solo con los primos y su hermano Juan, humillado ante los demás niños, quiso remediar el insulto y dirigiéndose al hermano que lo había defendido, se burló de él:

-Chuji, chuji, a ti también te dieron –le dijo entre sollozos.

-¡Ah, cabrón!, así que burlándote, deja que te vuelvan a pegar, que no te voy a defender.

Y lo cumplió, para desgracia del hermanito, porque la segunda paliza si fue brutal y sólo lo defendió la madre cuando ya el daño estaba hecho.

Tenía ocho años de edad y en él se estaba conformando una personalidad extraña. Era soñador, quizás como nadie más en aquel barrio, pero a la vez que respetuoso con las personas mayores, era despiadado con los demás muchacho, aunque nunca fue abusador. A los más pequeño y débiles, los defendía. Eso hizo que él se sintiera infalible, el cuje³⁸ del barrio.

Todo estaba bien, siempre que no trasgrediera las normas de conducta impuesta por el padre y en menor grado por la madre. Él sabía cuales eran los límites.

Ramoncito, su mejor amigo, fuera de los propios primos, era uno de los nietos negros de la vieja Linda, hijo de Eugenia, a la que llamaban Genia, una morena elegante que no vivía en Guanina, pero que sus dos hijos, Francisco, el mayor; y Ramoncito, vivieron siempre con la abuela. Este era dos años mayor que él, flaco y mucho más alto, con el que lo mismo andaba abrazado como hermanos que fajados como perros.

Un día Ramoncito, que tenía las piernas largas y las utilizaba para zafarse del ímpetu agresivo de su amigo, le lanzó una patada, pero fatalmente Nelsito se la agarró en el aire y lo empujó con todas sus fuerzas y lo lanzó sobre la cerca de las espinosas mayas. Fue necesario que los tíos vinieran con machetes para cortar las asesinas matas y ante los gritos desesperados del sobrino, lo sacaron de aquella infernal trampa. No pasó nada porque dijo

³⁸ Al que todos temen

que había resbalado y caído por sí mismo sobre la cerca. No se dañó la amistad. Seguían siendo los amigos de siempre.

A Nelsito le gustaba una yegua alazana de los Lindas y siempre que podía, la montaba. Una tarde en que la montaba con dos alforjas llena de maíz y cabalgaba a todo correr, tomó una curva en la pendiente de una lomita y el brío del animal lo sacó de su lomo y fue a caer sobre una plancha de hierro junto a la línea y se hizo una herida en el antebrazo derecho que no le desaparecería nunca.

Cuando comenzaba a oscurecer, terminaba la aventura y regresaba a la casa. Poco a poco fue tomando más y más confianza. Primero llegaba después de que el sol se escondía detrás de las lomas, Luego, cuando oscurecía un poquito, hasta que una tarde se fue con Francisco, Ramón y Jesús, su buen amigo, uno de los hijos blancos de Linda, a montar a caballos y sin que se diera cuenta, los agarró la noche.

Regresaron alrededor de las once. Nadie lo acompañó. Las oscuras noches del campo son de una negrura perfecta. Él no sentía miedo como el resto de los muchachos, e incluso, muchos mayores evitaban desandar a esas horas por los parajes solitarios donde todo era posible, desde el asalto de un cuatrero, hasta la aparición de un espíritu burlón, de los que se contaban que existían muchos por aquella zona, como el de un terrateniente que vivió por allí y tenía un esclavo que se llamaba Bartolomé.

La leyenda contaba que el amo de todas aquellas tierras tenía una gran chalana, con la que salía a pescar, llevando a Bartolomé como remero. Una noche cuando se encontraban lejos de la costa, un gran pez mordió la car-

nada y luego de un agotador batallar, el señor hizo un movimiento brusco y la embarcación se hundió. Como no sabía nadar, estando a punto de ahogarse, le dijo a Bartolomé:

-Si me salvas, te voy a dar la carta de libertad.

El pobre esclavo nadó hasta la orilla más cercana llevando como pudo al fatigado amo.

Pasaban los días y Bartolomé no veía que el amo le diera la prometida carta de libertad. Una tarde aprovechó que el señor andaba solo por el batey y lo abordó:

-Mi'jamo, yo etá de esclavo.

-Claro que estás de esclavo, Bartolomé, porque eres esclavo- le respondió burlonamente el hombre blanco.

-Mi'jamo, su mercé etá prometé carta de libertá a mí.

El amo soltó una terrible carcajada.

-¿Libertad, quieres libertad, negro?, te voy a dar la libertad ahora mismo –y llamó al capataz- bocabajo, bocabajo con él, Jacinto –le ordenó.

Dicen los viejos que todavía estaban vivos y que eran niños por aquel entonces, que bajo el cepo, Bartolomé fue golpeado salvajemente. Solo se escuchaba el restallar del filoso látigo mordiendo la carne y ni un solo quejido salió de su garganta. El Taita lo curó con hierbas y mieles. A los pocos días el esclavo había sanado las heridas y quedaban sobre su espalda estos y viejos verdugones de otros castigos similares.

Al amo pronto se le olvidaron sus crueldades y un día le dijo a su esclavo:

-Bartolomé, prepara la chalana, que esta noche vamos a salir a pescar.

Un brillo intenso brotó de los ojos del negro pero el señor no se percató de ello, para él, Bartolomé era un animal más de los muchos que tenía. Sin que nadie lo viera, fue hasta el rancho donde guardaba los avíos de pesca, los remos, las sogas y cuanto era necesario para la navegación. Tomó un berbiqui³⁹ y con él, hizo dos barrenos en el fondo de la embarcación. Le puso dos tapones de madera bien disimulados a la distancia donde alcanzaran sus pies mientras remara.

Llegó la noche y salieron. La luna parecía un queso gigante plantada en el medio del cielo. Era buen augurio para la pesca, los curbinos, los roncós y las cuberas gustaban picar cuando el reflejo plateado de ella se extendía sobre la superficie apacible del agua.

Bartolomé remaba con más energía que lo acostumbrado. El amo, sentado sobre el banco de la popa, lo miraba complacido mientras se fumaba un largo y grueso tabaco. Le ordenó que se detuviera.

-Mi'jano, un poquito má, un poquito má- le dijo el esclavo, sobre cuyo torso desnudo corrían chorros de sudor que parecían hilos plateados contra el contraste negrísimo de su piel.

Bartolomé giraba de vez en cuando la cabeza para medir la distancia que lo separaba de la costa. Cuando las luces de la hacienda ya se veían pequeñas, le pareció suficiente. Dejó de remar y echó el ancla. Preparó los anzuelos con las carnadas y el amo comenzó a pescar.

Uno tras otros, comenzaban a caer sobre el fondo plano de la chalana, los peces. El esclavo guardaba absoluto silencio ante la algarabía del amo cada vez que pescaba una nueva presa. No se percató que los dedos gordos de

³⁹ Taladro

ambos pies del negro presionaron sobre los bien disimulados tacos de madera. El agua comenzó a inundar el fondo. Las altas botas de cuero que calzaba el esclavista, no le permitió darse cuenta en un inicio de lo que estaba sucediendo, cuando lo hizo, el agua le daba a media pierna.

-¿Qué es eso, negro, qué está pasando? –preguntó alarmado.

Bartolomé no le respondió. Lo miraba el guerrero, no el esclavo. El amo soltó los cordeles y se aferró a las costaneras de la chalana que ya se hundía.

-¡Haz algo, Bartolomé, nos hundimos!

Era el momento en que desaparecían los linajes y sólo quedaba la indefensión del hombre ante el peligro.

Bartolomé se quedó parado en medio de la embarcación como el capitán que ante el naufragio de su barco, determina no abandonarlo.

-¡Haz algo, negro, no te quedes parado ahí! –Volvió a vociferar con más miedo que autoridad.

Era demasiado tarde. La chalana se hundió completamente dejando un remolino en la superficie. El amo hacía desesperados esfuerzos por mantenerse a flote.

-Bartolomé, ¡sálvame!, te juro que te voy a dar la carta de libertad si me salvas- prometió.

-Mi'jamo, cribonela bajo el agua, si no nana como nano yo –y comenzó a alejarse dando grandes brazadas hacia la orilla opuesta a la que habían salido, mientras escuchaba las desesperadas promesas del amo, a punto ya de ahogarse.

Nelsito cruzó la cañada y se acercaba a la casa. No le temía a los muertos. Lo enseñaron que los muertos no salían. Él sabía a quién le tenía que temer y lo tendría que enfrentar en pocos segundos. No se dio cuenta de dónde le salió el padre con una sogá fina doblada en cuatro. Sintió los primeros sogazos sobre las nalgas y las piernas. En la casa estaban desesperados por su ausencia y aquella era la forma de responder ante su desobediencia.

Soportó todo cuanto pudo la furia de su padre. Las largas horas montado sobre la yegua, le había producido peladuras entre las nalgas. Juan cumplió su promesa: no lo defendió. Él tampoco lo olvidaría. Aquella noche tuvo un sueño. Quizás una premonición: había sucedido un milagro. Unos seres extraños gobernaban la tierra. Eran buenos y recogieron a todos los niños y se lo llevaron para La Habana en un barco y lo internaron en casas grandes para estudiar. Regresó muchos años después. Era un hombre. Había estudiado y era abogado, hablaba varios idiomas, practicó deportes, era poeta y escritor y vestía un elegante uniforme con muchas estrellas en las charreteras.

Cuando amaneció, no se pudo levantar. Le dolía hasta la respiración. El padre le prohibió salir de la casa. Tirado sobre la paupérrima camita, lloraba en silencio. Sentía un amargo rencor por todos: del padre por golpearlo de aquella brutal forma, se sentía como seguramente el esclavo Bartolomé debió sentirse cuando le dieron el bocabajo. Por su madre, aunque finalmente se enfrentó a su papá, y su hermano Juan por no defenderlo. Ideó varias formas de abandonar la casa. En aquel momento sólo deseaba ver a su tía Juana. Su mamá lo llamó para que desayunara, pero él se negó. Lo mismo hizo a la hora del almuerzo y de la comida.

-Parece que no escarmentaste –le dijo el padre por la tarde antes de irse a pescar.

No sintió miedo por sus palabras. Le daba lo mismo, si le quería volver a dar, que lo hiciera. Sintió ganas de morirse, de subirse a lo más altos del júcaro⁴⁰ de la cañada y lanzarse al vacío, o tirarse a la bahía y no salir más. Por la noche, cuando sus dos hermanos menores dormían, sintió a la madre que se sentó a su lado y lo abrazó, acarició y lo besó.

-Mijo, comprende que te portaste mal, tú sabes que tu padre es muy bruto, pero te quiere –le dijo.

Él, que estaba acostado boca abajo, dio la vuelta y en medio de la fantasmagórica lucecita que despedía el candil, vio el rostro de la mamá. Le pareció que estaba triste. Le rodaron gruesas lágrimas por las mejillas.

-No llores más, Nelsito. Tienes que comer, porque si no, te vas a morir.

-No me importa, yo me quiero morir –le respondió con tanta firmeza que la mujer se estremeció.

-No digas eso, mijito, que me parte el corazón –le dijo quejumbrosa.

-Papá me dio muy duro, Mamá, muy duro –y las lágrimas corrieron más abundantes.

La madre lo abrazó con más fuerza. No importaron sus ruegos, él se negó rotundamente a comer. Ni siquiera quiso tomarse un jarro de café con leche que tanto le gustaba. Se quedó dormido bajo la mirada triste de la madre. No escuchó sus últimas palabras:

⁴⁰ Árbol de madera dura

-Dios mío, ¿por qué Ricardo será tan bruto? –y lloró junto al hijo que ya dormía.

Tampoco se levantó al segundo día. Escuchó una discusión entre sus padres. La madre reprendía al padre por su agresiva actitud con el hijo.

-Un día vas a matar a un muchacho, recuérdate lo que le hiciste a Ricardito en Mayarí cuando aquel viejo te dijo que le había faltado el respeto, tú sabías que Ricardito era incapaz de haberlo hecho, pero no lo tuviste en cuenta y con el tallo de un racimo de plátanos le diste tremenda paliza, ¿te acuerdas? –le preguntó con enfado de madre- luego regresó el viejo a disculparse porque se había equivocado, había sido otro muchacho, pero ya tú había golpeado al tuyo, ¿le has preguntado a Ricardito si te perdonó?

-A los hijos hay que educarlos para que no le falten el respeto a nadie. Mis hijos tienen que ser decentes y educados –le respondió el esposo.

-Nuestros hijos son educados, Ricardo, mejores no pueden ser, pero tú eres muy bruto, mira lo que le hiciste ante noche a Nelsito. El niño no ha querido comer ni levantarse de la cama y eso no te lo voy a perdonar.

-¿No quiso comer después que me fui? –le preguntó con más preocupación que enfado.

-No. ¿Sabes lo que me dijo?, que se quería morir, porque le diste muy duro. Te digo que está muy mal, ve a verlo para que lo compruebes.

El niño escuchó los pies descalzos de su padre acercarse sobre el piso de tierra. Sentía su respiración. No se movió, fingió dormir. Luego volvió a la cocina.

-Está dormido –le dijo a la mujer.

-Yo sé que no lo está –lo contradijo- No quiere verte, estoy segura de eso.

-Pues que no me vea, pero me tiene que respetar o lo muelo a golpe –explotó el pescador.

-Claro, como a ti también te molieron a golpes, ¿o ya se te olvidaron las palizas que te daba tu papá?, según tus propias palabras, jamás pudiste olvidar aquellas golpizas que él te propinaba sin razón –le recordó.

-Ya tú lo dijiste, sin razón, pero este no es el caso, ¿Ya te olvidaste la desesperación que teníamos pensando que a lo mejor le había sucedido una desgracia?

-No, no lo olvidé, pero de ahí a lo que le hiciste, va un buen trecho. Recuerda que Nelsito no es un niño como los demás, bastante veces que tú mismo lo ha dicho, él es diferente.

El pescador no dijo más nada. Se acercó de nuevo a la humilde camita donde el hijo descansaba y se sentó junto a él. Se mantuvo un rato en silencio. Tal vez recordó lo que sentía cuando era golpeado por su padre. Le pasó las rudas manos por la cabeza.

-Nelsito, vamos a hablar –le dijo con cariño.

Él niño no se movió.

-Yo sé que estás despierto. Mira, reconozco que estaba desesperado, pensé que algo malo te había sucedido, hasta que fui a la casa de Linda y me dijeron que te habías ido con los muchachos de ellos a montar a caballo y no pediste permiso.

Dio la vuelta y quedó de frente al padre.

-Usted sabe que si pedía permiso, no me lo iban a dar –le respondió con valentía.

Quedaron en silencio. Ricardo comprendió que el niño decía la verdad. La sobreprotección que tenía para con sus hijos, lo hacía negarle casi siempre los permisos que solicitaban para hacer determinadas cosas alejadas de la casa, todavía más con él, que era temerarias. Sintió en su propia boca el tono amargo con que el niño había pronunciado aquella verdad.

-Está bien, mira, vamos a hacer una cosa –le dijo

-¿Qué cosa? –le interrumpió el hijo.

-En lo adelante, cuando quieras hacer algo de lo que tú sabes que te tengo prohibido, lo dices, a mí o a tu mamá, te prometo que te voy a escuchar, pero no vayas a pensar que todo lo que me digas te lo voy a permitir –y le puso severidad a las últimas palabras.

El niño, quien comprendía que había cometido una grave falta al ausentarse de la casa sin permiso y llegar tan tarde, sintió deseos de abrazarlo, pero algo desconocido se lo impidió. El resentimiento que hasta ese momento estaba sintiendo por su padre, desapareció. Nunca más recibió otro castigo de su padre. Cuando lo regañaba por alguna majadería, lo hacía de forma tranquila, más bien lo aconsejaba.

De alguna manera los demás muchachos del barrio se enteraron de la paliza. Los nietos del viejo Manico se atrevieron a burlarse de él. El primero en recibir su merecido fue Rafle, luego Robertico. Ambos olvidaron muy pronto toda intención de faltarle el respeto. Seguía siendo el cheche del barrio, ahora con más ínfula, porque se había ganado el respeto de su propio padre.

-Compay –le comentó el pescador al viejo Julián- Nelsito es un hombre.

Le contó lo sucedido.

-Me alegro que lo haya comprendido, de eso ya me había percatado hace mucho tiempo –comentó el viejo.

Nuevamente se cerró la escuelita. La maestra dejó de asistir. Apenas había terminado el primer grado. Aprendió a leer y escribir un poco mejor de lo que su madre le había enseñado, aunque los rasgos de sus letras eran difíciles de entender.

-Es porque escribes muy rápido –le decía la madre, quien reinició la función de maestra con sus dos hijos, Godofredo y Nelsito.

Quizás no era aquella la verdadera razón por la que su caligrafía era tan enrevesada. Había nacido zurdo. Había una creencia popular negativa al respecto. No era muy bien visto la utilización de aquella mano. Por eso su propia madre lo había obligado a agarrar el lápiz con la derecha y eso le causa molestias, aunque poco a poco se fue acostumbrando.

La situación económica se había endurecido para la Tía Juana. Nelsito ideó la forma de ayudarla. Se puso de acuerdo con sus primos, buscaron tres palas que no tenían cabo. Se lo hicieron con gajos de patabán⁴¹ y comenzaron la faena, escondidos, claro está, de su padre y madre. Él se había dado cuenta que el viejo encargado de coger los baches de la carretera no pasaba por allí desde hacía mucho tiempo y los autos zigzagueando por el tramo de la carretera entre los ramales de la línea del ferrocarril del Way y el que estaba cerca del barrio nombrado Cardona, en la parte alta de la loma. Sacaban tierra y tapaban los huecos. Cuando se acercaban los carros, paraban y estiraban las manos. Los choferes, agra-

⁴¹ Mangle

decidos, le tiraban pesetas. Así, recogían algunos pesos, los que eran entregados a su tía.

A los pocos días no quedaban baches, entonces, vigilaban cuando se acercaba un auto y le sacaban la tierra a uno y hacían como si lo estuvieran tapando. Aquello funcionó durante algunas semanas, hasta que los choferes se dieron cuenta del truco y dejaron de darle dinero. Ya el negocio no daba para más.

Otra idea se le ocurrió. Para aquella, había que tener la autorización de los padres y por supuesto, si tenían éxito, habría que dividir el dinero entre las dos casas.

La idea no le gustó al padre, pero a su madre, mujer acostumbrada a luchar, le pareció buena. Fueron autorizados.

Cambiaron las palas por mochas y machetes. Salían por las mañanas hacia el central Preston, distante a más de una legua⁴². Allí había lujosas casas con grandes jardines. Los muchachos llegaban, tocaban las puertas y preguntaban si querían que les chapearan⁴³ y limpiaran los jardines. La mayoría decían que sí. El negocio fue bueno. Ellos eran respetuosos y se ganaron muy pronto el reconocimiento de los propietarios. Por dos o tres pesos, dependía el tamaño de los jardines y patios, lo dejaban limpios. Algunos vecinos les daban hasta meriendas. En determinados momentos ellos ganaban más dinero como jardineros que sus padres y hermanos pescando.

Antes de regresar a Guanina, pasaban por los quioscos que había en una parte del central al que le llamaban el Brooklin. El olor a dulce los extasiaba y se podían dar el

⁴² Medida de longitud que equivale a 5.572 metros.

⁴³ Cortar el pasto

lujo de comerse algunos de aquellos deliciosos manjares y les llevaban a los hermanos más pequeños.

Pronto comenzó una desleal competencia: algunos hombres, necesitados también de trabajo, se dieron cuenta del negocio y ofertaron sus servicios. Comenzaron a escasear los jardines y las oportunidades. Los mayores lo hacían mejor y más rápido que ellos.

-Esto no da para más –le dijo una tarde Nelsito a los primos, después de pasarse el día tratando de encontrar algún jardín o patio para limpiarlo.

Ya él tenía en mente otro negocio. Todos los días tenían que pasar frente al matadero que estaba a mitad de camino entre Preston y Guanina. Recordó que Campeche, nombre de un negro muy humilde que vivía en un barrio cercano a Guanina, nombrado Pozo Prieto, trabajaba allí y sacaba todos los días bastantes pedazos de carne. Parte de ella la vendía. La abuela Rosalía escarbaba en los sacos sanguinolentos del vendedor para sacar los mejores trozos. Había una dificultad: había que hacerlo de noche. Les iba ser difícil convencer a sus padres. Al principio la resistencia fue férrea. Aquello de que los muchachos anduvieran solos a altas horas de la noche fuera de la casa, estaba fuera de toda discusión. Al final la necesidad se impuso y fueron autorizados.

En el matadero trabajaba su padrino Nicolás. Era matarife y logró su apoyo. Campeche era quien se encargaba de limpiar el gran salón, el que siempre estaba mojado, echar en la gran paila el cebo para sacar la grasa que luego era vendida a las fábricas de jabones y alrededor de la cual se remolineaban muchísimos muchachos. Sacaban pedazos de carne fritas para comérselas. Los primos no se dedicaban a eso, ellos sabían que la tarea era recolectar la mayor cantidad de piltrafas posible, pedazos

de carne, de panza, algunas patas y cuanto pudiera servir para comer.

Había que estar alerta. Cuando llegaba el dueño del matadero, un hombre blanco y regordete, había que esconderse. Por suerte, aquel individuo no tardaba mucho tiempo en marcharse. Poco a poco los primos se fueron ganando la confianza de los trabajadores. Lo mismo ayudaban a limpiar, que a cargar lo que fuera, servir de mandaderos o recaderos a los empleados. Lo que hubiera que hacer, lo hacían con tal de que antes de la media noche tuvieran varias libras de carne recolectadas para llevarse a la casa. Una parte la vendían y otra era para el consumo.

A Nelsito no le gustaba ver como su padrino mataba las vacas. Los enlazadores la sacaban de los corrales y la metían al salón. Las amarraban a los postes no sin antes resistirse. Después, Campeche las bañaba hasta dejarlas limpias. Entonces aparecía Nicolás con la pequeña cuchilla afilada, a la que llamaban puntilla y se la clavaba en el cogote. La res caía al piso como si se les partieran las patas, entonces, venía otro matarife y le clavaba un cuchillo largo en el pecho. El animal temblaba, estiraba y recogía las cuatro patas hasta quedar finalmente quieta. De inmediato comenzaban a trabajar los desolladores y en pocos minutos le arrancaban el cuero. La descuartizaban en un dos por tres y comenzaban a rodar los pedazos de carne sobre la superficie mojada del piso tirados por los carniceros para ver como el montón de muchachos se fajaba para cogerlos. Nelsito no entraba en aquella lid, su padrino se lo tenía prohibido. Se mantenía alejado. Lo suyo venía de otro lugar y a media noche tenía que marcharse en unión de sus primos.

No duró mucho tiempo para él aquellas nocturnas aventuras, donde encontraba de todo, incluso, no había una sola en que no tuviera que fajarse dos y tres veces. Había muchachos de todos los alrededores. Al principio, cuando no los conocían, los consideraban intrusos, venían a complicarle la situación. Todos estaban por las mismas razones: buscar comida para las casas. Fue necesario demostrar que había que fajarse duro con ellos. Laíto y Nelsito eran invencibles y no había que mirarlos dos veces, porque a la primera ya estaban fajados. Era un poco como la ley de la selva, el más fuerte era el rey y ellos pronto lo fueron.

Para desgracia de los otros primos, un tiempo después Nelsito se marchó para Banes con su tío Félix.



La tía Gladys tenía dos hijos pequeños y necesitaba a alguien que la acompañara y la ayudara con los niños. El tío Gaspar trabajaba lejos, aunque vivían al lado de la casa de sus padres. Ella le había mandado a decir a su hermana que se lo mandara un tiempo. A él le pareció de maravillas. Conocer nuevos lugares le encantaba y mucho más si se trataba de estar junto a su tía. Esa misma tarde recogió su ropa y montó en el *gas-car* que los llevaría hasta un poblado bastante lejos que se llamaba Herrera Uno. De allí, otro carro de línea los llevó hasta el Donque, lugar donde vivían sus tíos Félix, Evelio y la tía Fredevinda, a quien le llamaban La Pomba.

Comenzaba otra etapa de su vida. Nuevas aventuras, amigos, bosques insospechados, caza, ríos y otra vez el amor.

La casa de la tía Fredy era grande. Paredes y piso eran de madera y el techo de zinc. Ella y el tío José, bajito y grueso, los recibieron. Los cinco primos, que por edad, eran Hugo, Estela, Nidia, Carlitos y Josefa de solo cuatro años. Los cinco lo miraban a través de la apertura entre los marcos y las puertas de sus respectivos cuartos como si fuera un bicho raro.

-Buenas noches –saludó.

-¡Cómo has crecido! –exclamó la tía.

Él la abrazó y besó. También al tío.

-Muchachos, vengan a saludar al primo –llamó ella a sus hijos.

El ruido de las bisagras de las puertas al abrirse tímidamente, le parecieron lamentos interminables. Se abrazaron y besaron. Las primas se mostraron cariñosas y Carlitos lo miraba como quien mide a un adversario. Pronto se rompió el resquemor y en pocos minutos desapareció todo vestigio de dudas. Luego de comer, el tío Félix se marchó para su casa. Lo recogería al siguiente día para llevarlo para Vereda, donde residía su querida tía Gladys. Esa noche durmió en el cuarto de su primo.

-¡A desayunar! –llamó la tía.

Había dormido como un lirón por el cansancio que le había provocado el viaje. Después del desayuno salió con Carlitos a dar un recorrido por el barrio. El Donque era un poblado de casas fabricadas mayoritariamente de madera y zinc, aunque también las había con techo de guano, con grandes y cuidados jardines y patios, a ambos lados del camino real, un terraplén largo, estrecho y recto.

-Mira Nelsito, esa que viene ahí se llama Nereyda, vive en la casa que está al lado de la nuestra –le dijo el primo.

La niña, de quizás diez años de edad, delgada, trigueña, de pelo negro y largo y ojos de color miel y grandes, le pareció muy atractiva.

-Él es mi primo Nelsito –se lo presentó.

La chica le sonrió. Él se fijó en los labios rojos de la niña. Los tenía carnosos. No pudo pronunciar una palabra, se puso nervioso.

-¿De dónde eres? –preguntó Nereyda.

-De Guanina –le respondió con timidez.

-¿Dónde queda eso, tú? –preguntó ella dirigiéndose a Carlitos, con cara de asombro y un leve tono burlesco que no pasó por alto el muchacho.

-En Mayarí, por la carretera que va a Preston –respondió Nelsito.

-¡Qué nombre más raro! –Comentó la muchacha, haciendo que el niño sintiera vergüenza.

¿Y el Donque no es más feo? Pensó, pero se quedó callado. Nereyda siguió su camino y él se le quedó mirando. Carlitos lo observaba sonriendo, se había percatado que su primo se había quedado impresionado.

-No tiene novio –le dijo.

-¿Verdad? –fue lo único que se le ocurrió decir, porque a aquella edad, una muchacha dos años mayor era difícil que se fijara en un fiñe como él. Quedó profundamente enamorado de Nereyda.

Después de almuerzo salieron en el tractor que manejaba el tío José hacia la casa de la tía Gladys. Le pareció el fin del mundo. Luego de cruzar la línea del ferrocarril, tomaron por un terraplén accidentado. A ambos lados había interminables cañaverales. Varios kilómetros después se desviaron a la derecha por otro camino similar, también rodeado de caña. A lo lejos se comenzaron a divisar los bosques.

Finalmente llegaron a Vereda. Allí sólo había dos casas: la de sus tíos y la de los padres de Gaspar. Sintió un gran recogimiento. Esperaba otra cosa. Suponía que al menos fuera un poblado como el Donque o un barrio como Guanina, donde encontraría un grupo de muchachos con los que pudiera jugar. Lo recibieron ambos tíos. Gladys lo abrazó y lo cubrió de besos. Amaba al niño como si fuera uno de sus hijos. El tío Gaspar también se mostró contento con su llegada. Por un momento se olvidó de tanta soledad. Los padres del tío lo saludaron. Eran dos viejos que le parecieron bastante secos. Tenía

dos primitos, el mayor de dos años y el otro de meses. Cuando los tíos José y Félix se marcharon, hubiera deseado irse con ellos, pero comprendió que su destino era aquel y tenía que conformarse. Ya encontraría la forma de hacerlo. Si alguien le hubiera visto la expresión en aquel momento, hubiera descubierto la seriedad de un hombre en un rostro de niño.

La grandeza de la infancia es inmedible. El niño puebla su imaginación con aquello que le falta. Lo atrae a su mundo y si no existiera, lo inventa. El arco iris seguramente lo diseñó un niño cuando las sombras eran tantas siluetas amargas brotando por sus ojos y el horizonte sólo el espacio a que reducen las noches la maravilla del mirar.

Nelsito muy pronto se adentró, a través de las muchas veredas del bosque, hasta donde su escasa cordura lo limitó. Los árboles de madera preciosa habían crecido interminables en el medio virgen sin la agresión de los humanos. Los arroyuelos parecían gruesas arterias cortadas por la mitad por donde corría un agua limpia y transparente sobre lechos conformados por piedras multicolores, tan lisas que se le parecieron a la piel del rostro de Nereyda. Las truchas saltaban y las tilapias mordían feroces las raíces de las plantas. Sentado bajo un frondoso cedro, se extasiaba contemplando el entorno: el trinar de los pájaros, la melodía que brotaba de los arroyos cuando el agua pasaba entre las piedras como si fueran las manos de una ninfa sobre las cuerdas de un arpa. Él sabía qué era un arpa, porque su abuelo la describía tan nítidamente cuando le hacía los cuentos, que muchas veces también él las había acariciado.

En el bosque existen otros ruidos. Aprendió a distinguir el del majá Santa María, largo y grueso, pero inofensivo, el

de las jutías congas⁴⁴ que se escondían en las copas de los árboles donde se alimentaban de sus hojas. Los insectos tenían diferentes tonalidades, desde el chillón de las chicharras y los grillos hasta el casi apagado de las cucarachas de la tierra, de inmenso caparazón, menos repulsivas que las voladoras. Las bibijaguas⁴⁵ hacían montículos negros sobre la tierra o los troncos de los árboles como si fueran gigantescas verrugas.

Las pomarrosas, frutas amarillas y perfumadas goteaban y él las comía en grandes cantidades.

-No las muerdas sin antes partirla, porque te avientan –lo alertó el tío Gaspar.

A los pocos días era un conocedor de aquellos parajes. La tía Gladys lo dejaba explorar. Ella había pedido a su hermana que se lo mandara un tiempo para que la acompañara. En Vereda no existía la menor posibilidad de diversión. Ni siquiera un radio tenían. Por eso ella le permitía que se adentrara al bosque, se bañara en el río o los arroyos.

Era un mundo de silencio, apacible y natural, como una inmensa cuna sobre la que podía darle rienda suelta a sus sueños y esperanzas. Ya no pensaba en la vida más compulsiva y dinámica de Guanina.

La puerca había parido diez lechones meses antes. Nel-sito encontró otro modo de divertirse. Los perseguía por todo el amplio espacio entre las casas y el bosque. Los cargaba y ellos chillaban. Pronto comenzó una extraña relación niño-animal: los puerquitos corrían detrás de él hasta alcanzarlo. Entonces se detenían y le daban hoci-

⁴⁴ Roedor arborícola cubano.

⁴⁵ Variedad de hormigas.

cazos por las piernas. Gladys lo miraba feliz. Cada puerquito tenía su nombre propio.

-Ese muchacho está medio loco, mira como habla con los puercos –le dijo a Gaspar su madre.

El tío no compartía aquel criterio. También él lo miraba sonriendo.

Un medio día Gaspar lo llamó.

-Diga tío –le respondió con respeto.

-¿Quieres ir a cazar jutías conmigo?

-¡Sí! –exclamó.

No se le había ocurrido cómo hacerlo. Pronto encontraron a varios de esos animales trepadores y de carne deliciosa en lo más alto de un algarrobo.

-Me voy a subir, cuando caigan, les da con el palo –le dijo Gaspar.

Estaba nervioso. Era la primera vez que participaba en una cacería. Fue desastrosa la experiencia. Las jutías caían una tras otra y cuando él intentaba darle con el palo, se perdían entre la maleza.

-¿Cuántas cogiste? –le preguntó el tío, que sabía la verdad.

Avergonzado, le respondió:

-Ninguna, tío.

Con una gran carcajada y pasándole una mano por la cabeza, Gaspar añadió:

-No te preocupes, ya aprenderás.

Esa tarde regresaron a la casa con las manos vacía.

-Vamos a matar una gallina, porque si Gladys nos ve llegar sin una jutía, va a poner el grito en el cielo – pronosticó Gaspar.

Una gallina pescuezo pelado fue la víctima del día.

La vida seguía con aquella lentitud pasmosa. Tenía un alma aventurera y un espíritu inquieto. Aquel mundo ya le estaba quedando pequeño. Se perdía horas enteras dentro del bosque, alejándose temerariamente cada vez más de la casa. Un día, después de haber caminado mucho tiempo, de pronto comenzó a escuchar un sonido que no era del bosque. Se detuvo. Una creciente inquietud comenzó a embargarlo. El sonido era parecido al que hacían las cazuelas cuando se fregaban para quitarle el tizne con estropajos de metal. Escuchó entonces algunas voces. Se agachó como si precisara de mayor protección y escudriñó a través de la vegetación. Comenzó entonces a avanzar con precaución. Los ruidos se hacían más perceptibles y las voces las distinguía perfectamente. El corazón lo tenía acelerado, pero no se detuvo. Presintió que en cualquier momento se encontraría con aquellas personas. Comenzó a arrastrarse hasta llegar junto a unos arbustos pequeños. Llegó hasta situarse debajo de ellos. Apartó unas ramas y antes sus ojos apareció un espacio limpio de malezas debajo de los árboles gigantes. Había un grupo de hombres que andaban de un lado hacia otro. Unos con el pelo y las barbas largas, otros con barbas y sin melenas, otros con melenas y sin barba. Eran jóvenes. Vestían de maneras diferentes, pero todos con ropa vieja. Vio que algunos de aquellos hombres llevaban a la cintura revólveres y otros cargaban en las espaldas escopetas. En un extremo había una empalizada en forma de largas mesas y un gran fogón de donde salía una espesa humareda. Alguien estaba tratando de quitarle el tizne a una olla muy grande, mientras algunos

pelaban boniato. Eran muchos y estaban confiados. Seguramente ni se imaginaban que estaban siendo observados.

Un joven sin barbas y con el pelo corto caminó hasta situarse muy cerca de donde él estaba. Comenzó a orinar. Hasta él llegó el olor de la orina. Luego se retiró. Él siguió allí un rato más. Se percató que entre ellos se trataban de forma familiar. A veces se decían apodos y reían. Se sintió tranquilo, sin miedo a ser descubierto, aunque no intentó dejarse ver. Comenzó a retroceder lentamente. Cuando estuvo seguro de no ser detectado, se echó a correr. No dijo nada de lo que había visto a sus tíos. Seguramente lo regañarían o por lo menos no lo volverían dejar ir al bosque y eso no le agradaba.

-Tía, quiero ir al Donque –le solicitó otro día a su tía.

-Mi'jo, el Donque queda muy lejos.

-No importa tía, déjeme ir –insistió.

-Está bien, cuando venga Gaspar le voy a decir que te lleve en el caballo.

Por la tarde llegaron al Donque. Lo recibieron con alegría.

-Dentro de tres días te vengo a buscar –le dijo Gaspar.

Todo iba bien entre los dos primos hasta que llegó la noche. Después de comer, se reunieron en el jardín de la casa de Nereyda. Se sentaron sobre el césped a hacer cuentos. Nelsito buscó la forma de sentarse junto a la muchacha más linda que había conocido y la encontró. Todo recién llegado es el centro de la atención. Una muchachita rubia y delgada lo había estado observando desde el principio y se colocó junto a él, que no se percató de sus intenciones porque solamente tenía ojos para

su enamorada. Ella, sin embargo, no le prestaba ninguna importancia. Le molestaba ver como Nereyda y Carlitos se empujaban y reían. Comenzó a sentirse mal. Su prima Estela vino hasta donde estaba él.

-¿Qué pasa primo, no estás contento? –le preguntó.

Nelsito trató de ocultar su incomodidad.

-Sí, prima, sí estoy contento, ¿por qué me lo preguntas?

-Por la cara que tienes. ¿Te gusta Nereyda? –le preguntó de sopetón.

-¿Qué? –preguntó con susto. Sintió que se le enfriaba el abdomen.

-¿Qué si te gusta Nereyda? –le respondió la prima.

-No, no –respondió con voz nerviosa.

Le entraron ganas de salir corriendo al sentirse descubierto por la prima. Él que siempre había sido decidido y valiente, ahora temblaba desconcertado.

Estela le hizo una seña a Nereyda para que se acercara a ella.

-Creo que está enamorado de ti –le dijo con expresión de picardía.

Nereyda comenzó a reírse.

-¿Estás enamorado de mí? –le preguntó arrodillada frente a él.

Se quedó pasmado. La lengua se le puso dulzona.

-Vamos primo, que Nereyda me dijo que tú le gustaba –empujó Estela.

-¡Ay Tere!, ¿De dónde sacaste eso? –protestó la muchacha.

-Tú me preguntaste que cuándo él volvía por aquí, ¿No es verdad?

Ahora fue ella la que se turbó y no supo qué decir.

-Mira, Nelsito, ella no tiene novio, enamórala, anda –lo estimuló.

Se llenó de valor.

-Yo quiero ser tu novio –las palabras le salieron atropelladamente.

Antes de que la muchacha respondiera, se acercó Carlitos.

-¿Qué pasa aquí? –preguntó sin dirigirse a nadie en específico.

-Nelsito que está enamorado de Nereyda –le contestó la hermana.

El rostro alegre de Carlitos se transformó y miró con cara de disgusto a su primo. Nereyda aprovechó el momento para decir:

-Vamos a jugar a la rueda, rueda –y se puso de pie mientras agarraba las manos de los dos primos.

Se formó un amplio círculo y comenzaron a girar mientras cantaban:

-A la rueda, rueda de pan y canela...

No hubo más oportunidad de hablar con la muchacha, porque cada vez que lo intentaba, aparecía Carlitos con un pretexto. Se despidieron con la promesa de encontrarse al siguiente día. Carlitos, que sin dudas también estaba enamorado de la muchacha, le preguntó:

-¿Te vas mañana para Vereda, primo?

Él se dio cuenta de sus intenciones.

-No, pasado mañana, ¿No te acuerda que tío Gaspar lo dijo?

-¿Por qué no te quedas una semana, Nelsito? –le preguntó Nidia que iba agarrada de su mano.

-¿Una semana? –casi gritó su hermano- Él vino para acompañar a tía Gladys, ¿cómo va a estar una semana aquí?

-¿Y a ti que bicho te picó ahora? Tú fuiste el que me dijo que le dijera a mamá que hablara con tío Gaspar para que lo dejara estar con nosotros una semana –le refutó Nidia.

Nelsito no decía nada, ya no tenía la menor duda de las intenciones del primo.

-Sí, pero...

-Pero nada, Carlitos –intervino Estela- el primo se va cuando lo vengán a buscar, yo sé lo que te pasa, yo lo sé bien.

-¡Eh, a mí no me pasa nada! Lo decía porque tía está sola. –se justificó.

-Bien, entonces le voy a decir a mamá que te mande a ti para Vereda y Nelsito se quede con nosotros –amenazó Estela.

-¿Y eso? –Protestó- yo no voy a ninguna parte.

-Entonces te callas la boca, ¿me oíste? –le habló con firmeza la hermana mayor.

Aquella noche nació entre los dos primos un celo irreconciliable. No se dirigieron la palabra a pesar de que durmieron en el mismo cuarto.

Al siguiente día las pasiones habían bajado de intensidad. El tío José se los llevó en el tractor y estuvieron todo el día con él en el trabajo. Carlitos manejó el vehículo un tramo del camino, se sentía orgulloso de hacerlo. A Nelsito no le dio envidia, porque seguramente el primo no sabía remar ni timonear la lancha del viejo Julián y él sí, pero no dijo nada. De regreso a la casa y dado el interés de ambos por Nereyda, aumentó la tirantez.

Por la noche se volvieron a reunir en el jardín de la casa de Nereyda. La tensión crecía entre los dos primos. La muchacha coqueteaba con ambos, provocando celos en uno y otro. Nelsito no quiso provocar a su primo y determinó no participar en la porfía, porque se dio cuenta que Nereyda lo que deseaba era alimentar la discordia. Tal decisión fue aprovechada por la rubita delgada, la que no perdió tiempo.

-Quiero ser tu novia –le dijo y le dio un beso en la cara.

Nelsito se dijo que no era fea y le devolvió el beso. Nereyda que estaba observando, dejó de prestarle atención a Carlitos y fue hasta donde estaban los dos enamoraditos. Agarró al muchacho por una mano y se lo llevó corriendo hasta la portería que daba entrada a la casa.

-Eres un bobo –le dijo- ¿No quieres ser mi novio?

El niño se olvidó de la rubita delgada y le dio un beso en la cara.

-Oye, que yo no te he dicho que voy a ser tu novia –protestó ella.

-¿No me preguntaste si quería ser tu novio? –le respondió él.

-Sí, pero no me has contestado –replicó Nereyda.

-Bueno, sí quiero ser tu novio, ¿y tú? ¿Quieres ser mi novia?

-No, yo no quiero ser tu novia –respondió burlescamente la chiquilla al tiempo que regresaba corriendo hacia donde estaba el grupo mirándolos, entre ellos la rubita que tenía la cara triste.

Nelsito se sintió avergonzado y regresó a la casa de su tía Fredy sin despedirse.

-Eso no se hace, Nereyda –le recriminó Estela.

-Estaba jugando con él –respondió todavía riéndose.

Carlitos sintió penas por su primo y fue a verlo.

-Primo, no le hagas caso, Nereyda es así, le gusta provocar, yo no sé por qué me dejé llevar por ella.

Nelsito no se sentía de buen humor.

-No me importa, déjame dormir –le respondió.

Carlitos comprendió que era mejor acostarse también y esperar al otro día para mejorar las relaciones con su primo, a fin de cuenta ya no era motivo de preocupación, pues Nereyda lo había ofendido y seguramente no le volvería a hablar más.

Regresó a Vereda él solo. Fredy quiso que esperara a Gaspar, pero se negó. Había caminado más de dos kilómetros cuando vio aparecer a lo lejos un jinete erguido sobre su caballo y reconoció la figura de su tío. Esto hizo que el pensamiento en que venía ensimismado se cortara. El suceso de la noche anterior lo había decepcionado y juró no volver más al Donque porque Nereyda le gustaba tanto, que a pesar de lo que le hizo no la podía olvidar y determinó que no valía la pena humillarse. La rubita delgada fue como un contrapeso en su conciencia. De

cierta manera él le había hecho lo mismo que su enamorada a él, aunque lo tranquilizaba saber que fue ella quien lo había enamorado a él.

-Muchacho, ¿Por qué no me esperaste? –le preguntó Gaspar al llegar junto a él.

-No quise –fue cortante su respuesta.

El tío se extrañó de su actitud.

-Algo te pasó en el Donque, ¿qué fue? –preguntó.

-Nada, tío, sólo que quería regresar.

Gaspar sacó el pie del estribo para que el sobrino se montara e inició el regreso.

-¡Qué raro! –comentó Gladys cuando el esposo le contó. Él estaba de lo más embullado por ir al Donque.

-Algo le pasó, ya lo sabremos, ahora no le preguntes más, míralo, parece como si estuviera en otro mundo –observó Gaspar.

Había pasado dos meses de la última visita al Donque. El muchacho rechazó cuantas invitaciones le hicieron para ir a aquel lugar. Sus tíos José y Fredy con tres de sus hijos llegaron un domingo temprano a Vereda. Pasaron un día feliz. Los cuatro primos se internaron en el bosque. Ellos tres, a pesar de vivir tan cerca de aquel lugar, jamás habían caminado por aquellos parajes de exuberante belleza. Se quedaron maravillados del conocimiento que el primo tenía de cada vereda, camino y trillo. Él no quiso contarle sobre lo que había descubierto, no fuera a ser que algunos de ellos lo comentaran con sus tíos y lo regañaran y le prohibieran volver al bosque. Tampoco él se decidió caminar hasta allá.

-Nereyda te manda saludos –le dijo Estela.

-No me importa, prima, yo no quiero saber nada de ella – le respondió con voz determinantemente firme.

-Ella está arrepentida, Nelsito –añadió Nidia.

-Me dijo que tú le gustabas –agregó Estela.

-Eso es mentira, prima, a ella no le gusta nadie, además, yo no voy a volver a verla.

-No seas así, Nelsito –le reprochó Carlitos- oye, si la ves ahora te mueres, está mucho más linda –le dijo con una sonrisa.

-Verdad, Nelsito, está más linda, mira, el domingo que viene cumple once años y le van a hacer una fiestecita, te invitó –Estela lo abrazó por los hombros.

-Ya no voy a estar aquí, me voy el viernes. Tío Félix me viene a llevarme, mi mamá me mandó a buscar –le dijo con cierta tristeza.

-Bueno, al menos la podrás ver cuando lleguen al Don-que –replicó Nidia.

El había olvidado el incidente; o al menos ya no le molestaba lo que ella le había hecho, pero no quería verla más. No sabía por qué, pero aquella muchacha linda ya no lo inquietaba, sin embargo, saber de ella nuevamente, hizo que algo renaciera. Ya había cumplido los nueve años estando en aquel lugar, se sentía más grande y pensó que tal vez ahora la muchacha no se burlaría de él.

-Bueno, tal vez la vea –accedió finalmente.

La soledad se le hizo insoportable cuando al llegar la tarde los visitantes se marcharon. Quedaron que el tío José lo vendría a buscar el jueves por la tarde para que Félix no tuviera que caminar hasta allá.

Al siguiente día sucedió algo que nunca iba a olvidar. Desde que vio por primera vez el caballo alazán de su tío Gaspar, soñó con montarlo, pero el animal tenía mucho brío. Solo en la zanca lo había hecho, siempre acompañado por el tío.

-Déjeme montarlo, tío –le pidió.

-Es muy peligroso y te puede tumbar –le respondió.

-Yo no le tengo miedo, tío, ande, déjeme montarlo –perseveraba, porque ya le quedaban pocos días para marcharse y no se quería ir sin montar el caballo.

-Está bien, ven –aceptó el hombre.

-Gaspar, ten cuidado, ese caballo es salvaje –alertó la tía Gladys que miraba desde muy cerca.

-Tía, no tenga miedo, nada me va a pasar, ya usted lo verá –le alentó el sobrino.

El caballo presintió lo que iba a suceder. Comenzó a inquietarse. Su pelambre brillante dejaba transpirar la vibración de sus músculos. Resoplaba y movía la cabeza de arriba hacia abajo dejando salir espuma alrededor del bozal.

-Quieto, caballo –le ordenaba el dueño- ¡quieto!

El animal, acostumbrado a obedecer al amo, se tranquilizó un momento. Gaspar aprovechó y alzó sobre sus brazos al muchacho. Cuando el animal sintió el cuerpo del niño sobre su lomo, pegó un relincho estremecedor. Nel-sito se sujetó del muñón de la montura. El animal levantó las dos patas traseras y lanzó una dentellada que alcanzó a Gaspar por la cintura, atravesándole el cinto y la carne.

-¡Ay! –Gritó- ¡por tu culpa, por tu culpa!

Recriminó al sobrino, quien a pesar de los saltos del caballo, se mantenía sobre la montura y al escuchar las palabras del tío, saltó del lomo del bruto y se internó en el cañaveral. Corrió entre los camellones⁴⁶ aplastando las cañas e hiriéndose en los brazos y la cara con las filosas hojas de la gramínea. Se mantuvo oculto allí mucho tiempo. Al rato comenzó a escuchar los gritos de sus tíos que lo llamaban.

-¡Nelsitooo!

Pero él no respondía, no era miedo lo que sentía, sabía que sus tíos eran incapaces de pegarle. Era vergüenza lo que no le permitía responder.

-¡Nelsito! ¡Sal, que no me pasó nada, muchacho! – insistía el tío Gaspar.

Lo vieron salir por uno de los costados, caminando lentamente y cabizbajo.

-¡Ave María Purísima! –Gritó la tía Gladys al llegar junto a él- mi niño, ¿qué has hecho? Mira como estás cortado por toda parte.

-Perdóname, mi'jo –se disculpó Gaspar abrazándolo- me puse nervioso, pero mira, mira, no me pasó nada –y le mostró el rasponazo que tenía en la cintura- no fue culpa tuya, el caballo se asustó, míralo, si hasta parece que también él está avergonzado.

-Quiero volverlo a montar –dijo de sopetón.

-¡¿Qué?! –exclamó el tío.

-Quiero montarlo, tío, ese animal no me va vencer – había tanta firmeza en sus palabras que ambos esposos se miraron.

⁴⁶ Parte superior de un surco

-Estás seguro que lo quieres montar –preguntó Gaspar.

-¿Usted me lo permite? –quiso saber.

-Bueno, yo... -y miró a su mujer.

Gladys se encogió de hombros. Ya conocía la tozudez del sobrino, desde que era mucho más pequeño.

Un momento después cabalgaba por el amplio redondel que estaba frente a la casa. El caballo reconoció el valor del muchacho y trotaba con la majestuosidad del corcel de un príncipe. A Nelsito no le cabía más felicidad en su pecho. Le imprimía más y más velocidad al animal, hasta que determinó que ya había satisfecho todo su deseo.

-¡Qué muchacho este! –le dijo con orgullo Gaspar a su mujer.

El almuerzo del jueves fue con un fricasé de jutías. Por la mañana salieron a cazar y regresaron con tres ejemplares grandes.

-Ya eres mejor cazador que yo –lo estimuló Gaspar.

Él se lo creyó. Sintió tristeza al despedirse de sus tíos y primos. Atrás quedaba otro segmento de su corta vida que jamás olvidaría. Desde la cómoda posición del narrador, trasladado a la distancia de toda una vida, pudiera afirmar que fue no solamente una nueva experiencia, sino, la reafirmación de un carácter que se estaba formando sin que nadie se percatara de la hondura del proceso.

Aquella noche sintió por primera vez el sabor de un beso en la boca. Los labios de Nereyda le absorbieron los suyos y la boca de la muchacha se tragó su lengua. El susto, la emoción y el desconcierto se fundieron para desbordarlos como una ola gigante que le arrancó la inocencia a ambos. Nunca más se vieron, pero tampoco, al menos él, la olvidaría.

IV

Sólo en apariencia, Guanina seguía igual. El regreso de Nelsito fue un acontecimiento. Lo recibieron con alegría por todas partes. Los primos, la tía Juana, los amigos, los hermanos y sus padres le mostraron cuánto afectos y amor sentían por él.

-¿Y Julián? –fue por el primero que preguntó.

-Está bien, ya sabe que tú venías. Dice que el domingo van a pescar –le respondió el padre.

Con los primos se fue a sentar debajo del júcaro⁴⁷ de la cañada.

-Cuéntanos, Nelsito, ¿cómo te fue por allá? –quisieron saber.

Él les contó con lujo de detalles. Quizás haya amplificado la realidad, pero no les dijo mentira. Los ojos de los muchachos se abrían maravillados. De lo único que no les habló fue de Nereyda. Su padre le había enseñado que lo peor que un hombre podía ser, era alabancioso. Siempre había evitado hablar de lo que un hombre no debía. Tampoco dijo nada sobre aquellos hombres que encontró en el bosque.

Por su parte, los primos lo pusieron al día de los acontecimientos del barrio.

-Los Rafles no nos dejan acercarnos por allá arriba. Cada vez que nos ven nos entran a pedradas. Le dijo silvano.

⁴⁷ Variedad de árbol.

-Dice Rafle que cuando tú regresaras se iba a fajar contigo –agregó Abilito.

Él sonrió solamente. Le entraron deseo de salir a buscarlo, pero ya tendría tiempo.

-Esto está que arde, Nelsito, hay rebeldes por donde quiera. A cada rato se forman balaceras. Los casquitos⁴⁸ pasan en rondas por la mañana de Preston hacia Mayarí y regresan por la tarde –le dijo Silvano.

-Los casquitos pasan en dos camiones, dos yipis y un chemise –agregó Abilito.

-Oye, ¿qué cosa es un chemise? –quiso saber.

-Como un tanque de guerra, pero sin techo. Los casquitos van escondidos dentro, nada más se les ve la cabeza. El chemise tiene un cañón y una ametralladora –aclaró Laíto.

En ese momento volvió a recordar a los hombres del bosque. Sin duda que aquellos no podían ser otra cosa que un campamento de rebeldes. Pero pensó que mejor se callaba, no fuera a ser que cualquier imprudencia de algunos de sus primos los fueran a comprometer y agarrarlos desprevenidos, pues nunca supieron que el campamento tan bien oculto había sido descubierto por un niño.

Estuvieron hablando hasta que el sol comenzó a perderse detrás del bosquecito de cedro que estaba frente a Punta de Cuaba.

Por la noche se reunieron en la casa de los abuelos. El viejo les contó una historia que nunca les había hecho.

⁴⁸ Forma despectiva de referirse a los soldados de la dictadura.

-Éramos sólo quince mambises. La misión que nos habían dado era llegar hasta los Pinares de Mayarí para recoger parte de un cargamento de pertrechos de guerra que días antes habían desembarcado por Moa un grupo de expedicionarios. ¿Ustedes saben dónde queda Moa? –les preguntó.

-Por Lengua de Pájaro –dijo Silvano.

-No, Moa está más al norte y Lengua de Pájaro es la península donde está Nicaro. Bueno, por allí desembarcaron los expedicionarios de noche, porque de día era imposible, las lanchas patrulleras españolas se las pasaban dando vueltas de arriba para abajo, por eso, las expediciones llegaban de noche y con la mayor discreción se baja todo lo que traían. Fusiles, cañones, machetes, monturas, sogas, medicinas y alimentos. Todo estaba coordinado. Cuando arribaban a las costas, ya nuestras tropas los esperaban. Esta vez todo había salido bien. El general José, ¿Saben quién era? –volvió a preguntar. Parecía un maestro comprobando el conocimiento de los alumnos.

-Si abuelo –respondió Nelsito nuevamente- el hermano de General Antonio Maceo.

-Ese mismo. El general José había...

Abilito lo interrumpió.

-Le decían el León de oriente.

Todos lo miraron asombrado. Nadie se había atrevido a interrumpir al abuelo jamás. El viejo lo miró ceñudo.

-Exactamente, mi'jo, así lo llamábamos porque era muy valiente y querido por sus hombres. Cuando los soldados españoles se enteraban que él andaba cerca, evitaban encontrarse con él. Fíjate que cuando nos lo mataron,

todos lloramos como si fuera nuestro padre. Tuvimos tres días sin comer y al cuarto, le caímos arriba a la columna española que lo mató y a machetazos limpios la derrotamos.

Nelsito veía a su abuelo machete en mano sobre su caballo arremetiendo contra los cuadros españoles y se le ocurrió que tal vez por eso los llamaban a ellos los Caballero. No aguantó la curiosidad y pidió permiso.

-Si, Nelsito, ¿qué quieres saber?

-Abuelo, ¿por qué nos llamamos Caballero?

-Bueno, eso tiene una larga historia, según mi abuelo, quien vino de joven desde Galicia, me contaba que provenimos de una estirpe guerrera, de la orden de los Caballeros de Ahorca y Cuchillo. Decía que teníamos castillos, un escudo y una bandera, pero que de tantas guerras, la familia se dispersó y se regó⁴⁹ por toda España y luego para las Américas. En la travesía hacia Cuba, mi abuelo, que solo tenía siete años de edad, en compañía de sus padres, hermanos y hermanas, el barco en que venían fue atacado por los piratas. Luego de robar todo, los dejaron encadenados y a la deriva. Mi abuelo se había ocultado en el castillo de proa y por eso fue el único que quedó suelto. Por la noche, salió sigiloso. Se encontró aquella situación. Su padre le dijo que buscara algo que sirviera para romper los candados. Buscó y encontró una hachuela, entre las pocas cosas que los piratas habían dejado y con ella, lograron librarse de las cadenas y finalmente llegar a Cuba por la bahía de Nipe, donde gracias a que una hermana de mi abuelo, que era una niña y a quien habían amarrado a la cintura un fajín con todo el dinero y prenda que traían y que por ser niña los

⁴⁹ Esparció.

piratas no registraron, pudieron asentarse en esta zona y desde entonces hemos permanecido aquí, por todas partes, Banes, Holguín, Mayarí, Sagua de Tánamo y más allá.

La historia le pareció hermosa, pero le hubiera gustado más que hubiera sido porque él había sido mambí.

-Como les decía –continuó el abuelo- el General José había distribuido el cargamento entre los diferentes grupos de la zona y el nuestro lo teníamos que ir a buscar a los Pinares. Para ello, había que pasar bordeando el pueblo de Mayarí, donde había una fuerte guarnición. El cuartel estaba donde mismo está ahora, aunque este fue hecho después. Logramos pasar sin ser detectados. Quince hombres pasan inadvertidos, pero cincuenta, como se hubiera necesitado, no. Tomamos por el camino real que va hasta Arroyo Seco, donde termina el llano y comienza el monte. Allí, los españoles tenían un fuerte y la guarnición era de más de cincuenta soldados. El guía que llevábamos conocía la zona como a su propia casa. Avanzábamos con precaución. Nos alertó que ya estábamos muy cerca. Si queríamos sorprender a la guarnición, que seguramente no se esperaba un ataque por la retaguardia, teníamos que extremar las precauciones. Llevábamos los máuseres listos para disparar, pero eso era la última opción, porque los mambises teníamos que ahorrar las balas más que la comida, y de ésta no había mucha, pero las balas eran reliquias, por eso había que extremar las precauciones para sorprender al enemigo.

Había un silencio total. Se podía escuchar la respiración agitada de los niños. La abuela Rosalía también escuchaba sentada silenciosa en su sillón. Bajo la luz de la luna, Nelsito le miraba el rostro, donde una leve sonrisa se mostraba, dándole una agradable expresión.

-Caminábamos sigilosamente. Ya se veía a menos de cincuenta yardas⁵⁰ la luz débil de una caneca a través de la ventana alta del fortín. Los caballos estaban entrenados para la guerra. Levantaban las patas y las dejaban caer sobre la tierra como si fueran personas. El guía iba al frente a unos cuantos pasos de nosotros. Los españoles siempre tomaban sus precauciones. Aquella noche no fue la excepción. El guía se enredó con un cordel que los muy taimados habían amarrado de un lado a otro del camino con latas en los extremos. Comenzó un tiroteo tremendo. Las balas silbaban feroces. Parecían que nos susurraban canciones de muerte en los oídos. Los caballos relinchaban y los gritos de los españoles se confundían con los nuestros. Ellos estaban bien atrincherados, los muy malditos se daban el lujo de gastar todo el parque que quisieran, en cambio nosotros, disparábamos muy poco. Intentamos cercarlos para darle candela⁵¹ al fortín. Era la única forma de poderlos vencer, pero no nos dejaban acercar. Ya nos habían herido a tres compañeros. Llevábamos media hora de combate cuando les llegaron refuerzos desde Mayarí. Ahora estábamos entre dos fuegos. No podíamos avanzar ni retroceder.

Los ojos del abuelo se agrandaban y movía los brazos como si aún estuviera en el combate.

-Era la situación más difícil a la que me había enfrentado. La única oportunidad era abandonar los caballos e internarnos en el monte, pero hubiera sido una humillante derrota. Para males peores, las municiones se estaban acabando. Cuando ya solamente nos quedaba la única posibilidad de retirarnos, porque la de rendirnos, jamás. Ningún mambí se rendía a los españoles –dijo con orgu-

⁵⁰ Unidad de medida equivalente a unos 91 centímetros

⁵¹ Incendiar

llo- se escuchó un fuerte tiroteo del otro lado del fortín. ¡Mambises, mambises! Gritaban los soldados del fuerte. Una caballería nutrida desbordó el fortín y cayó sobre el refuerzo. Estos últimos se retiraron en desbandadas y los del fortín se rindieron. Ellos sabían que los mambises jamás matábamos a los prisioneros y por eso, ante el empuje de los mambises, optaron por rendirse. Bajo la luz de la luna brillaba como si fuera de espuma un corcel blanco e inmenso. Sobre él, erguido e imponente, su jinete. ¡Es el general José!, gritó uno de mis compañeros. Nos acercamos a él que estaba dirigiendo la recogida del armamento dejado por los soldados españoles. Parecía un dios lo que estaba sobre aquel caballo blanco, que no se estaba quieto un instante, resoplando furiosamente y parecía que echaba fuego por la boca. No me dejaron acercarme a él, sólo lo pude ver a cinco pies⁵² de distancia. Le ordenó al jefe de mi partida que recogiera todo cuánto pudiéramos llevarnos, que aquellas armas eran mejores que las que habían traído los expedicionarios y regresáramos. Así lo hicimos. Vimos como el fuego devoraba el fortín y la figura del héroe salvador parecía agigantarse contra el reflejo rojo de las llamas. De regreso, los españoles, aterrados, no nos atacaron y pudimos regresar al campamento sin tropiezos.

Como siempre lo hacía, el abuelo Caballero miró el rostro de cada uno de los nietos con ojos escudriñadores.

-Abuelo, ¿era el General José en persona? –se atrevió Laíto a preguntarle.

-Nada de eso –respondió en su lugar la abuela Rosalía.

-Abuela, sí era el general José, que mi tío Vicente me lo contó –le rebatió con firmeza Nelsito, que nuevamente

⁵² Aproximadamente 30,5 centímetros

había descubierto el gesto amargo en el rostro de su abuelo, siempre que su mujer lo contradecía.

-Si. Claro que era el general José en persona. Fue la única vez que lo vi, pero lo vi –dijo con orgullosa decisión el mambí.

Cuando se despidieron, Nelsito fue abrazado por el viejo y le susurró al oído:

-Por algo te llamas igual que yo –el muchacho sintió el más cálido abrazo que jamás su abuelo paterno le había dado- pero lo que les conté, nunca lo pongas en dudas, porque así sucedió.

No había sido verdad que el tío Vicente le contara aquella historia. Muchas veces después se preguntó por qué lo había dicho y no encontró la respuesta. Sólo se daba cuenta que a partir de aquella noche una nueva sensación había nacido en él: la de defender lo que sentía que fuera bueno para todos aún cuando para alguien fuera indiferente. Y no era que tuviera ningún mal pensamiento para su abuela, la quería y sabía que ella también lo amaba, pero ella a veces no comprendía al abuelo a pesar de haber vivido con él desde que tenía dieciséis años de edad. Esa noche soñó que su abuelo era un general mambí.

-Oye Robertico, dile a Rafle que lo quiero ver –le dijo unos días después al primo de su más acérrimo oponente, luego de buscarlo infructuosamente.

El muchacho se quedó callado. Estaban frente al quiosco de Chango.

-¿Tú me escuchaste, Robertico? –insistió.

-Yo no sé nada, Nelsito –le respondió.

-Lo único que tienes que decirle es que lo quiero ver, mira, ve y búscalos, lo voy a esperar aquí mismo.

Robertico se fue con cara de no regresar.

-Ese no va a venir, muchacho, es tremendo penco⁵³ –le dijo Laíto.

-Si no viene, lo voy a buscar –estaba determinado a cobrarle las bravuconadas a Rafle.

Estuvieron jugando a la bola, debajo de las matas de algarrobo que estaban del otro lado de la carretera frente al quiosco de Chango hasta el atardecer. Comprendió que ese día no aparecerían los nietos de Manico y se retiraron.

Dos días después se encontraban cogiendo ranas toro en una cañada. De pronto, Nelsito sintió un fuerte golpe en la ingle izquierda. Cayó al piso retorcido por el dolor.

-Fueron los Rafles, míralos como van corriendo por la línea –alertó Abilito.

Efectivamente, los dos hermanos y Robertico corrían veloces por la línea alejándose del lugar.

-Ellos tienen que cruzar por el potrero –dijo Nelsito ya recuperado- vamos a cogerlos.

Salieron los cuatro primos por un atajo que acortaba el camino. Llegaron primero. Se ocultaron detrás de los altos plantones de hierba de guinea. Cuando los otros tres muchachos llegaron junto a ellos, les salieron al encuentro.

⁵³ Cobarde

-Ahora vamos a ver si son tan guapos –le dijo Nelsito y arremetió con tanta energía que los Manico no tuvieron tiempo de reaccionar.

Los primos quisieron participar.

-No se metan, déjenme a mí sólo –les dijo.

-Yo no fui quien te tiró la piedra, Nelsito –dijo Robertico-fue Rafle.

-Mentira, fuiste tú –se defendió el otro.

Nelsito la emprendió a puñetazos contra los tres, quienes cercados por los otros primos, no pudieron escapar. En realidad, para quien estaban dirigido los golpes eran para Rafle, que era guapo, pero le temía a su oponente.

-No quiero más, no quiero más –decía, pero el otro no lo escuchaba. Le dio hasta que no tuvo más fuerza.

Rafle salió corriendo con la cara hinchada y lo siguieron el hermano y el primo que cogieron unos cuantos golpes de los otros muchachos, sobre todo de Laíto que machucó cuanto pudo a Robertico y Abilito al otro, que se llamaba Raulito.

Hubo algunos días de tranquilidad en el barrio. Cuando los Manico estaban tranquilos, el resto de los muchachos eran felices, porque con Nelsito sabían que mientras no se metieran con uno de sus primos, no había problema.

Glicerio, uno de los vecinos de mejor modo de vida en Guanina, tenía tres hijos, dos hembras y un varón, Celso. Este era tranquilo, no le gustaba fajarse ni se metía con nadie. Escapaba de las apetencias bronqueras de Nelsito porque sus hermanas eran bonitas. Pero un día se olvidó de sus buenos modales, cuando vio que el otro vecino venía conversando con su hermana menor. Sin saber ciertamente por qué, lo empujó. Nelsito traía una

naranja en la mano y se le cayó al fondo de la zanja que estaba cubierta de hierba de sapo.

-Cógela –le dijo.

-No voy a coger nada –le respondió Celso con actitud agresiva.

No vio cuando su vecino le dio una bofetada que lo hizo rodar zanja abajo hasta caer al fondo.

-¡Cógela! –le repitió.

Un rato después los tres caminaban rumbo al Way y Nel-sito repartía la fruta. Nunca más volverían a tener problemas y fueron amigos.

Una noche en que dormía profundamente, se despertó por un ruido ensordecedor.

-¡¿Mamá qué pasa?! –preguntó exaltado.

-No sé, no sé –respondió alterada la madre.

Se levantó y salió al exterior de la casa. Un avión de pasajero cruzaba una y otra vez sobre el potrero en vuelo rasante con todas las luces encendidas. El tronar de los motores y el agudo ruido de una sirena, estremecían la tierra.

-Dios mío, se va a caer –se lamentaba Chana.

-Ahí viene otra vez, mamá.

El avión tomó rumbo a Punta de Cuaba. Unos minutos más tarde escuchó un estruendo y todo quedó en silencio.

-Se cayó, se cayó –dijo con voz piadosa la mujer.

Todos los vecinos se levantaron. Muchos fueron hacia Punta de Cuaba. El piloto trató de amarizar y de cierta

manera lo había logrado. El avión había ido rodando sobre las tranquilas aguas de la bahía hasta que la nariz se hundió. Por la mañana, cuando Chana y Nelsito llegaron, vieron el ala derecha del avión que sobresalía del agua. Un grupo de pasajeros estaba aún allí. Habían muertos varios de ellos, pero las autoridades todavía no habían llegado.

En ese avión venían un grupo de revolucionarios, los que lograron escapar gracias a la ayuda que varios vecinos les dieron. El desastre ocurrió porque el ejército acantonado en el pequeño aeropuerto de Zaetía se negó a quitar la cadena que mantenían atravesada en la pista de aterrizaje, medida que tomaban de noche para evitar que cualquier avión de los rebeldes pudiera aterrizar. Aquel acto criminal fue el causante de la tragedia.

Durante varios días Guanina y sus contornos se vieron visitados por personas extrañas que se dirigían al lugar del accidente. Nada le sucedió al jefe de la guarnición del aeropuerto y pronto volvió la normalidad. El suceso quedó grabado en la memoria de los pobladores para siempre.

La guerra se recrudecía. La aviación bombardeaba la Sierra Cristal. Desde Guanina se veía a los aviones que ametrallaban y lanzaban las bombas. Parecían pájaros de aluminio recortados sobre las paredes azules de las lejanas montañas. Desde la mañana hasta el atardecer se repetían las oleadas de los bombarderos.

Uno de los aviones fue alcanzado por el fuego rebelde. Era uno de los llamados Santa Catalina. Grande y pintado de un gris oscuro que parecía negro. Venía echando humo por uno de los motores y lanzaba sobre la bahía las bombas que no pudo descargar en la sierra. Las llamas ya envolvían el ala derecha cuando pasó por la en-

senada de Guanina rumbo al aeropuerto de Zaetía, en donde pudo aterrizar. El avión ardió completo. Una tremenda explosión se escuchó al estallar.

-Lo tumbaron los rebeldes –comentaban los vecinos.

-Dicen que lo tumbaron la gente de Pancho González por allá por Nicaro –comentó Ricardo a su mujer. Se refería un capitán del Ejército Rebelde, famoso por los combates victoriosos contra los soldados de Batista por toda aquella amplia zona.

Nelsito lo escuchó y fabuló sobre el incidente.

-Los rebeldes de Pancho González hicieron una vara muy larga y pusieron un boniato en la punta –así le llamaban a las minas que los rebeldes enterraban en las carreteras- y cuando el santa Catalina pasó, tropezó con ella y se encendió.

-Oye, Nelsito, no seas mentiroso –le dijo su hermano Juan que estaba cerca de donde el grupo de primos estaba sentado.

-Es verdad –se defendió.

-Se lo voy a decir a papá, que estás diciendo mentiras –amenazó el hermano.

El muchacho miró a su hermano con la misma expresión que su abuelo miraba a la abuela Rosalía cuando lo desmentía delante de los nietos.

-No le hagas caso, primo –le dijo Laíto- él tiene envidia porque nunca sabe nada de lo que sucede.

La observación del muchacho no era del todo desacertada, Juan se pasaba el día durmiendo y por la noche pescaba. Además, allí, entre menos se supiera, era mejor. El viejo Julián se les acercó.

-Vamos a ver, ¿Por qué tienes esa cara de disgusto?

-Por nada, Julián –respondió no muy convincentemente Nelsito.

-¿Nada? ¡Qué va! A mí tu no me engañas, ¿quién me dice lo que le sucedió al primo –le preguntó a los otros muchachos.

-Juan le dijo mentiroso, Julián –respondió Abilito.

-¿Y por qué Juan le dijo mentiroso? –Quiso saber el viejo amigo.

Juan que seguía cerca, le contestó:

-Porque se puso a estar diciendo que el Santa Catalina lo tumbaron los rebeldes con un boniato amarrado en la punta de una vara.

-¿Y dónde está la mentira, Juan? –le preguntó el viejo minero.

-¿Cómo que dónde, Julián? ¿Usted no escuchó que dijo que los rebeldes habían tumbado el avión con un boniato amarrado a la punta de una vara? Eso es mentira, ¿a quién se le ocurre eso? –enfaticó Juan.

El viejo se le acercó y habló lo suficientemente alto como ser escuchado por todos.

-Entonces tú sabes cómo lo tumbaron, ¿no?

-No, yo no sé nada, Julián, pero de que no fue así, de eso sí estoy seguro –aseveró el joven.

-Mira Juan, te voy a preguntar una cosa, ¿Tú sabes quién hizo esta bahía aquí? –le lanzó la interrogante como el que lanza una jabalina al pecho de su adversario.

Juan quedó sorprendido ante la insólita pregunta.

-Qué sé yo de eso, Julián –fue la respuesta que se le ocurrió.

-Pues mira que yo sí lo sé –comenzó diciendo el amigo de los muchachos- cuando en la tierra sólo habían animales gigantes, existía un pájaro que era más grande, pero mucho más grande que la bahía. Un día pasó volando por aquí después de haberse tragado como cien ballenas y le entraron dolores de barriga. El animal buscaba y buscaba donde poder hacer sus necesidades, pero el pobre no pudo más y lo soltó aquí mismo, mira, allí en el mismo centro –y señaló con su dedo para el mismo centro de la bahía- soltó una caca tan grande, que la tierra se hundió, quedando por debajo del nivel del mar y este penetró rápidamente y se formó la bahía, ¿qué te parece?

-Oiga Julián, yo lo respeto, no me haga faltarle el respeto, ¿Usted se cree que yo soy bobo, o qué? –protestó Juan.

-No, Juan, ¡ojalá lo fueras! –le respondió con decepción- a veces los bobos son más felices que los inteligentes.

Juan, que no entendió nada, se fue como perro que tumbó la olla, con la certeza de que aquel viejo estaba loco.

-Y ustedes, ¿tienen dudas de la veracidad de lo que les contó Nelsito? –le preguntó a los muchachos.

-No, nosotros sí le creímos, Julián –respondió Silvano- pero dígame Julián, ¿lo del pájaro que hizo la bahía es verdad?

En ese momento pasaba volando una paloma, la que dejó caer sobre la cabeza de Silvano su excremento. Protestó.

-No te quejes, muchacho, ¿tú te imaginas si las vacas volaran? –dijo el viejo riéndose alegremente al igual que el resto de los muchachos.

Esa noche llegaron tres jóvenes rebeldes a su casa. Él estaba durmiendo. Se despertó al escuchar a su mamá conversar con ellos.

-¿Quiénes son, mamá? –preguntó.

-Son caminantes, mi'jo –le respondió ella.

El que parecía ser el jefe, le decían Tarzán. Era rubio y no tenía más de veinte años de edad.

-¿Y tú cómo te llamas? –le preguntó Tarzán.

-Nelsito –le respondió un poco cortado.

Como lo había hecho cuando los tres delincuentes de trajes blancos trataban de estafar al viejo Julián, descubrió que los tres jóvenes tenían un arma cada uno debajo de la camisa.

-Déjame verla –le pidió al rebelde.

-¿Qué quieres ver? –preguntó sabiendo a lo que se refería.

-El revólver –le respondió con toda ingenuidad.

-¿De qué hablas, Nelsito? –Indagó la madre- deja a los muchachos tranquilos. Vete ya a dormir.

-Espera, espera –le dijo Tarzán y sacó una pistola de su cintura- mírala, ¿es bonita?.

Nelsito la miró maravillado. Era grande, una cuarenta y cinco niquelada.

La tomó en sus manos y sintió un estremecimiento. Nunca había tenido un arma entre ellas. No se acostó. A las cinco de la mañana se fueron en el gas-car y su mamá los acompañó para protegerlos. Ella se quedaría en Playa Manteca y ellos continuarían el viaje.

Ese mismo día por la tarde llegó la noticia.

-Mataron a Tarzán –le dijo su mamá.

-¿Cuándo? –preguntó angustiado. El joven rebelde había despertado admiración en él.

-Lo mataron cuando se bajaron en Juan Vicente, él saltaba una cerca cuando eran perseguido por los soldados.

Juan Vicente era el nombre de una playa donde había un puesto del ejército.

Tarzán era la primera persona que conocía y que había muerto. Entonces tuvo consciencia de que la muerte era algo terrible y cierto. No sería la única que conocería, ni siquiera la más cercana.

Comenzaron a incrementarse los ataques rebeldes a las patrullas del ejército. La topografía del terreno le era favorable a los insurgentes, quienes emboscaban a los convoyes de los militares, haciéndole numerosas bajas y se retiraban sin sufrir ninguna. Después de cada ataque, los casquitos, como llamaban a los soldados del ejército, se pasaban horas enteras disparando hacia todos los lados. Quemaban las casas de los campesinos y mataban a algunos y los mostraban como si fueran “mau mau”. Así nombraban a los rebeldes.

Un medio día su mamá lo mandó al quiosco de Chango a buscar dos libras de harina de trigo y una de azúcar para hacer un atol⁵⁴ para el almuerzo. Chango había terminado de despacharle los mandados cuando llegaron en dos jeeps varios soldados. El jefe era el cabo Manfugás, quien tenía fama de abusador, siempre iba armado con una ametralladora Thompson y en la cintura llevaba una pistola, un cuchillo comando, una verga de buey disecada y dos granadas.

Nelsito, como el resto de los pobladores de Guanina, le tenía terror. Se conocía de sus abusos y crímenes. No distinguía mujeres de hombres ni viejo de niños. Los frenazos de ambos vehículos lo sobresaltaron. El cabo se bajó del primer jeep con la ametralladora en la mano derecha apoyada sobre el hombro. Él se quedó quieto. Manfugás era de piel trigueña, delgado y bajito. Tenía una extraña expresión en el rostro. Miraba a la gente como si por todos sintiera odio.

-Dame un tabaco, paisano –pidió a Chango.

El bodeguero puso sobre el mostrador una caja de tabaco para que escogiera. Nelsito estaba paralizado a menos de medio metro del militar. Sentía el olor a sudor agrio que expedía. El cabo no escogió, metió la mano dentro de la caja y agarró los que les cupieron en ella.

-¿Cuánto te debo, paisano? –preguntó con voz repulsiva y chillona.

-No faltaba más, Cabo, usted no me debe nada, es un regalo –respondió Chango, que era un hombre respetado en el lugar.

⁵⁴ Alimento líquido hecho con harina y azúcar

-Gracias, paisano –le respondió mirando al muchacho que tenía entre sus pequeñas manos los dos cartuchos- ¿Y tú quién eres?

El niño palideció aún más sin poder responder.

-¿No tienes lengua? –le volvió a preguntar Manfugás.

-Cabo, el es hijo de gente buena, de las que no se mete en nada –lo defendió Chango.

-Estos guajiritos, el mejor, hay que colgarlo de una guácima, todos ayudan a los mau mau –aseguró.

-No cabo, esta gente no, son pescadores, no se meten en nada –volvió a insistir el comerciante.

-A ver, ¿qué llevas a ahí? –preguntó señalando para los cartuchos que mostraban el temblor de las manos de Nelsito.

-Harina y azúcar para un atol –pudo decir finalmente el muchacho.

-Así que harina y azúcar para hacer atol –dijo con ironía- mira, muchacho de mierda, dame acá eso, que seguro es para los mau mau –y le arrebató los dos cartuchos y los tiró al piso y los rompió a patadas, mezclando ambos productos con la tierra- y ahora agila⁵⁵ por ahí ante de que te de una patá por las nalgas.

El miedo desapareció del cuerpo de Nelsito. Sus ojos se cuajaron de lágrimas y miró con odio al militar.

-¿Qué, me vas a matar? –le preguntó con prepotencia.

-Nelsito, vete. Ven después –le ordenó Chango que sabía del genio del muchacho y de lo que era capaz el cabo Manfugás.

⁵⁵ Expresión despectiva que significa que se marche

Con odio y desesperación se marchó, pero no corriendo como hubiera querido el cabo. Cruzó la carretera y brincó la cerca del potrero y tomó por el trillo que lo conduciría a su casa, mientras los otros soldados se burlaban de él. Sintió tal humillación que cuando estuvo fuera del alcance de la mirada de los casquitos, se tiró al piso a llorar de indignación. No se percató del tiempo que estuvo allí. Los gritos de su madre llamándolo lo hizo levantarse. Ella comenzó a preocuparse por su tardanza y fue hasta el quiosco. Chango le contó lo sucedido.

-Después cruzó la cerca, Chana, y cogió por el trillo rumbo a tu casa.

-¿Pero tú estás seguro que no le hicieron nada al niño, Chango? –preguntó angustiada.

-Nada, mujer, no le hicieron nada. Él se fue primero y después lo hicieron ellos. Por cierto, Chana –dijo cambiando el tono- yo nunca había visto en los ojos de un niño tanto odio reflejado y te voy a decir algo y no es para que te preocupes...

-No me asuste, Chango. Acaba de decirme lo que sea –lo interrumpió.

-Fíjate si es como te digo, que el cabo, después que Nel-sito se fue, me dijo: ese es un cachorrito de mau mau, ¿no viste como me miró? Tan culicagao y tan fresco como es.

Ella, en medio de todo sintió orgullo por su hijo. Salió llamándolo por todo el potrero y lo vio levantarse detrás de unos plantones de hierba de guinea. Lo abrazó y lo besó. Él tenía los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto.

-Voy a mandar a Nelsito para la casa de Mirtha- le dijo al marido ese mismo día antes de que saliera a pescar.

-¿Qué hizo ahora? –preguntó el padre.

Ella le relató lo sucedido por la tarde.

-¡Desgraciao! –Fue todo cuanto pudo articular el pescador. La impotencia lo ahogaba- está bien, mañana mismo llévalo tú. Puede ayudar a Seno en el tejar o a hacerle los mandados a Mirtha, pero es mejor sacarlo de aquí un tiempo, porque ese maldito es capaz de hacerle cualquier cosa.

V

A las nueve de la mañana del siguiente día ya estaba en la casa de su hermana Mirtha. Su cuñado, Seno, un buen hombre, trabajador y humilde no aceptó que lo ayudara en el durísimo trabajo del tejar, donde fabricaba ladrillos. En realidad era la casa del viejo Nepunuceno, su padre. En ella vivían, además de los viejos, su hija Claíri y el matrimonio con los dos hijos, Julito y Ofelia de tres y un año respectivamente.

-No es necesario, comadre –dijo a su suegra, de quien además era compadre, por ser el padrino de Godofredo- se queda aquí en la casa.

-Mamá, ¿cómo se le puede ocurrir a papá que Nelsito va a trabajar con Seno en el tejar? –se alarmó la hija.

-Ustedes saben cómo es él. De todas maneras no va a ser por mucho tiempo...

-Todo el tiempo que sea, comadre, ¿qué está pasando?

-Seno, sabemos que ustedes viven agregados, no es lo mismo que tuvieran su casa propia.

El viejo Nepunuceno que sin querer había escuchado la conversación, intervino.

-Dispense usted que intervenga, Chana, pero mi casa es la casa de mis hijos y todos, ustedes y nosotros, somos una sola familia. El muchacho se queda aquí y no hay que hablar más del asunto.

La mujer agradeció el gesto y se marchó. Antes, habló con el hijo.

-Aquí se tiene que portar mejor que si estuviera en la casa. Hágale caso a todo el mundo y ayude a su hermana.

-Sí, mamá. Dígales a mis primos que si los Manico se vuelven a meter con ellos, me lo manden a decir.

-¿A ver, a ver, y para qué hay que mandarle a decir nada? –Le requirió la madre- si se meten con ellos, que se defiendan ellos solos. Usted no es el padre de ellos.

-Pero es que los Rafles son...

-Son nada y no se olvide de lo que le dije –le dio un beso y se marchó.

Era la segunda vez que vivía en Mayarí. La casa colindaba con el cuartel. El campamento militar era grande. Una construcción sólida, con grandes azoteas con forma de torres medievales. Entre el edificio principal la casa había un espacio de áreas verdes y para el fondo una explanada bien cuidada y una caballeriza. Le hizo rechazo. Todos los días tenía que entrar al menos dos veces hasta una nevera de agua fría que había y de donde el jefe autorizó que algunos vecinos buscaran agua para beber.

Vivían en la calle principal del pueblo, la Leite Vidal. En ella estaban los principales comercios. Le traía gratos recuerdos de cuando vivía en Vuelta Larga. Algunas veces había visitado aquella calle, acompañando a su abuela Toña. Recordaba la vez que la abuela había ido hasta la ferretería a comprar un caldero. El que había era de aluminio. El grosor de la lámina no convencía a la abuela quien estaba acostumbrada a los gruesos calderos de hierro negro. El ferretero, para convencer a la difícil clienta, subió por una escalera con el caldero en la mano y cuando estuvo a varios metros de altura, lo dejó

caer al vacío, chocando con el piso sin romperse. La abuela Toña quedó satisfecha y lo compró.

Lo que más le gustaba de aquella calle era entrar a los hoteles Saratoga y la Mascota. Allí era donde terminaban viaje las guaguas Santiago-Habana. Le deleitaba ver como los pasajeros montaban y se imaginaba que también él viajaba. Era un sueño que esperaba realizar cuando fuera hombre. Pero lo que en realidad le atraía de entrar a aquellos lugares era el olor a dulce que salía de las vidrieras refrigeradas que estaban en el interior. Se paraba frente a ellas y respiraba profundamente aunque no siempre pudiera saborear uno de los exquisitos pasteles. Ahora tendría la oportunidad de visitarlo con más frecuencia y quién sabe si hasta de vez en cuando comer alguno.

Ayudaba a hacer los mandados a la bodega, le llevaba el almuerzo a su cuñado al tejlar y compraba los cubos de carbón en la carbonera que estaba en la misma calle. Le parecía abusivo pagar una peseta por medio cubo de carbón, cuando él hacía los hornos con sus primos y las latas de dos cubos los vendían al mismo precio, por eso, como los dueños de la carbonera, para no tiznarse las manos, mandaban a los clientes a coger ellos mismos la mercancía, él aprovechaba y lo llenaba. Un día lo sorprendieron.

-Oye, vacía la mitad, que nada más pagaste veinte centavos –le dijo el dueño, un tipo blanco y flaco.

Con una mezcla de vergüenza por haber sido sorprendido infragante y de repudio por el abuso, regresó al montón la mitad del carbón. Cuando llegó a la casa, su hermana se dio cuenta de su mal humor.

-¿Qué te pasó, Nelsito? –le preguntó.

-Me hicieron devolver la mitad del cubo, porque dicen que era mucho por una peseta –respondió.

-Eso es lo que vale, Nelsito.

-Eso es un abuso, mi hermana, mira la *jiñita*⁵⁶ que me dieron –se quejó.

-No seas mal hablado, Nelsito –lo regañó, pero tuvo que virar la cara para que no la viera riendo ante el desconsuelo del hermano.

Estaban en plena primavera de 1958. Había llovido mucho y la parición de las matas de mango fue grande. Mayarí estaba cubierta de matas de aquella fruta. Él había recorrido los alrededores. Descubrió en una finca cerca de que estaba un poco más allá del cuartel, rumbo al Cocal, un bosque de matas de mango. Los había de todo tipo, desde el pequeño Toledo hasta el delicioso Bizcochuelo. Lo había descubierto una tarde cuando se propuso llegar hasta donde su abuelo había conocido al general José la noche del combate al ir a recoger la parte de los pertrechos de guerra que había traído una expedición por la costa de Moa.

Se maravilló ante las matas cargadas de mangos de todos los colores. La cerca hecha con alambre de púa era una frontera infranqueable. Le habían enseñado que lo ajeno no se tocaba y entrar en una finca sin autorización le era imposible. Ya había hecho amistad con varios muchachos del pueblo y les contó.

-Vamos a meternos, muchacho. Mira, ahí nunca hay nadie –le dijo uno de ellos.

-¡¿Tu estás loco?! –le respondió.

⁵⁶ Poquito

-Nosotros siempre entramos y no nos ha pasado nada – insistió el otro.

-No, no, ahí no me meto, ¡qué va!

-Mira, vamos, tú te quedas vigilando afuera y nosotros entramos –propuso otro.

Ese día se negó. Por la tarde vio a los muchachos que regresaron con mangos dentro de varios sacos. Se detuvieron frente a la casa.

-Ya ves, compadre, no pasó nada –le dijo el mismo que le había insistido.

Le regalaron algunos mangos. Eran en verdad deliciosos. Al otro día se decidió ir.

Él no tenía miedo y no se quiso quedar afuera vigilando. Entró con el grupo. No había ni que subirse a las matas ni tirarles piedras. Debajo de cada árbol había cientos de mangos maduros. Comió hasta reventar. Sabía que no se podía aparecer en la casa con un saco de mango, porque no se lo permitirían. Estaba sentado solo debajo de una mata. Vio a los otros muchachos corriendo y saltando la cerca. Se puso de pie. Escuchó el galope de un caballo y vio acercarse a un jinete. Salió corriendo, escaló la cerca por los pelos de alambre y al saltar, uno de los nudos de púa le atravesó la piel por la axila izquierda. El hombre a caballo ya estaba a pocos metros. Él luchaba por zafarse de la mordida del acero. Ante la disyuntiva de ser atrapado y la de rasgarse la piel, optó por la última, dejando un pequeño pedazo en el alambre.

Mintió sobre cómo se había hecho la herida. Pronto curó pero aquella cicatriz lo acompañaría siempre, aunque cambiando de lugar según iba creciendo. Aunque en otras oportunidades el grupo de arriesgados amigos lo

volvieron a invitar a entrar a aquella finca, nunca más aceptó hacerlo. Había muchísimas casas en cuyos patios crecían inmensas matas de mango y por lo general, los dueños los regalaban, así que no era necesario volverse a arriesgar, sobre todo, en algo que sabía bien que estaba mal hecho.

Un medio día entró al cuartel a buscar agua. En una de las celdas había un hombre joven preso. Le dijo que se acercara. Él miró hacia todos los lados y al no ver a ningún soldado, fue hasta allí. Tenía la cara hinchada, los labios partidos y los ojos amoratados.

-Necesito que me hagas un favor, es de vida o muerte – le dijo con apuro.

-¿De qué se trata? –preguntó el niño con un poco de temor.

-¿Sabes guardar un secreto? –le preguntó el preso.

-Sí..., claro –le respondió mirando hacia atrás.

-¿Tú sabes dónde está el bar de Juanito?

El bar de Juanito quedaba después del puente, antes de llegar al Naranjal.

-Claro que sé –dijo con firmeza.

-Necesito que vayas allí, busques a un hombre que tiene un bastón y usa espejuelos oscuros, dile que va de parte de Ramón, Ramón soy yo. Dile que estoy preso, que me van a llevar para Holguín y que no he dicho nada ni voy a decir nada, pero el que andaba conmigo, el que tiene una nube blanca en el ojo derecho, no es del veintiséis...

-¡Oye tú! –Sintió una voz imperativa a su espalda- ¿qué carajo estás haciendo ahí?

Era un sargento negro y corpulento al que le decían la Mosca.

-Yo le pedí un poco de agua al muchacho, Sargento –le respondió el prisionero.

-Oye muchacho, vete de aquí, ¿tú no sabes que no puedes hablar con los presos? –le preguntó cuando estaba junto a él.

Nelsito recordó, sin saber por qué, el incidente con el cabo Manfugás. No sintió miedo.

-Yo le iba a dar agua, yo no estaba hablando con él –le respondió con tal firmeza que cualquier sospecha del militar desapareció.

-Está bien, pero vete y tú –dijo refiriéndose al prisionero- parece que no te basta con lo que has cogido, ¿verdad?

-Tengo sed, Sargento, por favor, deme un poco de agua –fingió.

-Toma miao si quieres –le respondió con desprecio.

Nelsito aprovechó y salió corriendo. Pero tuvo tiempo para mirar al prisionero y hacerle un gesto afirmativo con la cabeza.

Cuando cruzó la cerca, se detuvo antes de entrar a la casa para calmarse. Luego entró. Puso los dos pomos con agua sobre la mesa y salió al patio. La humedad del lugar había hecho que los frutales que estaban sembrados en él, crecieran frondosamente. Se detuvo debajo de una mata de mango. Dio algunos pasos hacia uno y otro lado. Pensaba en lo que el llamado Ramón le había pedido. Volvió a entrar a la casa.

-Mi hermana, déjame ir al Saratoga a comprar un dulce.

-Ve, pero no te tardes –lo autorizó.

Salió presuroso. Presumió que el recado que el hombre le había dado era importante. De la casa al bar de Juanito había una distancia grande, era casi de un extremo a otro del pueblo. Hizo el recorrido corriendo casi todo el tiempo. Conocía bien el lugar hasta donde debía ir. Sudado y jadeante llegó. No entró. Desde el exterior se podía mirar hacia el interior a través de unos balaustres de madera torneada. Buscó con ansiedad. El hombre del bastón y espejuelos negros no estaba allí.

Desalentado se sentó sobre una piedra grande que estaba enterrada a un costado del establecimiento. ¿Qué haría? No podía estar allí mucho rato, su hermana le había dicho que regresara rápido. Recordó el rostro golpeado del preso. Una angustia muy grande le oprimía el pecho. –Seguramente lo van a matar- pensó. Sumergido en esos pensamientos, sintió llegar un auto.

Era de color blanco, no conocía de marcas, pero le pareció nuevo. Sin ningún propósito se quedó mirándolo, el chofer abrió la puerta y salió del mismo. El muchacho se puso de pie. El hombre que había salido del auto llevaba puesto espejuelos oscuros y usaba un bastón de madera.

El recién llegado se disponía entrar al bar cuando escuchó que lo llamaban.

-Pss, pss –repitió Nelsito.

El hombre se le acercó.

-¿Qué quieres? ¿un medio para una materva? –le preguntó.

-No, vengo de parte de Ramón –le dijo en voz extremadamente baja.

El hombre lo miró con atención. Se agachó junto a él.

-¿De qué Ramón hablas? –le preguntó agarrándolo por el hombro derecho.

-¡Ah! ¡¿y yo qué sé?! –Respondió con simpleza el muchacho- me dijo que se llamaba Ramón y nada más.

-¿Dónde lo viste?, ¿cómo es él? –quiso precisar el hombre del bastón.

-Está preso en el cuartel. Lo vi hace un rato y pude hablar con él.

-Está bien, pero dime, ¿cómo es ese Ramón que viste preso en el cuartel? –tenía premura.

-Blanco, flaco –recordó.

-¿Y los ojos de qué color los tiene?

Nelsito reflexionó un momento.

-Rojos –respondió a secas.

-¿Cómo rojos?, entonces no conozco a ese Ramón –aseveró el hombre de las gafas oscuras.

-Está golpeado, señor, la cara, los labios, los ojos, todo lo tiene hinchado por los golpes.

Ya no tuvo dudas el hombre del bastón y las gafas oscuras.

-Dime lo que te dijo –le pidió, ahora con otro tomo más amigable.

-Que cayó preso y que no ha dicho nada. Que lo van a trasladar para Holguín.

-¿Eso nada más? ¿No mencionó ningún nombre o cualquier otra cosa que pudiera ser importante? –insistió profundizando.

El muchacho recordó:

-¡Claro que sí! –Exclamó- dijo que el que andaba con él, uno que tiene no sé qué nube en un ojo, no es del veintiséis. No pudimos seguir hablando por en ese llegó la Mosca y me botó del cuartel.

El hombre lo miró con ojos agradecidos.

-¿Dónde vives? –le preguntó.

-Yo soy de Guanina Way, pero ahora estoy viviendo con una de mis hermanas al lado del cuartel.

-¿Y te llamas?...

-Nelson, pero todo el mundo me dice Nelsito.

-Bien, Nelsito, vamos a necesitar un nuevo favor tuyo, ¿estás dispuesto a hacerlo? –y le miró los ojos fijamente.

El muchacho no titubeó:

-Estoy dispuesto.

-Debes entrar al cuartel, trata de hablar o al menos de que Ramón te vea. Si puedes acercarte a él, le dices que pudiste hablar conmigo y si no puedes, métete el dedo pulgar izquierdo en la nariz –le dijo.

-¿En la nariz, señor? –preguntó con un poco de repugnancia. Le habían enseñado que eso jamás se hacía y por supuesto, él nunca lo hizo.

-Ya sé que es una mala costumbre, pero eso para nosotros, quiere decir que todo está resuelto, que no hay problemas.

-¡Coño, vaya seña! –exclamó perplejo.

El hombre sonrió.

-Te voy a acercar lo más que pueda. No conviene que nos vean junto –alertó- si tienes necesidad de verme

nuevamente, ya sabes dónde encontrarme. Confío en ti. Vamos.

El hombre del bastón y las gafas oscuras le habló de Ramón durante el viaje de regreso.

-Es un joven valiente –le dijo y le habló de la lucha y por qué era necesario luchar.

-No tenía miedo, estaba tranquilo –observó el muchacho refiriéndose al prisionero.

-Tú también eres muy valiente, Nelsito –le dijo.

Se sentía por primera vez, de forma cierta, alguien importante. El hombre se percató del nuevo estado anímico del muchacho.

-Pero tiene que tener cuidado, porque sin querer te puedes delatar. Tienes que seguir actuando como si nada hubiera sucedido. Ahora vas de nuevo a buscar agua. Si no ves a Ramón, no intentes hacer nada más, esa gente es capaz de cualquier cosa y si se enteraran de que colaboraste con nosotros, te meten preso a ti también.

Se bajó del carro dos cuadras antes de llegar a la casa. El hombre del bastón paró frente al hotel Saratoga y le compró unos dulces. Él se resistió a aceptarlo.

-Esto es para que tu hermana vea que de verdad viniste a comprar dulces.

-Eso es peor, señor, ¿de dónde voy a sacar dinero para tantos dulces? –reflexionó

-Dile que ayudaste a una señora a cargar una maleta y ella te compró los dulces.

Le pareció buena idea, aunque no le gustaba mentir, pero las circunstancias lo obligaban.

Había estado afuera un tiempo prudencial. Mirtha no le hizo ningún comentario. Les repartió dulces a todos en la casa y salió con los pomos para buscar agua al cuartel.

-Pero si acabaste de traer agua horita mismo, muchacho –observó Mirtha.

-No importa, mi hermana, ya se calentó –le respondió y salió rumbo al cuartel.

Entró sigilosamente. Buscaba con la mirada la presencia de la Mosca. No lo vio. Antes de ir a la nevera, caminó junto a la pared que daba a los calabozos. Acostado sobre el piso vio a Ramón.

-Psss –lo llamó.

Ramón alzó la cabeza y al verlo, intentó ponerse de pie. No pudo. Nelsito comprendió lo que había sucedido. Se estremeció al ver al joven en aquellas condiciones. Sin dudas que lo habían golpeado nuevamente.

-Ya vi al hombre. Dice que no te preocupes, que ya ellos sabían que estabas preso. Lo del otro hombre ese que me dijiste, también lo saben.

-Gracias, ahora vete.

-Adiós, Ramón –se despidió y fue a buscar el agua.

Su hermana Eloida trabajaba en la casa de una dentista, allí mismo en Mayarí, desde que tenía ocho años de edad. Ahora tenía veintidós. Ella se llamaba Mireya. Era de piel trigueña, pelo negro, bajita y un poco gordita. Era afable. El marido era un cabo del ejército que se llamaba

Arístides. Era alto y delgado y no parecía mala persona. Tenía una sonrisa agradable. A Nelsito no le parecía que fuera un asesino. Incluso, fue él quien alertó a sus padres para que sacaran de Guanina a su hermano Juan, porque lo iban a matar.

-Eloida, dile a Mirtha que no mande más a Nelsito a buscar agua al cuartel –le dijo Arístides a la muchacha.

Ella se angustió. Era muy tímida para los problemas de la familia.

-¡Ay, Arístides! ¿Qué pasó con mi hermano? –era un manojo de nervios.

-No pasó nada, sólo que lo vieron hablando con uno del veintiséis que estaba preso y el jefe mandó a preguntar quién era ese muchacho y lo están vigilando. Sospechan que lo estén utilizando la gente del veintiséis para sacar información del cuartel.

Esa misma noche a Nelsito lo regresaron para Guanina. Seno al escuchar la alarmante noticia, decidió no esperar siquiera al siguiente día. A pesar de las preguntas que le hicieron sus padres, no dijo nada. Había que mantener el secreto como se lo había pedido el hombre del bastón y las gafas oscuras.

Nuevamente su ausencia de casi dos meses hizo que los Manico comenzaran a sembrar el terror entre los demás muchachos. Restableció el orden de inmediato.

-Déjese de andar de mataperros por ahí. Recuérdese lo que le pasó con el cabo ese –le alertó el padre.

Él no lo había olvidado. Evitaba encontrarse con los casquitos. Su hermana Eloida había llevado unas camisas viejas de los uniformes de Arístides para que sus hermanos y padre las utilizaran por la noche en el mar. Eran de

tela gruesa y de mangas largas. Su mamá un día le puso una por la mañana y fue con ella puesta a la casa de los Linda.

-¡Eh! –Exclamó su padrino Nicolás- ahora eres un casquito.

Aquello le cayó mal. Salió de la casa y la quemó ante los ojos de todos. Se rieron. A partir de aquel día, cuando lo querían mortificar, le decían casquito. Ramoncito cogió varios puñetazos por aquella gracia. Prefería andar con los pantalones bombachos, con el elástico presionándole alrededor de las pantorrillas, formando un bolsón de tela, descalzo y sin camisa. Corría sobre los arrecifes como si estuviera calzado. Había desarrollado gruesa corteza en ambos pies que lo protegían hasta de las espinas del júcaro.

Seguía siendo el aventurero mayor. Había crecido un poco, pero seguía flaco, aunque fibroso. Nadie como él se atrevía a zambullirse en el mogote⁵⁷ de piedras oscuras cercano a la costa donde vivían los cangrejos moros. Los cogía para luego soltarlos. Eran grandes y pesados, pero no lo comían. Decían los mayores que tenían veneno. Tampoco se permitía comer dulce ni guineos después de haber ingerido pescado porque también decían que eran tóxicos. Era una creencia generalizada en el lugar. La bahía era rica en peces. Al menos por falta de pescado nadie moría de hambre. Él pescaba rayas y levisas con una mocha. Había tantos peces de aquel tipo, que se podían coger enterradas en el fango en la misma orilla. Tampoco se comían. La usaban para la mezcla con tierra para pescar camarones. El olor a mangle, agua

⁵⁷ Montón de piedras que emergen desde el fondo del mar

de mar y de la brisa pura, hacía de Guanina el mejor lugar del mundo.

Los muchachos se subían a los mangles y sacaban sus raíces cargadas de ostiones y devoraban cientos de aquellas conchas, que para la gente del pueblo era algo muy especial, casi un privilegio comerlas.

Una noche se despertó ante la discusión que su padre sostenía fuera de la casa. Se levantó y se asomó por la puerta. Lo vio parado junto a dos hombres que montaban sendos caballos.

-Entrérganos las escopetas. Nosotros somos del veintiséis –le decía uno de los hombres, el que más hablaba, el otro no decía nada.

-Ya le dije que yo no tengo ninguna escopeta, señor –refutaba el padre.

El hombre que hablaba se bajó del caballo.

-Vamos a entrar a la casa –le dijo.

Entraron.

El candil expedía una lucecita muy débil, pero los ojos del muchacho ya se habían acostumbrado y lo vía todo muy claro, contrario al recién llegado.

-Mire, amigo, el Movimiento sabe que usted tiene dos escopetas, por eso, necesitamos que nos las entregue. Volvió a insistir el hombre.

-¿Cuántas veces quiere usted que le diga que yo no tengo ninguna escopeta, señor mío? –se defendía Ricardo.

El visitante se quitó la gorra que traía puesta y la luz de la chismosa se proyectó sobre su rostro totalmente. Nel-sito se quedó paralizado. El hombre tenía una nube blanca en el ojo derecho. Se agarró de una de las piernas del padre y se apretó a ella. El otro visitante, un joven al que le decían Pelao y que vivía en Juan Vicente, entró también a la casa.

-Oye, vámonos. Este hombre no tiene nada, seguramente es una equivocación –señaló.

-No es ninguna equivocación, Pelao, este guajiro tiene las escopetas, lo que sucede es que no la quiere dar.

-No insista más, señor –intervino Chana que no se pudo aguantar más ante el ultraje a que estaba siendo sometido el marido- nosotros no tenemos ninguna escopeta, es más, jamás hemos tenido un arma.

Ante la negativa de ellos y la intervención del Pelao, el visitante de la nube blanca en el ojo derecho se marchó, no sin antes amenazar:

-Procura que sea verdad, porque si no, te vamos a ahorcar por chivato.

-Yo no soy ningún...

Chana le puso una mano sobre los labios.

-Déjalo que se vaya –le dijo.

-¿Y a usted qué le pasa que casi me arranca la pierna? –preguntó al hijo después que los visitantes se habían marchado.

-Ese hombre, papá...

-¿Qué hay con ese hombre? -lo interrumpió.

-Ese hombre no es del veintiséis –dijo con firmeza.

Los padres lo miraron asombrados. También a ellos les parecía extraño que un miembro de las milicias del Veintiséis se comportara de aquella manera.

-¿Y usted cómo sabe eso, Nelsito? –le preguntó. Su voz ahora no era autoritaria, más bien conciliadora.

-¿No me van a regañar? –quiso asegurarse el muchacho.

-No, no te vamos a regañar, pero dinos lo que sepas de ese hombre –le aseguró la madre.

Él le contó lo que Ramón le había dicho.

-Entonces era verdad lo que Aristides le dijo a Eloida –el padre no se pudo contener.

-Ricardo, le dijimos que no lo íbamos a regañar –le recordó Chana.

-¡Qué sinvergüenza! –exclamó el pescador.

-Lo peor de todo es que el loco este del Pelao anda con él. Hay que avisar ahora mismo –propuso la madre.

Pelao era un joven bastante alocado que se había alzado. Un día, jugando con un revólver en el campamento rebelde, le dio un tiro a un primo suyo y lo mató. Lo botaron del Ejército Rebelde y desde entonces, andaba por todos aquellos barrios con una bomba que parecía un güiro⁵⁸. Aprovechaba que hubiera varias personas presentes. Si entre ellas se encontraban algunas muchachas, mejor. Entonces rayaba un fósforo y prendía la mecha. Ante los gritos de pánico de la gente, él sonreía y la apagaba. En definitiva, Pelao fue el primer rebelde visible que a cualquier hora andaba por allí.

⁵⁸ Güira grande

Tenía una vieja escopeta amarrada con alambre. Una tarde venían de Playa Manteca Chana y Nelsito. El Pelao se les unió. Cuando ya estaba llegando a Punta de Cua-ba, pasó volando por encima de ellos a baja altura una avioneta a los que los pobladores llaman el “mosquito”, porque tenía la forma de ese insecto y Pelao le apuntó con su arma. La avioneta dio un giro y comenzó a volar hacia ellos. Aquellos pequeños aeroplanos eran utilizados por el ejército para detectar el movimiento de las fuerzas rebeldes y estaban artilladas con un arma de poco calibre. Sonaron los primeros disparos y el valiente rebelde desapareció por el monte. Madre e hijo tuvieron que refugiarse debajo de una alcantarilla porque desde la avioneta lanzaron cuatro granadas, de las que dos no explotaron. Eran dos cilindros de color negro y con anillos de metal.

Así era de irresponsable Pelao. Ahora había aparecido con aquel sujeto que según Ramón, el prisionero golpeado que había hablado con su hijo, era un infiltrado o un traidor.

El ejército sabía que la mayoría de los campesinos colaboraban con los rebeldes y hacían todo tipo de triquiñuelas para detectarlos y después ir a matarlos. Lo que no sabían era que eso se conocía y nadie podía ir a las casas de confianza sin previas coordinaciones. Era verdad que Ricardo había trasladado un cargamento de armas desde Preston en su embarcación para la guerrilla del capitán Matador que era el jefe de la tenencia que operaba por aquella zona. Tal vez se había filtrado la información. Lo que no sabían era que aquella misma noche, antes de que llegara el Pelao con el hombre de la nube blanca en el ojo derecho, las armas habían sido trasladadas en la lancha del viejo Julián para la zona de Juan

Vicente, en cuyos alrededores estaba el campamento del capitán Matador.

Los padres se enteraron de que el muchacho andaba con un brazalete de tela, rojo y negro, símbolo del Movimiento Veintiséis de Julio, amarrado en un muslo.

-Quítate el pantalón –le ordenó el padre.

Quedó sorprendido, era la primera vez que le ordenaba aquello. Sospechó de qué se trataba. Obedeció. Apretado en la ingle izquierda, tenía el brazalete.

Padre y madre se le quedaron mirando. El muchacho no tenía percepción de lo que aquello le podría acarrear, no sólo a él, sino, al resto de la familia.

-Nelsito –comenzó diciendo el padre con voz pausada- si te coge el cabo Manfugáss o cualquier otro con ese brazalete, te mata a ti y a todos nosotros. Quítatelo y que no vuelva a suceder. ¿Está claro? –enfaticó severamente.

-Mi'jo, lo que para ti es un juego, para nosotros es la vida –añadió Chana con dulzura.

No se sintió ni ofendido ni maltratado. Comprendió con exactitud el tamaño de su irresponsabilidad.

-Es verdad. Les prometo que no lo volveré a hacer –y se zafó el nudo, dejando al descubierto una zanja color carmelita alrededor de la pierna.

VI

Su hermana Marina, la mayor de los ocho hermanos, estaba casada y vivía en un batey⁵⁹ llamado El Veintisiete, porque estaba en ese kilómetro de la carretera Cueto-Mayarí. Agustín, su marido, era un hombre muy humilde. Casi no podía caminar. Padecía de lo que llamaban clavos en los pies. Tenía una pensión de treinta pesos que casi nunca le pagaban, por eso, su hermana se veía obligada a trabajar en el campo para poder mantener a la familia. Por aquel tiempo ya tenían cinco hijos. Estaba próximo a parir el sexto y Chana decidió ir con Nelsito para su casa con el doble propósito de ayudarla durante los primeros días del paritorio y por otro lado, sacar a su hijo un tiempo del agitado ambiente de Guanina. Le preocupaba. A su corta edad ya había tenido experiencias muy desagradables y riesgosas. El carácter del niño lo hacía impredecible. Sin una conciencia exacta de lo que era el peligro, era proclive a meterse en problemas de los que nadie, ni ella ni su marido, lo pudieran librar.

El viaje fue accidentado desde el mismo comienzo. Cogieron el gas-car de las cinco de la mañana y se quedaron lo más cercano posible a Guaro, quizás unos diez kilómetros de distancia, desde donde fueron caminando aceleradamente. Sobre las nueve llegaron a un batey poblado casi todo por jamaquinos, el que se llamaba Junta Uno. Caminaban tranquilamente por el centro del poblado, cuando de repente, un perrito que iba junto a ellos, saltó y mordió a Nelsito en la inglete derecha.

⁵⁹ Pequeño asentamiento poblacional en el campo.

-¡Ay! –gritó más por el susto que por el dolor.

Ante los gritos del muchacho comenzaron a salir los jamaicanos. Hablaban un idioma raro del que no entendía nada. Se le antojó, más que un idioma, una conversación de guanajos⁶⁰. El sonido gutural de aquellas personas era casi idéntico al que hacían los guanajos cuando se asustaban y aquellas personas estaban sin lugar a dudas, asustadas.

-¿Qué está *sucedé* a tu muchacho, señora? –le preguntó a Chana una negra gruesa y bastante vieja.

-Ese perro lo mordió en la ingle. ¿Tienen un diente de ajo, por favor?

-Sí, sí –dijo solícita la mujer- *entrá* a mi casa, ven.

Alrededor de ellos se aglomeraron numerosos vecinos. El muchacho pudo entender, por los gestos de algunos de ellos, que estaban criticando a la dueña del perro por tenerlo suelto. En el interior de la casa, le pusieron un ajo en la herida para que no se infectara.

-¿Tu marido ta' ser guardia, señora? –preguntó con angustia la dueña del perro.

-No, no se preocupe usted, somos gente pobre como ustedes, no tenga pena, fue un accidente. Ya nos vamos.

-No, no se *vay* –*pidió* la jamaicana que trajo dos vasos de café con leche y sobre un plato varias galletas con ajonjolí. A Nelsito, que le dolía más el estómago por el hambre que la mordida del perro, devoró cuatro y se tomó la leche.

-¿Ta' querer má –le preguntó la mujer.

⁶⁰ Pavos.

-No gracias, señora, estoy lleno –le respondió satisfecho su apetito.

Medio batey salió a despedirlos. Ellos respondieron los saludos. El hecho de no ser el hijo de un militar le devolvió el alma al cuerpo de la pobre jamaquina, cuyo perro lo había mordido arteralmente. Hasta el animalito parecía arrepentido de haberlo mordido. Junto a su dueña, movía la cola y soltaba cortos y repetidos ladridos. Para siempre le quedaría el temor por los perros.

Siguieron caminando por la carretera al abandonar el poblado. El sol comenzaba a quemar y ambos sudaban. Llevaban más de tres horas caminando sin contar la casi media que estuvieron sentados en la casa de la jamaquina. Ya iban hacia la recta final del recorrido, cuando frente a ellos, a casi un kilómetro de distancia apareció una caravana de vehículos.

-Vamos a escondernos en el cañaveral. Es el ejército –le dijo la madre.

Corrieron hacia el cercano cañaveral. Escucharon el ruido de los motores cada vez más cerca. Llegaron los primeros vehículos: eran dos tanquetas. Sobre ellas viajaban un grupo de soldados con sus fusiles apuntando para los lados y el frente. Detrás, contaron doce camiones y diez jeeps y cerrando el convoy un tanque de guerra, grande y pesado que hacía más ruido que el resto de los transporte. Se quedaron allí agazapados hasta que se perdieron de vista rumbo a Mayarí. Luego, continuaron el camino.

Al llegar al Veintisiete se encontraron a mujeres, hombres y niños llorando.

-¿Qué pasó aquí? –preguntó Chana a su hija que cargaba a una niña recién nacida. Había parido esa noche.

-¿Usted no vio al ejército pasar?

-Sí, pero nos escondimos en el cañaveral. ¿Por qué está todo el mundo llorando?

-¡Qué desgracia mamá! –Se lamentó Marina- vinieron y se llevaron a quince muchachos con el pretexto de que les ayudaran a cavar una zanja para enterrar a unos soldados muertos y después que abrieron la zanja, los fusilaron a todos, mamá, a todos –y se convulsionaba con la niña entre los brazos.

La madre le quitó a la criatura.

-¡Cálmate!, que eso te va a hacer daño y no le vas a poder dar la teta a la niña –le aconsejó.

-Fueron para allá a recoger a los muertos, son unos asesinos, mamá, han matado a todos los jóvenes. Agustín se salvó, porque uno de los muchachos le dijo al jefe de los soldados, lo llamaban Sosa Blanco, que dejara a Agustín, que estaba medio inválido y yo había parido anoche, si no, también lo hubieran matado –le contó.

Luego se supo la verdad. Le tiraron granadas al grupo y dos de ellos murieron, Carlos y Ramón y varios quedaron heridos.

El luto, la amargura y la desesperación se adueñaron de las humildes familias de aquel apartado lugar. La niña recién nacida, por ser quien le salvara la vida al padre, le pusieron por nombre, Amparo.

El asesino además de matar, quemaba las casas a los campesinos. La gente repetía un estribillo que decía- ¿qué pasa si Sosa pasa?; que quema todas las casas- no era el único jefe militar de la dictadura que lo hacía. En otras partes del país sucedía lo mismo. En esa aventura, estas tropas fueron castigadas fuertemente por

fuerzas al mando del capitán Pancho González, perteneciente a la columna 19 del Segundo Frente Frank Pais que comandaba el comandante Aníbal, en zona de Nicaragua. Otros decían que también fuerzas de su hermano Melquíades habían participado. Tuvieron que retirarse derrotadas. En esta retirada volvieron ser infligidos por otras compañías de la misma columna entre Cueto y Holguín. Después de esas derrotas, donde fue herido el asesino, dejaron de existir como fuerzas punitivas, totalmente desmoralizados.

Mientras tanto, en El Veintisiete continuaban llorando a sus jóvenes mártires. No sabían que los eran. Para ellos eran solo sus muertos queridos.

Una mañana se encontraba Nelsito en la casa de un primo de su mamá nombrado Mario. Él, como el resto de los vecinos, sólo trabajaba los tres meses que duraba la zafra, el resto lo llamaban tiempo muerto. No tenían otros medios de subsistencia que no fuera lo que el conuco⁶¹ que tenían, le produjera. Mal vestidos andaban, sin zapatos y con pantalones y camisas zurcidas. La mejorcita muda de ropa se guardaba para determinadas ocasiones. Ese día estaba Mario sentado en su taburete, como siempre, cuando llegó una visita inesperada.

La pobreza no lacera el orgullo, por eso, al llegar la visita y encontrarlo sin camisa, llamó a la mujer que estaba adentro:

-Edilia, tráeme la camisa –le pidió.

La mujer, que había visto llegar a los visitantes, para ocultar un poco la miseria, le preguntó:

-¿Cuál te llevo?

⁶¹ Pedazo pequeño de tierra para sembrar.

Mario, que no era de andarse con tapujos, le respondió con tono grandilocuente:

-Una de las muchas que tengo, mujer.

Así eran aquellas personas, los que vivían en la miseria material, pero mantenían el orgullo ileso y sin ser muy letrados, sabían usar la ironía más refinada.

La pobreza era tanta, que lastimaba. Para ellos, los padres de Marina eran personas que vivían bien. Tenían asegurada la alimentación y eso era bastante, no importaba que no tuvieran otras muchas cosas, pero tenían para comer, vestían y podían ir de un lugar a otro. Era la comparación de la miseria con la pobreza.

Chana había llevado un poco de dinero para ayudar a su hija y por aquellos días mejoró la alimentación. Ricardito había llegado unos días después a ver a su nueva sobrina. Un medio día estaban los dos hermanos almorzando y llegó una muchacha de trece años que vivía con sus padres y hermanos más pequeños en la habitación contigua de la cuartería. Era bonita a pesar de su aspecto famélico. Se sentó al lado del mayor de los dos.

-Si me das un bocado te lo doy –le propuso.

Ricardito la miró asombrado.

-¿Por un bocado de comida?

-Sí –le respondió ella con una sonrisa triste.

Ricardito se levantó y fue a la cocina y le trajo en un plato un poco de arroz, frijoles, boniato y un trozo de carne. La muchacha lo devoró todo sin apenas masticarlo.

-Vamos –lo invitó después de terminar de comer.

-No –le respondió- vete para tu casa y olvídate de eso.

-¿De verdad que no me lo quieres hacer? –le preguntó incrédula.

Ella se entregaba a cualquier hombre por una migaja y aquel jovencito le había dado un manjar y no se lo iba a cobrar. Ligera como una gata se fue.

Nelsito miró con admiración a su hermano. Aprecio que nunca se extinguiría. Ricardito era muy maduro. Tenía nobles sentimientos.

Junto a su primo Chemo, hijo de Mario y Edilia y los demás muchachos del barrio, salían desde temprano a bañarse en las aguas mansas del río Nipe que cruzaba muy cerca de El Veintisiete. Exploraban los contornos. A lo lejos, un poco más allá los límites que ninguno se había atrevido cruzar, se empinaban las primeras lomas de los Pinares de Mayarí. Él los convenció para irse hasta allá. Encontró cierta resistencia, pero al final se impuso. Hallaron nuevos arroyos, más profundos y anchos del que había en el Veintisiete. Los enseñó a lanzarse en yaguas por las laderas de las lomas y a orientarse por el sol en medio de los tupidos bosques.

Un día apareció su padre. Cerca había una laguna donde nadaban muchísimos patos de La Florida. Ricardo organizó una cacería y se los llevó a todos. Armados con tirapiedras fueron alegres y bulliciosos. Pasó feliz el último día de su estancia en aquel lugar. Como siempre, al despedirse, sintió tristeza por dejar a sus nuevos amigos.

VII

Al día siguiente regresaron a Guanina. La situación se tornaba cada vez más peligrosa. No pasaba un día sin que apareciera una persona asesinada en una cuneta o colgada en una mata. Esa era la respuesta que el ejército daba a los constantes ataques de los rebeldes. La colaboración de los moradores se hacía imprescindible para las fuerzas rebeldes. Del grupo de primos, Laíto y él eran los más atrevidos y los que se habían ganado la confianza de los revolucionarios. Ellos vigilaban cuándo las patrullas del ejército pasaban para Mayarí y cuándo regresaban para Preston. Cuántos camiones utilizaban y si había algún movimiento desacostumbrado del enemigo.

Apareció un billeteero. Un viejo flaco y alto que se paseaba por toda Guanina vendiendo billetes de lotería.

-Ese viejo yo creo que es un chivato, Laíto –le dijo una tarde a su primo.

-Vamos a decírselo a la gente –propuso el primo.

La “gente” eran los miembros del Movimiento que recogían las informaciones todas las tardes.

Ese día los dos primos habían ido hasta una bodega que quedaba en el camino hacia Vuelta Larga, después de la curva de Pozo Prieto. Ya regresaban cuando se encontraron al billeteero por el camino.

-Mira quien viene ahí –le dijo Laíto.

-No lo mires, déjalo, el sabrá lo que está haciendo –le respondió.

El billeteo venía detrás de ellos caminando por la línea, a una distancia de aproximadamente cien metros. Ellos apuraron el paso, porque tenían que pasar por un lugar deshabitado y no querían tener aquella compañía. Al rato miraron y no vieron al viejo.

-¡Qué raro, Laíto!, ¿A dónde se habrá metido?

-¡Míralo! –señaló el primo hacia la cañada.

El billeteo hablaba con un hombre que había llegado a caballo.

-¿No te dije?, ese tipo es chivato, ese caballo de once cuartas son los de la guardia rural –observó Nelsito.

Fingieron jugar a las bolas utilizando pequeñas piedras. Miraban de soslayo hacia donde conversaban los hombres.

-No se mueven, primo –señaló Laíto.

-Nosotros tampoco nos vamos a mover de aquí –le respondió.

-¡Tengo más ganas de entrarle a piedra por chivatón que es! –expresó el otro primo.

-¿Sí, no me digas? –advirtió Nelsito- ¿Y si echamos a perder todo por esa gracia?, vamos a seguir jugando a ver lo que hacen, pero nada más, ¿me oíste? –advirtió con el don de mando que le crecía.

Los dos hombres estuvieron conversando alrededor de media hora. El que montaba el caballo siguió hacia Pozo Prieto y el billeteo siguió hacia Guanina por el camino paralelo a la línea del ferrocarril. Los dos muchachos lo dejaron que se adelantara lo suficiente para ellos reiniciar la marcha. No lo perdieron de vista. Cuando llegaron al Way, continuaron por la línea hacia Punta de Cuba,

donde esperaba el que había encargado la factura. El billettero tomó rumbo al quiosco de Chango.

La tarde llegaba a su final cuando aparecieron, en vez de uno, dos hombres, el que le había dado el dinero para la compra y otro, mucho mayor.

-Buenas tardes –saludó el primero.

-Buenas –respondieron al unísono ellos.

-¿Cómo están los pequeños rebeldes? –saludó el mayor.

A Nelsito le pareció conocido aquel tono de voz.

-Bien, señor, estamos bien, gracias –le contestó él.

-¿No hubo ningún problema para la compra? –indagó el más joven.

-Con la compra no –respondió Laíto- pero tenemos algo que decirle...

-¿De qué se trata? –se interesó el joven.

Los muchachos hablaron con los ojos. El insurgente comprendió.

-No hay problema, él es de los nuestros, así que pueden hablar lo que sea sin problemas.

-Se trata de un chivato –adelantó Laíto.

-¿Un chivato? –se preocupó el interlocutor.

-Sí, a nosotros nos parece que es un chivato –comenzó diciendo Nelsito- hace unos días apareció por aquí un viejo vendiendo billetes. Hoy, cuando veníamos de la tienda, venía detrás de nosotros y luego se entrevistó con otro hombre que andaba a caballo. Estuvieron hablando como media hora, después se separaron. Noso-

tros pensamos que ese tipo es chivato. Laíto quiere que le entremos a piedras.

-¡No!, nada de piedras, ustedes no pueden hacer eso – les advirtió.

-¿Pero, por qué? –indagó Laíto.

-Porque no pueden hacer nada sin estar autorizados. Cualquier cosa que hagan por iniciativa de ustedes, puede perjudicar más que ayudar, así que ya lo saben, nada de tirarle piedra a ese billetero, ¿está claro? –alertó.

Ellos asintieron con desgano.

El otro hombre se mantuvo callado. Sólo los miraba y en sus ojos se reflejaba admiración por aquellos niños y una sonrisita afloró en su rostro.

Jesús, el hijo de Linda y Nelsito se habían puesto de acuerdo para ir a pescar por la mañana. La ensenada, de cristalina agua, dejaba ver los plateados peces que nadaban alegres en el fondo poco profundo. Jesús, unos años mayor que él, no era sin embargo mejor pescador. Se divertía con su amigo a pesar de la corta edad, porque era atrevido y no se permitía el lujo de perder un anzuelo cuando se trababa en una piedra. Se lanzaba al mar, se zambullía y lo destrababa. Los curbinos estaban hambrientos. Nada más llegaba el anzuelo con la carnada y lo mordían.

Estando por allí, alejados unos doscientos metros de la orilla sur donde colindaba la bahía con parte de la finca de los Linda, sobre los arrecifes, con el tupido manglar a

sus espaldas, pasaron dos pescadores de Juan Vicente nombrados Tato Cobían y Miguel Hernández, los que se dedicaban a la pesca de la lisa, abundante en aquella zona y que sólo se podían pescar con chinchorro y ese arte de pesca era un privilegio tenerla y eran tan pocos los que la poseían, que la especie se reproducía casi a sus antojos.

-Muchachos, ¿cómo están? –saludó Tato.

-Bien, Tato –le respondieron.

Tato iba sentado a la popa, atento a la aparición de la mancha de lisa para lanzar el chinchorro y Miguel remaba. Siguieron bordeando la ensenada, mientras ellos continuaban pescando.

Esa mañana el viento soplaba del suroeste, es decir, desde donde ellos estaban hacia donde los otros pescadores se dirigían. Hacia la parte norte de la bahía, por donde se dejaban ver los grandes tanques de combustible que existían en el puerto de Antilla, navegaba un barco mercante rumbo a la salida al mar abierto. Un poco más cerca, algunas embarcaciones pequeñas también surcaban las quietas aguas. Las embarcaciones de Tato Cobían y la de Ricardo se cruzaron frente al embarcadero que pertenecía al abuelo de Nelsito, donde atracaban las chalanas de la familia.

En un momento en que Nelsito miraba hacia la orilla opuesta, por donde andaban ya los pescadores de Juan Vicente, vio como si el agua hirviera a borbotones, lo cual hacían las lisas cuando salían a comer a la superficie en grandes cantidades.

-¡Mira Jesús, se salvó Tato! –exclamó con alegría.

-¡Eh!, ¿qué es eso? –preguntó Jesús.

La parte de la ensenada de la bahía donde se encontraban los pescadores de lisa estaba en lo bajo de una elevación de aproximadamente treinta metros de altitud, por donde se cruzaban las líneas ferroviarias que iban hacia Preston, Herrera, Felton y Nicaro con la carretera. Una nube de polvo rojo se alzó como si un tornado se hubiera formado. Sucedió en apenas medio minuto.

Alrededor de los dos muchachos comenzaron a partirse los gajos de los mangles. El viento del suroeste no permitió que escucharan la explosión ni los disparos, hasta que Jesús se percató del peligro.

-¡Corre Nelsito, que nos están disparando! –le grito Jesús.

Inclinaron los cuerpos y salieron corriendo hacia la orilla sur donde quedaba la casa de los Linda. Las balas de los Springfields y los Garands seguían destrozando las ramas de los mangles, hacían saltar los pedazos de arrecifes o caían al mar, elevando chorros de agua. Por arcanos misterios o sublimes casualidades, no fueron alcanzados ni por los disparos ni los trozos de piedras que levantaban aquellos.

Cinco metros antes de llegar a la playita donde terminaban los arrecifes, pasó corriendo un hombre. En su carrera, dejó un zapato negro pero no se detuvo.

-Ese es Juan Timbale –dijo Nelsito.

Juan era otro pescador de Juan Vicente que se había alzado hacía unos meses.

-Sigue corriendo, Nelsito, que nos van a matar –le grito en medio de la balacera, Jesús.

Cruzaron la cerca de maya hasta llegar a la casa del amigo. Cuando llegaron, sudorosos y nerviosos, alguien, él no supo nunca quién fue, le dijo:

-Nelsito, mataron a tú papá.

Se le paralizó el mundo por un segundo. Se quedó sordo, mudo. Las lágrimas le corrieron por la cara.

-¡No, no! –gritó desesperado.

Salió a todo correr hacia su casa. Saltó, como si fuera un venado la primera cerca de maya. Continuó a toda velocidad y saltó la última cerca que dividía las dos fincas. Chana lo esperaba desesperada.

-¡Corre, mi'jo, corre! –le gritaba.

El llegó anegado en lágrimas.

-¡Mataron a papá, mataron a papá! –era lo único que decía al abrazar a su mamá.

-No, mi'jo, tú papá está aquí en la casa.

La alegría fue tan grande al ver a su padre, a sus hermanos Juan y Ricardito y a los abuelos y tíos Abilio y Juana con todos sus primos, que se olvidó de la infernal balaceira. Lo calmaron y acostaron en el piso junto al resto de los muchachos.

Ricardo se había afeitado para evitar que lo confundieran con un alzado y con el nerviosismo se había hecho varias heridas en la cara.

Una hora después llegó la soldadesca. Se pararon en la línea sin atreverse a bajar la loma que los separaba de la casa del pescador y luego de efectuar varios disparos al aire, gritaron:

-¡Ey, los que estén ahí, salgan!

Temerosos, toda la familia se levantó del piso y salieron para el patio. Entonces comenzaron a bajar los casquitos. Uno, al que llamaban Rabanito, joven, flaco que a Nelsito se le antojó que la piel la tenía verde como un sapo, agarró a Juan por la camisa y lo zarandeó.

-Tú tienes que ser un *mau mau*, so cabrón –y le dio un empujón y ya se disponía a dispararle cuando llegó un sargento, grandulón y gordo, con fama de buena persona a quien la gente respetaba y no les temía.⁰ Le llamaban Cachita.

-Deja a ese muchacho, Rabanito, que esta gente no se meten en nada, yo los conozco.

-Yo también los conozco –dijo otro sargento, también grandón y gordo de apellido Cortina, pero que por sus grandes proporciones físicas le decían Cortinón, del que tampoco se conocía que fuera asesino, pero no gozaba de la misma aceptación por parte de la población- pero no tengo la certeza que tú tienes de que no se metan en nada –le dijo a Cachita.

Rabanito se envalentonó con las palabras de Cortinón y golpeó con la culata del fusil a Juan. Nelsito se fijó que el Garand del esbirro estaba embarrado de sangre desde la culata hasta el cañón.

-Te dije que dejara a ese muchacho, ¡carajo! –le gritó Cachita al soldado.

-Vamos a seguir –ordenó Cortinón.

El grupo de soldados regresó a la línea y continuaron disparando hacia Punta de Cuaba; como si con hacerlo, encontrarán el valor que les faltaba. No llegaron allá. No se atrevían a tanto por miedo a ser emboscados por los rebeldes.

Al poco rato regresaron y se fueron para Preston, dejando en el crucero uno de los camiones, el que se había volcado por la explosión de la mina, la que había matado a varios casquitos. Los heridos se lo habían llevado en un jeep.

Hasta ese momento se desconocía lo que había ocurrido. Luego se conoció.

-Mataron a Tato Covián y a Miguel Hernández –dijo Ricardo- los destrozaron a culatazos. Se ensañaron con ellos. Papá lo vio todo. Dice que cuando empezaron a disparar, Tato les gritó a los guardias que no tiraran más, que ellos estaban allí. Los hicieron subir. Desde que llegaron, sin decirles una palabra, Rabanito les entró a culatazos junto a otros soldados. Los acostaron sobre la laja grande que hay allí y los masacraron. Luego les dispararon varias veces.

-Pobres hombres –dijo Chana- ¿Dónde están los cuerpos?

-Se los llevaron y no se los quieren entregar a las familias –le respondió el marido.

Más tarde Nelsito y Laíto se atrevieron a pasar por allí. Era cierto lo que el padre había dicho. Las lajas que habían sido blancas como la leche, ahora estaban rojas. Cuando llegaron, las tiñosas⁶² estaban revoleteando y una tenía entre el pico un pedazo de carne. Al verlo llegar, alzó el vuelo dejando caer el trozo de piel.

-¡Coño! –Dijo impresionado Laíto.

Nelsito llegó hasta donde el aura había soltado el pedazo de carne. Estaba todavía roja. Eran los primeros que se habían atrevido a llegar hasta allí. Encontraron otros res-

⁶² Aves carroñeras.

tos de la ropa de ambos pescadores y coágulos de sangre como si fueran hígados enteros.

-Ayúdame a hacer un hueco, Laíto –dijo con voz tan gruesa que el primo no la hubiese reconocido si no lo estuviera mirando.

Abrieron un hoyo en la tierra, al lado de la ladera y enterraron lo que encontraron sólido. Desde cierta distancia, otros muchachos los miraban sin atreverse a acercarse a ellos.

El “*boniato*” lo había hecho explotar Juan Timbale. Lo había enterrado hacía dos días. El anterior no lo hizo explotar porque los soldados habían recogido a unas muchachas que iban para Mayarí y para evitar que murieran, los dejó pasar. Llevaba dos días oculto allí sin comer ni beber agua. De haberse percatado de la presencia de Tato y de Miguel, tampoco lo hubiera hecho, pero desde donde se encontraba, le era imposible verlos. En la retirada se había encontrado con Jesús y Nelsito en el momento que se le cayó el zapato y para evitar que los muchachos lo fueran a reconocer, no lo recogió. De todas maneras, fue reconocido y se convirtió en una especie de héroe en el lugar, aunque no fuera su propósito. Su nombre se mencionaba con respeto.

Pocas semanas más tarde apareció en Mayarí un nuevo vendedor de empanadillas. Era un joven de quince años. Se sentaba en la intercepción del Callejón de la Muerte y la calle Leite Vidal. Todos los días vendía allí su mercancía y después se marchaba. Nadie sabía de dónde era.

Esa era la ruta obligada para que los soldados que vivían en el pueblo, regresaran al cuartel por las mañanas. Entre ellos, Rabanito, quien era uno de los clientes del joven vendedor. El asesino se hacía acompañar por otros soldados. Ahora le habían cambiado el Garand por una ametralladora Thompson, tal vez por los méritos acumulados como asesino de los dos pescadores en Guanina.

Durante dos semanas el muchacho permaneció sentado en el mismo lugar vendiendo sus empanadillas. Una mañana llegó Rabanito. Andaba solo.

-Dame dos, muchacho –le pidió.

El vendedor le sonrió y metió la mano derecha dentro del cajón y antes de sacar las empanadillas, le dijo:

-Rabanito –el asesino se extrañó que le conociera el apodo- yo soy el sobrino de Miguel Hernández, uno de los pescadores que mataste en Guanina.

Rabanito dio un paso atrás para manipular la Thompson. El muchacho fue más rápido y sacó un revolver calibre veintidós y le disparó tres veces a la cara. El asesino abrió los ojos desmesuradamente. Quiso hablar, pero no pudo. Los transeúntes corrieron despavoridos hacia todos los lados. El vendedor se puso de pie, le quitó la ametralladora al asesino de su tío y dejando la caja con las empanadillas, salió corriendo por el callejón rumbo al río Mayarí.

Sobre el charco de su propia sangre maldita, Rabanito daba los últimos estertores de vida antes de que se lo llevara la muerte.

Cuando la noticia se conoció, hubo alegría entre los moradores de Guanina. Nelsito recordó el color de sapo que tenía en la cara el asesino. Por la tarde, él y Laíto fueron

hasta donde habían enterrado el pedazo de carne y los coágulos de sangre de los pescadores asesinados. Llevaban varias florecillas silvestres de las llamadas margaritas. Las pusieron sobre las tres piedras con que habían marcado el lugar y se quedaron sentados allí un rato. No sabían por qué lo hacían, pero el algo que los llevó, no los dejó que se fueran hasta que oscureció. No se dijeron nada durante todo aquel tiempo. Cuando se fueron, miraron las lajas: alguien había estado poniendo flores sobre ellas y habían recobrado su color blanco como la leche.

VIII

Ya había cumplido diez años. Para él, sentarse sobre el montículo más alto cuando la tarde se acercaba, era como una obligación. Para aquel ritual necesitaba estar solo. Sus primos, cuando lo veían ir hacia allá, no lo seguían. Era el altar sagrado de sus sueños. Ahora nuevas imágenes lo acompañaban. Ya no le importaban tanto fajarse con los Manico que seguían siendo tan indeseables como siempre. Ellos, de todas maneras, se mantenían alejados de él haciendo de las suyas contra otros muchachos.

Recordaba la noche en que el viejo Tomás, un jamaiquino ciego, amigo de su familia, quien tenía un caballo blanco y sobre él desandaba toda la zona de Mayarí, se había quedado en su casa y a media noche descubrieron que su bestia se había perdido. Se formó un alboroto tremendo. Tomás era el más desesperado:

-Ricalda, buca mi cavalla –repetía a su amigo.

Por suerte, la bestia, que se había zafado de sus amarras, se había ido a reunir en la caballeriza de los Linda con los demás caballos y al amanecer le fue devuelto. La alegría del viejo fue tal, que al sentir el calor de la piel de su fiel compañero, le corrieron lágrimas por el rostro mientras lo acariciaba le decía:

-Cavalla, cavalla mía, caray –y lo abrazaba y besaba.

Aquellas sencilleces eran acontecimientos en la comunidad. Fueron muchos los vecinos que acudieron a aquellas horas de la madrugada a solidarizarse y ayudar a buscar el caballo perdido.

-Mañana –le dijo una noche su mamá- vas a ir a vuelta Larga con Laíto y Silvano a buscar unas mancuernas de frijoles negros que papá nos va a mandar.

La noticia le agradó. Desde hacía mucho tiempo no iba a la casa de los abuelos maternos. Esa noche casi no pudo dormir. Por lo general, cuando tenía una fuerte emoción le era difícil conciliar el sueño. Se despertó y después de desayunar, fue a buscar a los primos.

-Nelsito, no vayan a hacer locuras por el camino, tengan cuidado cuando crucen el puente –le advirtió la tía Juana.

Ellos habían hecho un horno y vendieron el carbón. Tenían unos reales⁶³ y podrían comerse algunas chucherías⁶⁴ por el camino, aunque la tía había hecho un pan dulce de harina de maíz y les había dado un trozo para que se lo fueran comiendo. Salieron temprano y para poder disfrutar de algún tiempo para estar con los abuelos, tíos y los primos. Hicieron el trayecto unas veces corriendo y otras caminando de prisa. Eran ligeros y audaces. Iban alegres. Reían y mortificaban a Silvano, que como siempre sucedía, era el más cauto.

-No se apuren tanto, porque horita me va a comenzar el padrejón⁶⁵ –decía y aquello provocaba una gran carcajada.

Por el camino, antes de llegar al puente, había un barrio llamado El Chucho. Era un batey conformado por casitas de yagua y guano y algunas de madera con techo de zinc. Un grupo de muchachos estaban sentados en la

⁶³ Un real igual a diez centavos de peso

⁶⁴ Golosinas

⁶⁵ Salto en el estómago por histerismo masculino

línea del ferrocarril y al verlos, comenzaron a meterse con ellos.

-No les hagan caso –les dijo Silvano con su consabida prudencia.

Ellos trataron de evitar el encuentro, pero fue imposible.

-Mariquitas –les gritaban.

Aquello era imposible no tenerlo en cuenta, porque tendrían que regresar por allí mismo y si se mostraban miedosos, iba a ser peor.

-Mariquitas son ustedes –les contestó Nelsito.

-¡Eh, mírenlo, es guapito! –dijo el mayor de los muchachos, un jabao⁶⁶ flaco con el pelo ensortijado y amarillo.

-Guapito no, ustedes son los que se están metiendo con nosotros –le respondió él.

-Muchachos, no se metan con nosotros, que vamos para Vuelta Larga. Somos de Guanina –explicó Silvano.

-Ja, ja, ja –se rieron- ¡de Guanina, ja, ja, ja!

-Ustedes son guapos porque son muchos, a ver, por qué no se fajan uno a uno –propuso Laíto.

-Ven, fájate conmigo –le dijo el jabao.

-No, yo soy el que se va a fajar contigo –le respondió Nelsito y salió corriendo para encima de él.

Los dos cayeron al piso abrazados y dándose golpes mientras el resto de los muchachos gritaban alrededor de ellos.

⁶⁶ Mestizo con algunos rasgos de blanco.

-¡Que nadie se meta! –advirtió Laíto cuando vio que otro del bando contrario agarró una caña para darle a su primo.

Nelsito estaba arriba del jabao y le daba con todas sus fuerzas por la cara.

-Me rindo, me rindo –gritó.

Silvano agarró a su primo y lo quitó de encima del otro muchacho.

-Ya Nelsito, déjalo, que se rindió.

Estaba bravío e incontenible. Ya había comenzado a fajarse y no tenía para cuando terminar.

-¿Quién más quiere fajarse? –preguntó.

El grupo se fue separando. Uno de ellos se les acercó a los primos.

-Ya, váyanse ya, que por ahí viene mi papá y nos va a pegar.

Efectivamente, tres hombres se acercaban corriendo y el grupo de los muchachos del Chucho se desperdigaron. Ellos pudieron continuar la marcha por el solitario camino. A la derecha se extendía la finca de Severo, un campesino rico, en cuya hacienda había de todo y era tan grande, que nadie sabía donde terminaba. Tenía muchos peones y caporales a caballo. Los pastizales eran inmensos y las reses pastaban a sus antojos. Solo las risas de los cuatro primos rompía el magnífico silencio del campo. A veces eran los cantos chillones de los tinguilillos, aquellas avecillas inquietas que cazaban alrededor de los charcos y pantanos. Las garzas, blancas como la leche y con sus movimientos pausados, parecían mirar con angustia a sus pequeños semejantes. No les temían a las personas. Nadie las mataban porque no

tenían carne ni para hacer una empanadilla y allí nadie mataban por el placer de hacerlo. Amar a la naturaleza era parte de la formación ancestral que los niños del campo recibían de sus mayores. Era como una formación natural que se aprendía sin adoctrinamiento. Los niños aprenden más con lo que ven hacer, que lo que les digan que hagan.

Llegaron a la cabeza del puente. Le pareció más largo y alto que antes. Comenzaron la travesía. En los primeros cincuenta metros había un piso de tabla que aunque estrecho, permitía que se caminara sobre él sin correr el riesgo de caer al vacío. Después comenzaba la osadía. Había solamente travesaños de madera sobre los que descansaban los rieles y por donde había que caminar.

-No miren hacia abajo –les alertó a sus primos.

Había que mirar hacia el frente para evitar el vértigo. Iban ya por la medianía del puente cuando se comenzó a escuchar un ruido conocido.

-¡El tren! –Gritó Silvano- ¿Qué hacemos?

-¡A la orilla, primo, camina hacia la orilla! –le indicó Nelsito.

Laíto, sin pensarlo, obedeció, pero Silvano titubeó por un momento.

-Dale, Silva, que no hay tiempo –lo compulsó.

Ya el humo negro que expedía la locomotora se veía en la curva.

Tuvo que regresar y ayudar a Silvano a llegar hasta el área de seguridad que los puentes tenían para esos casos. Un minuto después se aferraban a los barrotes de hierro mientras a menos de dos metros cruzaba a sus espaldas la maquinaria negra con su insoportable estruendo.

-¡Coño, de la que nos libramos! –exclamó Silvano sin todavía salir del susto.

Después de llegar a la otra cabeza del puente, Nelsito se paró en la orilla del río y miró la altura que había desde allí hasta la superficie de la armazón de hierro.

-¡Qué alto! –dijo en voz alta.

-Parece que ahora es que te asusta la altura, después que lo cruzamos –le dijo Silvano.

-No, primo, no es eso –le respondió.

-¿Y qué cosa es? –quiso saber.

Nelsito lo miró y sonrió.

-Que cuando vivía aquí, casi me lanzo desde allá arriba –le confesó.

-Tú estás loco, Nelsito, ¡te hubieras matado, muchacho! –dijo con horror.

-Sí, pero a lo mejor no, primo –lo dijo con suspicacia. Sabía que Silvano era miedoso y quiso bromear con él para verlo desesperado. Le hizo un guiño a Laíto –Laíto, vamos a lanzarnos desde allá arriba.

-¡Vamos! –respondió el otro que había entendido las intenciones de Nelsito.

-Y yo también me voy a tirar –secundó Abilito que también se había creído aquello de lanzarse al río desde el puente.

Silvano se plantó autoritariamente delante de ambos y asumiendo la actitud del mayor de los cuatro, dijo:

-¡Ustedes no van a hacer nada de eso!

Los otros tres muchachos rompieron a reír ante el asombro de Silvano, quien al darse cuenta de la broma comenzó a correr detrás de ellos gritándoles amenazas, las que muy pronto olvidaría.

Regresaron a Guanina temprano en la tarde. Los muchachos de El Chucho lo vieron pasar y no se metieron con ellos. Después del almuerzo Nelsito visitó la casa de Esmeralda. La muchacha, aunque casada, seguía siendo muy linda. El marido le pareció demasiado feo para ella y sintió por dentro que se le iba deshilando el endiosamiento en que la había mantenido a pesar del tiempo sin verla. Quizás porque la había creído intocable y ahora se había dejado profanar por un hombre muy distante al que él imaginó que ella escogería por esposo. Se tragó su desencanto. Esmeralda tuvo que descubrir algo en su mirada cuando al despedirse ella le vio un viso de desdén en la expresión de sus ojos y tuvo que apartar los suyos como si sintiera culpa.

A los muchachos, por avispados que fueran, como era el caso de Nelsito y Laíto, había cosas a las que se les impedía el acceso, al menos, eso intentaban los mayores. Fue una de esas extrañas situaciones con la que se encontraron los cuatro primos al arribar a Guanina aquella tarde. Los adultos se olvidan con mucha facilidad de su etapa de niños, cuando eran capaces de percibir los diferentes estados anímicos de sus mayores.

Las primas María Virgen y Clara habían llegado desde Levisa. La primera estaba llorosa y era consolada por sus tías Chana y Juana.

-¿Qué le pasa a la prima, mamá? –le preguntó Nelsito.

-Nada, está enferma –le respondió ella tratando de restarle importancia la preocupación del hijo.

-¿Enferma; de qué? –replicó él con dudas.

-Sí, enferma. ¿De qué te extraña?, cualquiera se enferma, ¿no? –trató ella de convencerlo.

El muchacho, comprendiendo que no la sacaría de aquella trinchera, optó por no seguir insistiendo. Él sabía cómo averiguarlo. Estaba bastante cansado por el viaje a Vuelta Larga y no quiso salir más de la casa. Después de comer, se acostó a dormir, mientras los comentarios en baja voz alrededor de la “enfermedad” de la prima, seguía siendo la primera prioridad de los mayores.

Pronto se conoció lo que le había sucedido a María Virgen. Un grupo de soldados la habían llevado hasta un lugar apartado y la violaron. La tía Elena hizo la denuncia ante el jefe de los aforados⁶⁷. La salvó de no caer presa por difamación a la institución armada, la influencia que ejerció una amistad del tío Jesús. Los aforados, envaletonados por la impunidad que los protegía, continuaron hostigando a la muchacha, por lo que tomaron la determinación de mandarla para Guanina y con ella a Clara, que ya era una señorita y corría el mismo peligro que su hermana.

Esta situación hizo que se aumentara el odio por el ejército en el seno de la familia. El apoyo a los insurgentes cobraba más consciencia y si con anterioridad lo había sido sólo de forma pasiva, ahora sería activa y creciente. Los contactos con el Movimiento Veintiséis de Julio, aunque sin ser miembros de él, fueron estrechos y a diario. Los muchachos desconocían, por lógicas razones de seguridad, lo que se hacía, aunque también ellos tenían que seguir cumpliendo sus tareas de vigilancia y compra de alimentos.

⁶⁷Que goza de fuero

IX

Las acciones de guerra aumentaban por todas partes. Guanina estaba destinada a ser protagonista de las más cruentas. Se acercaba el fin del año 1958. Las fuerzas bajo el mando del Capitán Pancho González operaban en la zona del este de Mayarí hasta Moa. Eran fuerzas con gran movilidad que enloquecían a los mandos del ejército.

La tarde anterior se había alertado a las personas confiables que se tomaran precauciones en horas de la tarde, para que no se caminara por la carretera en el tramo entre Guanina Arriba y Guanina Way.

-Nosotros tenemos que seguir en lo nuestro –le dijo Nelsito a su primo Laíto.

Laíto, que se perfilaba cada vez más valiente, se sentó sobre el tronco de una guásima que se había secado y le comentó:

-Nelsito, ¿por qué no nos alzamos?, dicen que Ricardito y Paquito el de tía Ramona se alzaron.

Había sido verdad lo que Laíto había dicho, pero lo que no sabía era que después de tres días perdidos por el monte, tuvieron que regresar a la casa. Se lo contó.

-¿Por qué no me lo había dicho, primo? –le reprochó.

-Porque eso no lo puede saber nadie, Laíto, no ves que si Ricardito vira para acá y algún chivato lo sabe, lo pueden matar –le explicó.

-Si ellos que son grandes no pudieron llegar, nosotros menos –reflexionó.

Se levantaron y fueron a sentarse al lugar de observación que ocupaban todas las tardes para ver pasar la ronda de regreso hacia Preston. Llevaban allí un rato cuando escucharon una fuerte explosión.

-¡Un boniato! –exclamó Laíto.

-Eso fue cerquita, cerquita.

-¿Vamos a ver?

-Nada de eso. Vamos a quedarnos aquí –dijo con voz nerviosa Nelsito.

El tiroteo creció. Se sentía el tableteo de las ametralladoras. Los dos bajaron hasta la boca de la alcantarilla que estaba frente a la casa de los abuelos y se ocultaron allí.

-¡Tremenda candanga⁶⁸! –soltó Nelsito.

Se comenzaron a escuchar los gritos de la tía Juana llamándolos.

-Vamos a cruzar la carretera, mamá nos está llamando.

-¿Tú estás loco?, ahora no podemos salir de aquí –le respondió el primo al tiempo que sacaba la cabeza para mirar hacia la curva donde vivía Glicerio y por donde tendrían que regresar los soldados- ¡Mira Laíto, ahí vienen corriendo dos casquitos!

Dos soldados jóvenes corrían desesperados huyendo del tiroteo. Al pasar por donde estaban ellos, Laíto les gritó:

-¡Suelten los fusiles!

⁶⁸ Escándalo, riña tumultuaria

Los soldados se detuvieron y comenzaron a girar sobre sus pasos.

-¿Te volviste loco? –le recriminó Nelsito.

Los soldados seguían dando vuelta, mirando para tratar de descubrir de dónde habían salido las voces.

-¡Tiren los fusiles, carajo! –volvió a gritar con su voz ronca que no parecía la de un muchacho.

Los dos casquitos soltaron los fusiles y se desprendieron a correr carretera abajo.

-Ahora sí que la hiciste, Laíto –dijo Nelsito que seguía con la mirada a los dos soldados- Ahora tenemos que recogerlos, vamos –y subió hasta la carretera seguido por el primo.

Tomaron los dos fusiles marcas Garand y bajaron nuevamente a la alcantarilla. Cada uno tenía uno en las manos.

-¡Coño, como pesa esto! –dijo Laíto.

Los fusiles estaban relucientes.

-Nelsito, ¿Y ahora qué hacemos con estas cosas?

-¿Y me lo vas a preguntar a mí? –le respondió sin soltar el arma.

El tiroteo no cesaba. Otros dos soldados pasaron corriendo frente a ellos, pero desarmados.

-Vamos a meternos en la alcantarilla y tratemos de cruzarla –propuso Nelsito.

Sabían que los tubos de cemento de la alcantarilla estaban casi tapados por la tierra que las recientes lluvias habían arrastrado. Hicieron el intento. La oscuridad era total. Desde aquel refugio seguían escuchándose los

disparos. El túnel tenía un largo de unos cuarenta metros. Llegaron al otro extremo arrastrando los fusiles. La boca de la alcantarilla estaba protegida por gruesos plantones de hierba de guinea y bejucos de ubí, lo que no dejaba ver la luz. Lograron salir. Estaban llenos de fango.

-Vamos a dejar los rifles escondidos aquí –le dijo Nelsito.

En medio del tiroteo salieron corriendo por el trillo que estaba entre el manglar y la finca. Llegaron a la casa de Ricardo. Cuando los vieron llegar, hubo una mezcla de alegría y de enfado.

-¡Muchachos, carajo!, ¿dónde estaban metidos? –les preguntó el pescador.

-Estábamos en la loma, papá –mintió Nelsito que miró al primo.

-¿Y por qué vienen tan enfangados? –preguntó Chana.

-Cruzamos por la alcantarilla, mamá –le respondió el hijo.

-Tienen que bañarse aunque sea en el mar, porque si los ven así, van a pensar cualquier cosa –auguró la tía Juana.

No corrían peligro de ser alcanzados por los disparos, debido a que la casa estaba protegida por el barranco. Se bañaron a toda prisa y se cambiaron el pantalón bombacho. Recién se percataban de lo que habían hecho. ¿Cómo decirles a sus padres que habían desarmado a dos casquitos? Los matarían a golpes. Los muchachos no tienen toda la capacidad que se necesita para discernir el peligro y ellos eran preadolescentes que se estaban desarrollando en circunstancias especiales, mucho más allá de las máximas que se requerían para tener una infancia de excepcionales vivencias: eran, aún

cuando lo ignoraran, protagonistas de una epopeya trascendente.

Al oscurecer los soldados se habían retirado del escenario del combate. Además de la sangre de sus muertos y heridos, habían dejado envueltas en llamas la casa de dos vecinos, la de Agustín Lugo y la de Nené Matilla. La primera estaba justamente en una pequeña ladera frente a la cañada donde habían sido emboscados. Era de yagua y guano. La segunda estaba en la cima de la loma, al lado de la escuelita. Era una de las mejores del barrio, construida de madera dura y techo de zinc, grande y bien cuidada. El dueño trabajaba en la administración de la compañía niquelífera de Nicaro. En cambio, Agustín Lugo era un negro viejo que había sido operado de la garganta y para hablar lo hacía a través de un aparato que parecía un cachimba de fumar tabaco. Ni uno ni otro tenían nada que ver con lo que había sucedido, aunque Nené era miembro del Movimiento 26 d Julio, pero nadie lo sabía. Eso no era limitante para que el ejército tomara represalias con ellos o con cualquier otra familia.

Un día se conocería que la emboscada fue hecha por tropas de Melquiades, hermano del capitán Pancho González jefe de la compañía de rebeldes que actuaba por todos aquellos contornos y que habían contado con la colaboración imprescindible de otro vecino del lugar, uno de los Consuegra nombrado Héctor.

-Nos van a moler a palos, Nelsito –le dijo el primo al proponer el otro contar lo que habían hecho.

-¿Ahora con eso? –lo martilló- si no lo decimos y vienen los guardias a registrar y encuentran los rifles, nos van a matar a todos.

-Mira, vamos a hacer una cosa, vamos a ver qué pasa mañana –propuso Laíto- si vemos que no vienen a hacer averiguaciones, es que los casquitos no dijeron nada y si vienen, seguro que le van a preguntar a los mayores y como ellos no saben nada, se tendrán que ir.

El razonamiento de Laíto le pareció lógico. No dijeron nada. El siguiente día estuvieron muy tensos los dos. La ronda no pasó y decidieron esperar a ver que sucedía al siguiente.

Por la tarde apareció el viejo billetero que hacía algunos días no pasaba por allí.

-Ahí va el chivato ese –dijo Nelsito.

-¡Tengo más ganas de entrarle a pedrá'! –dijo Laíto que había agarrado una piedra filosa de color blanco de las que se echaban entre las traviesas de la línea del ferrocarril.

-Oye, acuérdate lo que nos dijeron, si le tiramos una piedra y nos ve, la cosa se va a poner peor, entonces sí que nos embarcamos, porque segurito que vamos a tener el ejército aquí buscándonos –alertó el primo.

El billetero visitó algunas casas proponiendo los billetes. Se percató de la presencia de los muchachos. Los miró y sonrió.

-¿De qué mierda se reirá? –protestó Laíto con enfado.

-Déjalo, no lo mires –le recomendó Nelsito.

El billetero se les acercó.

-Muchachos, ¿ustedes no saben quién quiere comprar un billetico⁶⁹ por ahí? –les preguntó.

⁶⁹ Boleto de lotería.

Los muchachos casi ni lo miraron.

-Aquí nadie tiene dinero para eso –le respondió Nelsito.

-Pero miren, es una peseta nada más y si tienen suerte, se pueden ganar cien pesos- insistió el hombre.

-Ya le dijimos que nosotros no sabemos nada, señor –le replicó el muchacho sin poder ocultar el malestar que les causaba su presencia.

-Tu papá se llama Ricardo, ¿verdad? –le preguntó.

Nelsito sintió un escalofrío. ¿Sería que estaban vigilando a su papá para matarlo?

-¿A usted qué le importa cómo se llama mi papá? –le respondió.

-No, no es que me importe –respondió el billetero quitándose los espejuelos oscuros y dejando el rostro sin protección. Nelsito creyó haber visto aquella cara, porque hasta ese momento nunca había estado tan cerca del billetero- pero a lo mejor a tu hermano Juan si le importe lo que le tengo que decir.

-Oiga señor, si no nos deja tranquilo vamos a llamar a nuestros padres –le dijo Laíto.

-¡Háganlo! Eso es lo que quiero, para hablar con ellos, de paso les voy a decir que ustedes dos quieren romperme la cabeza con una piedra.

Los dos muchachos se quedaron frito. ¿Cómo el billetero sabía eso, si ellos no lo habían hablado con nadie? Se miraron asombrados.

-Eso no es verdad –negó Nelsito.

-¡¿Ah, no?! –Exclamó el billetero- ¿Me lo van a negar a mí mismo que se los escuché de sus propias bocas?

Ahora los muchachos entendieron menos. ¿Sería adivino aquel hombre que hablaba con tanta seguridad?

-No, no, usted se equivoca, señor, nosotros no se lo hemos dicho a nadie –se descubrió Laíto.

-Entonces reconocen que me quieren tirar piedras, ¿verdad? –los sonsacó.

Nelsito se había quedado observándolo en silencio.

-¿Usted es...? –y se calló. No podía creer lo que había acabado de descubrir.

-Sí, muchacho, soy yo –reconoció el billetero.

-Laíto, él es que estaba en la curva cuando entregamos los mandados.

-No seas bobo y cállate la boca, ¡Nelsito! –le gritó al primo.

-Tranquilo, tranquilo, que yo era el que estaba con el otro compañero ese día cuando le contaron que habían visto al billetero hablando con un hombre a caballo.

-¿Es usted? –preguntó todavía incrédulo el otro muchacho.

-Sí, no tengas dudas, yo no soy ningún chivato y además, te vi todas las intenciones de entrarme a pedradas hace un rato –le dijo el presunto chivato evocando una sonrisa.

-¡Coño!!! –Y alargó la última o como si se sacara una espina de júcaro del calcañal- por eso se les dijo que no podían hacer nada por la libre, ¿comprenden ahora?

-Sí, señor y discúlpenos, es que pensábamos que usted era un...

-Sí, ya sé, un chivato, pero recuerden que ustedes no son los únicos que ayudan –les recordó.

-Tenemos que decirle algo... -titubeó Nelsito.

-¿De qué se trata? –preguntó el nuevo amigo.

-No, mejor dígale al otro que venga por la noche a mi casa –le respondió Nelsito.

-Miren, si es algo muy urgente que no pueda esperar, me lo pueden decir, que yo lo hago llegar urgentemente.

-Díselo, Nelsito –lo embulló Laíto.

El primo lo miró serio. El otro entendió.

-Puede esperar hasta la noche, señor –le aclaró.

-Bueno, está bien, pero ahora tengo que hablar con Ricardo, ¿dónde está?

-Durmiendo en la casa. Él trabaja de noche –respondió el hijo del pescador.

-Tengo que despertarlo –dijo decidido el billetero- acompañenme.

Llegaron en pocos minutos. Efectivamente, Ricardo aún dormía. Chana lo despertó.

-El hombre ese que anda vendiendo billetes quiere hablar contigo –le dijo.

Aún medio dormido le respondió.

-Tú sabes que yo no juego a la lotería. ¡Que se vaya!

-Vino con los muchachos. Dice Nelsito que te quiere decir algo sobre Juan –le amplió.

Pareció un resorte al escuchar lo último. Salió del cuarto y fue al encuentro del billeteero que se había sentado en un taburete en el patio de la casa.

-Usted dirá –le apuró sin tan siquiera saludarlo.

-Buenas tarde, Ricardo, siento mucho venirlo a molestar, pero el asunto que me trae es de mucha urgencia.

-Acabe de decirme de una vez de lo que se trata, señor – volvió a insistir el pescador.

-Juan tiene que irse hoy mismo de aquí –dijo

-¿Y usted quién es? –le interrogó Ricardo.

-Eso no importa, además, aparte de los muchachos –y señaló hacia donde aparentemente Nelsito y Laíto jugaban- nadie más debe saber que vine a hablar con usted. Pero recuerde, hoy mismo Juan se tiene que ir de aquí.

Ricardo quiso saber más, pero el billeteero se levantó y se marchó. Los muchachos lo siguieron un trecho.

-Ya sé, ya sé –les dijo- no se preocupen y esperen, misteriosos.

Y se fue pregonando sus billetes.

-Vengan acá –los llamó Ricardo cuando regresaron- ¿en qué andan ustedes?

-En nada, tío –le respondió Laíto.

-¿En nada?, me extraña, ustedes siempre están metidos en problemas, a ver, ¿de dónde ustedes conocen al billeteero este?

-De por ahí, papá, el vende billetes por todas partes –le respondió el hijo.

-¿Ustedes saben a qué vino aquí? –preguntó desconfiado.

-No, no, tío, nos preguntó por usted y ya –respondió poco convincente el sobrino.

-Sí, papá –reconoció Nelsito luego de mirar con reproche al primo- nos dijo que se trataba de un problema con Juan, por eso lo trajimos, pero no nos dijo nada más.

-Ni tienen por qué saber nada más que eso... y ya es demasiado –le espetó sin miramiento el padre.

Chana estaba callada. Lo observaba todo.

-Vayan a buscar a Juan a la casa de Primitivo. Díganle que venga ahora mismo para acá. Que traiga algunas mudas de ropa y se despida de Nora y no diga nada más –les orientó.

Juan se marchó esa misma tarde hacia Playa Manteca para la casa de los tíos Eusebio y Prudencia.

-No te atrevas a regresar hasta que yo te avise –le ordenó Ricardo.

Antes del anochecer, un jeep del ejército se detuvo frente a la casa de Primitivo, el suegro de Juan. Bajaron cinco soldados y entraron a la casa a buscar al joven.

-¿Dónde está tú marido? –le preguntaron a Nora.

-No está –les respondió.

-Dígale que cuando lo cojamos, se la vamos a pelar –sentenciaron.

Al caer la noche, cuando ya se disponía a salir a pescar, Nelsito, que se mostraba inquieto, se le acercó.

-Papá, tengo que decirle una cosa mala –le dijo con un nada desacertado temor.

El padre lo miró intrigado.

-¿Ya ves lo que te decía?, usted siempre anda metido en problemas, a ver, ¿de qué se trata ahora?

-Prométame que no me va a pegar –le propuso.

Esto aumentó la desesperación del padre.

-¡Acaba de una vez de decirme de qué se trata, carajo! –
Le dijo.

-¿Usted ve, usted ve? –Replicó Nelsito pateando el piso.

Chana estaba junto a ellos.

-Ricardo, deja al niño que hable. Cuando tú te pones así, cualquiera te coge miedo, viejo –le reprochó.

El rudo pescador se puso las manos en la cintura, era un gesto característico en él cuando estaba contrariado, y respiró profundo. Se sentó en un banco de madera largo que estaba junto a la cocina.

-Ven, siéntate aquí y dime lo que sea. Te prometo que no te voy a castigar –le aseguró.

El muchacho, no muy convencido de que el padre cumpliera su promesa cuando escuchara lo que le tenía que decir, se sentó junto a él.

-Por la noche va a venir un rebelde a buscar dos rifles –dijo bajito, como si no quisiera que nadie más escuchara.

-¿De qué rifles estás hablando, Nelsito? –y mostró un poco de alteración cuando pronunció su nombre.

-Mire papá, ayer, cuando se produjo el combate, Laíto y yo estábamos escondido en la alcantarilla que está frente a la casa de Abuelo. Pasaron dos casquitos asustados y le dijimos que soltaran los rifles. Ellos lo soltaron y siguie-

ron corriendo, entonces nosotros los recogimos y los escondimos antes de regresar a la casa.

El padre se levantó del banco más asustado que malgenioso.

-¿Tú escuchaste eso, Chana? –Dijo en voz alta- ¿Tú escuchaste lo que estos dos cabrones hicieron? –Y mirándolo, continuó- ¿Y si los hubieran matado, eh, y si los hubieran matado, muchacho...? –y lo agarró por un brazo y lo paró delante de él.

Nelsito no apartó la mirada de los ojos exaltados del padre.

-¡Ricardo, contrólate! No les pasó nada, ahora hay que resolver el problema. A ver, Nelsito, ¿dónde escondieron los fusiles? –intervino Chana que era más aplomada que el marido.

Ricardo lo soltó. Sintió como si le hubiera roto el brazo por la presión que había ejercido en él aquella mano acostumbrada a apretar el remo de la chalana.

-En la alcantarilla –respondió.

En ese momento llegaban Juana y Abilio. Este agarrado de su mujer porque casi no veía, arrastraba por un brazo a Laíto.

-¿Ya ustedes saben lo que hicieron este par de locos? –preguntó Abilio al llegar.

-Sí, ya lo sabemos –le respondió el cuñado.

-Yo voy a moler a palos a este cabrón –y le dio un cocotazo a Laíto que seguía prisionero del agarre de su padre.

-Abilio, ¡cálmate! –Le dijo su hermana- eso lo veremos después, ahora hay que tener calma.

-¿Quién más sabe de esto, Nelsito? –le preguntó la tía Juana.

-Horita lo va a saber Guanina entera si siguen hablando tan alto, tía –respondió.

Las palabras del muchacho sirvieron para que los mayores reflexionaran. Abilio soltó a Laíto que se fue junto a su primo.

-Nelsito, ¿te dieron? –le preguntó bajito.

-Todavía no.

-Entonces ya no te van a dar –pronosticó- a mí sí me dieron unos cuantos cuerazos. Formé mi lloriqueo y mami se metió por el medio y papi me dejó.

-Porque están asustado. Oye, lo que se te ocurrió solo a ti se te pudo haber ocurrido, Laíto, ¡yo te lo dije! Pero está bien, lo hecho, hecho está y ahora los dos tenemos que aguantar lo que venga.

-Vengan acá –llamó Ricardo- ¿Quién es el rebelde que viene a recoger los fusiles?

-Uno que nosotros conocemos, papá –respondió el hijo.

-Así que hasta conocen rebeldes y nosotros no sabemos nada –se quejó, para añadir después- deja que venga ese rebelde, que le voy a cantar las cuarenta, mira que estar metiendo a los muchachos en esto.

-No, papá, ellos no nos meten en nada, al contrario, nos dicen que no hagamos nada, lo que pasó fue que...

Laíto lo interrumpió:

-Fue culpa mía, tío, yo fui quien le gritó a los casquitos dos veces que soltaran los rifles, de verdad –trató de defender al primo.

-No, fuimos los dos, papá –reconoció el otro.

-No, si todavía me dan ganas de molerlo a palos – refunfuñó Abilio.

La pesquería de esa noche fue en tierra. Se quedaron sentados allí conversando. Hablaron del billetero y de Juan, de lo sucedido a María Virgen y del fracasado intento de alzarse de Ricardito y Paquito por Arroyo Blanco.

-Si estos dos tuvieran dos o tres años más, no hubiera quién los parara –comentó Juana.

-Los muchachos no la piensan, caray –reflexionó Abilio.

-Por eso mismo hay que tenerlos bien controlados. Un día se meten en un problema y los van a matar –añadió Ricardo.

-Nosotros somos como la cebolla –dijo Chana y dejó a todos sin comprender. Miró hacia donde estaban sentados conversando de sus asuntos los dos primos.

-¿Qué tú quieres decir con eso de la cebolla, mujer? –le preguntó el marido.

-La cebolla hace llorar, pero no llora y nosotros nos comportamos con los muchachos demasiados intransigentes, queremos que estén ajenos a todo, como si ellos no estuvieran viviendo lo mismo que nosotros –añadió.

-Chana, pero a los muchachos no se les puede dar banderín abierto –le dijo el hermano.

Así reflexionaban cuando escucharon acercarse a algunas personas. Eran cuatro hombres. Entre ellos venía el billetero, que sólo era reconocido con aquella vestimenta por los muchachos, quienes fingieron no conocerlo. Eran mejores conspiradores que sus padres. También, entre

los recién llegado estaba al que ellos le daban las informaciones y lo que compraban. Venían armados.

-Buenas noches, vecinos –saludaron.

-Buenas noches –respondieron ellos.

Estuvieron conversando un rato entre todos en voz baja. Nelsito y Laíto se quedaron apartados hasta que fueron llamados.

-Vengan acá –llamó Ricardo- saluden.

-¿Cómo están, muchachos? –preguntó el conocido.

-Bien –respondió con timidez Nelsito.

-Ya sabemos lo que hicieron. Fue una tremenda irresponsabilidad. A partir de hoy, ya no los necesitamos más –comenzó su sermón el guerrillero- porque lo que les pase a ustedes, es responsabilidad nuestra, por lo tanto, a partir de este momento, no nos volveremos a ver más. ¿Está claro? –y los miró fijamente a los ojos.

Salieron a buscar los dos fusiles. Lo llevaron de regreso a la casa de Ricardo.

-Están nuevecitos, nuevecitos –dijo con satisfacción el guerrillero

Limpiaron los dos Garands. Tenían un cargador completo y una bala en el directo.

-¡La falta que nos hacen muchos como estos! –comentó.

Los muchachos se sintieron desilusionados. Pensaron recibir elogios por lo que habían hecho. Los padres miraban a los guerrilleros y los guerrilleros miraban a los asombrosos niños.

Los muchachos, que no decían nada, miraban la alegría con que los insurgentes admiraban y tocaban los relu-

cientes fusiles y se percataron del orgullo con que las madres lo miraron por un instante a ellos.

-Menos mal que no les dio por manipularlos –observó el billetero.

-¿Ven cuánto peligro corrieron los dos? –les dijo el guerrillero.

Antes de retirarse, el que parecía ser el jefe se les acercó. Les estrechó las manos.

-No se sientan mal por lo que les dije. De todas maneras, aunque lo que hicieron fue muy riesgoso, gracias, son muy valientes, pero tienen prohibido hacer nada más – les recordó.

-Mire –comenzó a decirle Nelsito- si le prometemos que no vamos a hacer nada más sin que nos lo manden a hacer, ¿podemos seguir haciendo lo que hasta ahora hacemos?

-Por ahora no, tienen que demostrar que son disciplinados, después veremos, ¿está bien?

Ambos muchachos movieron la cabeza en sentido afirmativo pero con desánimo. No se imaginaban sus vidas diarias sin estar inmersos en aquellas apasionantes aventuras. Ellos no se sentían héroes. Seguramente no sabían siquiera el significado de aquella palabra. Tampoco les interesaba. Hacían algo porque había que hacerlo y a pesar de la corta edad, estaban seguros de que era importante. Sabían que muchos hombres habían muerto; el ejército mataba a campesinos, les quemaban las casas. A él mismo el cabo Manfugáss y el sargento la Mosca, lo habían maltratado. Entonces era importante hacerlo.

Durante los siguientes días estuvieron más controlados que nunca antes. El único aliciente que tuvieron fueron las dos salidas a pescar con el viejo Julián. Este, sabiendo lo que ambos muchachos habían hecho, trataba de estar el mayor tiempo posible con ellos para protegerlos y hacerle más llevadera aquella vida difícil y carente de las fantasías propias de la edad. Eran hombres en cuerpos de niños con más sal en el paladar que fiestas en el alma. De todas maneras los veía felices. Del hontanar de los sueños infantiles, la alegría fluye como el agua entre las piedras en las bocas de los manantiales.

Julián no estaba seguro de lo que iba a suceder, pero algo diferente él veía en aquellos hombres y mujeres que se enfrentaban con las armas en las manos a la dictadura. Era la gente del pueblo los que protagonizaban la epopeya y entre ellos, no faltaban los niños como estos dos que ahora navegaban con él inundando con sus risas la inabarcable inmensidad del espacio abierto de la bahía de Nipe. No podía imaginarse lo que en verdad se estaba gestando, pero algo en su interior le decía que valía la pena. Recordaba su infancia en Marcané, entre las rudezas del trabajo casi esclavo en las colonias de caña, principal sustento del que dependía la mayor parte del campesinado. No tenía un solo recuerdo agradable de su niñez. Había aprendido a enyugar los bueyes a los siete años. Era el hijo mayor y su padre, aunque después lo comprendió, se vio obligado a llevarlo con él desde antes del amanecer hasta que oscureciera para que lo ayudara a arrear los animales que arrastraban las carretas llenas de caña por aquellos espantosos terraplenes. Julián ni siquiera recordaba si había tenido jamás un sueño. Caía en la columbina⁷⁰ como si fuera un trozo de

⁷⁰ camastro

madera y cuando lo despertaban, aún sentía un cansancio tan grande, que muchas veces el padre tenía que darle algunos cintazos para que se levantara.

Se prometió darles a sus hijos una existencia menos amarga, pero la vida le jugó la terrible encerrona que le prolongó hasta la vejez las crueldades de su destino. Ellos tendrán una vida mejor, pensó cuando regresaban a la ensenada de Guanina. Era su deseo que así fuera, pero mientras tanto no llegara la oportunidad, se prometió, a la medida de lo que pudiera hacer, seguir con ellos en el carrusel de su lancha, como si fueran los hijos de los que no pudo disfrutar.

-Quiero que me prometan una cosa –le dijo Julián a sus pequeños amigos al amarrar la lancha en el pequeño atracadero.

-Lo que usted quiera, Julián –le respondió Nelsito.

-Que si alguna vez pudieran irse de aquí a estudiar a otro lugar, lo hagan. Que no se queden como parte del montón, que traten de ser diferentes a los demás, sin sentirse mejores que nadie, pero eso, sí –y los miró apuntándoles con el dedo índice de su mano derecha- nunca olviden este pedacito de tierra. Aquí se quedará lo mejor de sus vidas. Siempre que tengan alguna dificultad, recuerden estos días, me recuerden a mí, a sus abuelos, a sus padres, a la gente de Guanina. Ustedes van a tener una vida mejor de la que tuvimos todos nosotros, pero el hombre no puede ser mal agradecido. Guanina es el origen de todas sus vidas y a ella tendrán que agradecerle eternamente lo que mañana pudieran llegar a ser – guardó silencio. Sus ojos se humedecieron y les preguntó- ¿Me lo prometen?

Los muchachos se miraron extrañados por aquellas palabras. Ellos ni siquiera se habían imaginado que el viejo y solitario amigo le fuera hablar de aquella extraña manera. No entendieron por qué les habló así, pero comprendieron lo que les quiso decir.

-Yo le prometo que así será, Julián –respondió Nelsito.

-Yo no me pienso mover de aquí para ninguna parte, Julián –dijo Laíto.

-Bueno, bueno, basta ya de cháchara y vamos a repartir entre los tres los pescados –les dijo Julián rompiendo las sombras que les habían nacido por dentro sin saber por qué.

X

Arroyo Blanco quedaba antes de llegar a Levisa, por la carretera que unía a Mayarí con Nicaro desviándose hacia la izquierda al llegar a Cajimaya. Allí vivía su tía Ramona con su esposo Yayo y los tres hijos, sus primos hermanos Paquito, Nora y Chela. A pesar de ser un pequeño poblado de campo, tenía una belleza rupestre que a él le encantaba. Tal vez porque era donde comenzaba la serranía. La casa de sus tíos quedaba en el mismo borde de la carretera. Tenía un patio grandísimo donde había árboles frutales, entre ellos y los más abundantes, los anones que tanto le gustaban. En el bajío, profundo y complicado para bajarlo, había un arroyo bastante ancho por donde corría una fuerte corriente de agua limpia. Paquito era de la edad de su hermano Ricardito y por lo tanto no le prestaba mucha atención. Contrariamente, las primas no se separaban de él y lo acompañaban a todas partes. Su madre lo había llevado, para ver si se tranquiliza un poco, le dijo a su hermana.

Estaban ellos tres parados donde comenzaba el más inclinado de los farallones. No había visto tal declive. La tierra estaba vestida de finísima hierba. Le pareció una gigantesca cama protegida por una sobrecama dorada. Se le dilataba el pecho por el ritmo acelerado del corazón ante la posibilidad de disfrutar una verdadera locura: lanzarse desde aquella altura insospechada sobre una ancha yagua de las que abundaban, porque las palmeras eran numerosas.

-Prima, vamos a tirarnos en yaguas –le propuso Nelsito a las muchachas.

Ellas se miraron asombradas. Nunca se les había ocurrido semejante travesura. La pendiente era muy inclinada y la loma demasiado alta.

-Es muy peligroso, Nelsito. Nos vamos a matar –le dijo la mayor.

-Mentira, prima, mira, nos agarramos bien de la punta de la yagua y bajamos rapidísimo –trató de convencerla poniéndole entusiasmo a las palabras.

-No, Nelsito, mamá no lo va a permitir –volvió a negarse la prima.

-Está bien. Lo haré yo solo –se determinó.

Lo vieron coger una yagua ancha y gruesa y subirse sobre ella.

-Nelsito, no lo hagas –le rogó Chela.

Pero era tarde. La yagua comenzó a deslizarse vertiginosamente loma abajo. Las primas se pusieron las manos en la cabeza y comenzaron a bajar corriendo la loma.

-¡Cobardes, cobardes! –les gritaba el primo desde el final del bajío a donde había llegado sin percance.

Momento después las muchachas estaban con él.

-Estás loco, Nelsito, eso no lo ha hecho nadie, ni Paquito se ha atrevido a hacerlo –le dijo la mayor de las dos.

-Prima, cuando vienes bajando se siente un frío en el estómago, pero no te da miedo, porque enseguida llegas abajo y ya, ¿anden, prueben? –insistió.

-Bueno –dijo la menor- yo lo voy a hacer.

-Nada de eso, tú no vas a hacer nada, porque se lo digo a mamá –protestó Nora.

-Déjame hacerlo, mi hermana –le rogó.

-Eso es muy peligroso, no, no lo vas a hacer –respondió.

-Primas, ¿Por qué no se tiran las dos conmigo? –les propuso- Miren, probamos primero de una lomita, después de otra más grandecita y luego, si quieren, nos tiramos de ésta.

Las muchachas, que para nada eran tímidas, más bien se ajustaban a las normas de conductas establecidas por sus padres, o mejor dicho, por la madre, aceptaron. Fue una fiesta ir aumentando las alturas, hasta vencer lo que de cordura femenina les había detenido al inicio.

Un rato después estaban los tres en lo alto de la loma. Las dos niñas se sentaron en la yagua detrás de él y comenzaron a bajar. En ese momento apareció la mamá de las muchachas. Se quedó paralizada cuando vio a los tres bajar a toda velocidad. Quiso gritarles pero no se atrevió. Empezó la bajada corriendo y a mediación de la loma se detuvo. Los vio, riéndose de la hazaña que acababan de hacer.

-¡Qué lindo! –les grito.

Miraron hacia arriba y vieron a Ramona con las manos en la cintura en forma amenazante.

-¡Ay mi madre! –gritó la mayor.

Comenzaron a subir dejando el improvisado vehículo en el lugar. Al llegar junto a la madre, las manos de ésta se aferraron a las orejas, primero de las hijas y luego en la del sobrino.

-Vamos para la casa, se acabó la diversión. Cuando venga Yayo se lo voy a decir y a Chana también, ¿me oíste, Nelsito?

La tía estaba nerviosa. Ella era comprensiva y dulce y sabían que pronto se le pasaría. Por otra parte, de nada había que preocuparse por el tío Yayo. Él era un hombre muy bueno y las hijas hacían de él lo que deseaban. De todas maneras, lo que habían hecho era una travesura como nunca antes y eso, por lo menos, llevaría otro regaño.

-Están locos, Yayo, si tu hubieras visto como bajaban esa loma, te mueres –le contó la mujer.

Yayo, sin despegarse de la sonrisa bonachona que siempre tenía en la boca, se sentó a las hijas en las piernas.

-Eso es muy peligroso, niñas, si la yagua se vuelca, se hubieran roto las costillas –les dijo.

-Si papi, pero Nelsito lo sabe hacer bien, no hubo peligro.

-Tío, ¿Usted nunca se ha tirado en una yagua? –le preguntó el sobrino.

-Bueno, yo... –titubeó.

-No señor, él nunca se ha tirado en una yagua, ¿verdad, Yayo? –intentó Ramona auxiliar al marido.

-Tampoco así, yo sí me he tirado, pero no dejo de reconocer que es muy peligroso –le respondió y añadió- ¿Me prometen que no lo volverán a hacer?

Asintieron con la cabeza. Ellas habían probado la sensación que según el primo se sentía al bajar la loma y en verdad era escalofriante. No lo volverían hacer, pero tampoco se arrepentían de haberlo hecho.

Los siguientes días que se pasó allí, como parte de las medidas que habían tomado sus padres para alejarlo del peligro, los pasó muy feliz. No fue necesario volverse a

tirar loma abajo sobre otra yagua para pasarla bien. Caminaban por los bajíos llenos de palmeras y de árboles frutales. Las pomarrosas, amarillas y rosadas abundaban, inundando con su perfume el limpio ambiente. Regresaban a la hora del almuerzo para después reposar sobre sendas hamacas amarradas bajos los árboles del patio. El silbido suave de las brisas, el proceso de la digestión más el cansancio físico de las intensas caminatas, pronto los hacía dormir plácidamente.

Alejado del torbellino de acontecimientos violentos de Guanina y los alrededores; rodeado de la exuberante naturaleza y de los cuidados amorosos de los tíos y las primas, Nelsito sentía una agradable sensación de paz y las ínfulas de conspirador ya no formaban parte de su pensamiento, al menos, como lo más primordial en su diario quehacer. Era, aunque por un corto período, un niño con una existencia casi normal.

De allí fue para Playa Manteca. Sus tíos Eusebio y Prudencia seguían viviendo en la cuartería donde él había nacido. Se divertía con sus primas Paulita y Julita. Pero con el primo Arquímedes, de su misma edad, fue con quien vivió los momentos más intensos y peligrosos. Los otros dos primos, Rosa y Cipriano, eran muchos mayores que ellos. La primera estudiaba en la granja de los americanos. Era una especie de beca de donde salía solamente los sábados. La granja estaba cerca del batey. Cipriano se dedicaba a pescar con su papá.

Se bañaban en la playa, allí mismo donde el día que había nacido, su padre enterró la matriz en la arena. Cami-

naban hasta el cayo⁷¹, lugar que más bien era una punta de tierra junto a la costa de la bahía, dónde vivían sus padrinos y primos segundos.

Le gustaba mirar hacia un cayo que estaba bastante cerca de la orilla, pero al que no se podía llegar nadando, porque la distancia era respetable y aún con sus impulsos aventureros, no se atrevía ni a intentarlo. Aquel pedazo de tierra elevada sobre la bahía le era un misterio. Allí vivía alguien, pero no se sabía quién era.

-Tío, ¿quién vive en ese cayo? –le preguntó una media mañana al tío Eusebio.

El pescador, sin responderle, volvió la mirada hacia el mogote que parecía un gran barco anclado en medio de la ensenada. Todo en aquel capricho de la naturaleza era misterioso. Todavía la bruma que lo cubría no había desaparecido.

-Nadie los conoce –le respondió un momento después.

-Tío, lléveme allá –le pidió mirando hacia el mar.

-No, Nelsito, eso es propiedad privada –se negó.

-¿Qué es propiedad privada, tío?

Eusebio lo miró esbozando una sonrisa.

-¡Mire que usted es preguntón! –exclamó divertido.

-Es que nunca había escuchado esa palabra, tío, pero bueno, disculpe usted. No le vuelvo a preguntar –fue la impronta de una germinal soberbia lo que le brotó por los labios.

El tío le pasó una mano por la cabeza.

⁷¹ Isla

-No te pongas bravo. Pregúntame lo que quieras. Mira, propiedad privada quiere decir que una cosa pertenece a alguien, por ejemplo, —y señaló para su bote- esa lancha es mía, ¿no es verdad?

-Sí, usted es el dueño —afirmó el muchacho.

-Así mismo es. Como la lancha es mía, nadie la puede montar sin mi consentimiento, porque es una propiedad privada, mi propiedad —y lo miró interrogativamente. Comprendió que el sobrino había entendido.

-Entonces, tío, vamos a pedirle permiso al dueño del cayo para visitarlo —insistió.

El pescador se puso serio. Nadie se atrevía acercarse al mogote. Su propia configuración, que semejaba a un gigantesco toro acostado, cubierto por espesa vegetación que le daba un aspecto tenebroso, era su mejor guardián.

-Un día, Nelsito, un día, cuando vea al dueño, le voy a pedir permiso para llevarte y camines por él, ¿de acuerdo? —le prometió.

A decir verdad, el muchacho no quedó muy convencido de que su tío cumpliera su promesa, pero no le quedaba más remedio que esperar. De todas maneras ya había despertado en él la curiosidad y solamente la distancia infranqueable que separaba a aquella oscura verruga de la costa, lo podía detener..., al menos, por el momento.

El único hueso que se le había roto fue precisamente en la casa de sus tíos, en Playa Manteca. Años atrás, durante una visita, se subieron a una hamaca, Paulita, Julia, Arquímedes y él. Retozaban balanceándose alegremente cuando la sogá que la sujetaba se partió y cayeron al piso. Él estaba debajo de todos y el peso de los

demás le cayó encima y se le fracturó la clavícula izquierda. Para peor de los males y lo que en medio del susto les dio risa hasta a los mayores, fue que debajo de la hamaca había un orinal lleno de orine que se había olvidado botar por la mañana y quedó bañado con el fluido apestoso.

-Tuviste peste a miao hasta el otro día –le recordó Julita y todos rieron a carcajadas.

Aquellos recuerdos lo divertían. Formaban parte de sus mejores experiencias y él los amaba.

Ya habían pasado los suficientes días desde la conversación con su tío para que lo llevara a visitar el cayo. Le daba la impresión de que se le pudiera haber olvidado. No tenía la intención de recordárselo, pero tampoco de renunciar a su propósito.

Su primo Cipriano tenía una chalana, la que casi nunca usaba, porque salía a pescar en la lancha de su papá. Un día se la pidió prestada.

-¿Y tú sabes remar, Nelsito? –le preguntó el primo.

-Sí, ¡cómo no voy a saber, primo! –le respondió.

Cipriano era un joven que tenía fama de galán. Era bien parecido y poseía una voz potente y bien timbrada. Sabía tocar guitarra y sus canciones favoritas eran las rancheras mexicanas. El tiempo que le quedaba libre cuando regresaba de pescar, era para dar sus serenatas a alguna enamorada o participar en parrandas de los barrios aledaños. Por eso no tenía tiempo para usar la pequeña embarcación y su hermano Arquímedes era quien de vez en cuando salía en ella a pescar sin alejarse mucho de la costa.

-Está bien, pero no vayas sólo, ve con Arquímedes. No se alejen de la costa –le alertó.

Arquímedes era bastante sagaz. Tenía su misma edad, unos meses menos. Era más bajito, pero fornido. Era bueno en el mar. Sabía remar y nadar. En aquel entonces era el menor de los hermanos y por eso, el más consentido y una dosis de malacrianza lo acompañaba, pero se relacionaba bien con su primo. Eran bien llevados. Nelsito lo tanteó.

-Arqui, ¿tú nunca has ido al cayo? –le preguntó con toda intención.

-Ahí no va nadie, Nelsito. Dicen que salen fantasma –le dijo.

-¿Y tú crees en fantasma, Arqui? –le preguntó.

-¡Claro! –le respondió con espanto.

-No seas bobo, muchacho, los fantasmas no existen –le afirmó.

-¡¿Qué no existen?! –exclamó.

-No, no existen, eso lo dicen los grandes para asustarnos, pero lo fantasmas no existen, primo –le respondió con firmeza.

-¿No existen? ¿Entonces por qué nadie se atreve a andar por la curva de la granja de los americanos de noche, eh?

-¿Y yo qué sé? –le respondió.

-Porque sale un toro grandote echando candela por la boca, sobre la línea del ferrocarril –le contó.

-Primo, los toros no echan candela por la boca, eso es mentira –trató de convencerlo.

-No señor, eso sí es verdad, que papá lo ha visto –y sus ojos crecieron.

Nelsito comprendió que no lo iba a convencer. Si su propio padre le había contado aquella historia, nadie lo iba a hacer entender lo contrario. Él no creía en fantasma porque su papá era quien se lo hizo creer. Estaba seguro de que Arquímedes creía firmemente en que el toro que echaba candela por la boca salía de noche por la curva de la granja y de ahí no lo iba a sacar, pero tenía que convencerlo de que lo acompañara al cayo.

-Mira, está bien, eso es de noche y en la curva, pero en el cayo no hay fantasmas, muchacho, ahí vive gente. Lo que tenemos que hacer es ir por la parte de atrás –le propuso.

A Arquímedes pareció gustarle la idea. Expresó dudas.

-Está lejos cantidad, Nelsito.

-Eso está ahí mismo, Arquí. Un rato rema tú y otro yo –le propuso.

-¿Y si papá se entera?, nos va a castigar –terminó.

-Mira, mañana, después que vengan de pescar él y Cipriano y se acuesten, nosotros decimos que vamos a pescar y nos vamos para allá –propuso.

Arquímedes expuso otras dudas, pero finalmente aceptó.

El mar amaneció en calma como casi todos los días. Eusebio y Cipriano regresaron poco después del amanecer. Habían tenido una buena jornada y no fue necesario extenderse hasta más tarde. Aquello propició que los primeros pudieran salir de pesquería bien temprano. Primero bordearon el manglar hacia el oeste, como si fueran para la casa del tío Vicente. Luego, alejado ya de la playita

donde estaba el embarcadero, tomaron rumbo norte para acercarse a las costas del cayo misterioso.

Mientras se iban acercando al islote, crecía la aprehensión dentro del pecho de los dos muchachos.

-¡Qué grande es! –exclamó Arquímedes que nunca lo había visto de tan cerca.

Nelsito no hizo comentario. Siguió bogando para llegar lo más rápido posible antes de que el primo se fuera a arrepentir. Media hora después surcaban el agua que cubría la plataforma del pequeño islote. Era tranquila y transparente. Una diversidad de peces nadaba hacia todas partes.

-¡Mira como hay cuberas aquí! –siguió maravillado Arquímedes.

Nelsito dejó de remar. La chalana siguió con el impulso. Entonces se dio la vuelta y contempló los bordes del cayuelo. El manglar ocupaba una estrecha franja. Nacía en la ladera de la pequeña elevación de la tierra firme del promontorio e invadía varios metros del mar. Patabanes y mangle rojo conformaban aquella flora. La fauna estaba compuesta por grandes y gordas gaviotas, alcatraces con su bolsa pescadora debajo del gran pico, guanabases con sus color gris, largas patas y pico puntiagudo que lanzaban al fondo de las aguas y extraían pequeños peces que engullían con facilidad. Los tinguilillos, al percatarse de la presencia de los intrusos, alzaron su rasante vuelo y rompieron el silencio con un agudo canto que sirvió para poner sobre aviso al resto de los animales.

Ellos no hablaban. Lo miraban todo como el que llega a un paraje encantado. En verdad, lo que se presentaba ante ellos, lo era. Los manglares que bordeaban la bahía eran de una belleza singular, pero este era diferente.

Mientras en los otros se mezclaba con la hermosura del paisaje el fuerte olor de las hojas descompuestas de los mangles al mezclarse con el fango, aquí no. El fondo no era fangoso. Estaba formado por piedrecillas multicolores y arena blanca.

Entraron por un estrecho limpio de vegetación que carenaba a la misma orilla. Era como una tetera de las que se usaban en sus casas para colar café, pero nueva. Parecía que la naturaleza había tendido una sábana almidonada y planchada debajo del agua. Se bajaron y subieron la chalana hasta quedar con la mitad sobre tierra firme.

-¡Qué lindo! –fue lo primero que expresó Nelsito al terminar el atraque y recorrer palmo a palmo el entorno- parece como si nadie hubiera estado aquí antes.

-Lo que no me gusta es el silencio que hay –le dijo Arquímedes con un poco de temor.

-Eso es lo mejor, primo –trató de alentarlo.

-No me gusta la soledad –le confesó.

-No estamos solos, Arquí –le dijo.

Arquímedes se pegó a él.

-¿Por qué dices eso? –le preguntó con un tenue temblor en la voz.

-Porque estamos los dos, Arquí y porque estamos cerca de la costa. No hay que tenerle miedo a nada –le dio valor.

-Sí, es verdad. ¿Qué vamos a hacer ahora?

-Vamos a subir y buscar algún trillo para explorar –le contestó.

Subieron al firme. El cayo tendría una elevación de unos diez metros. Había árboles altos y frondosos que ellos no conocían. Eran robles en su mayoría, pero también cedros, júcaros, algarrobos, guásimas y otros. Caminaron por debajo de estos sin encontrar ningún trillo. Para Nel-sito, acostumbrado a desandar por los montes, le fue fácil ubicarse para el regreso. El mismo hecho de no encontrar un trillo le dio tranquilidad: no encontrarían a nadie por el camino, al menos por el momento, porque su sabio abuelo decía que donde hay un trillo, hay gente, porque somos los únicos animales que saben hacer trillos, porque siempre caminamos derecho y sobre el mismo lugar. Aquello de que las personas eran animales no se lo creyó al abuelo, pero un día lo convenció del por qué sí lo eran. Sobre los árboles revoloteaban las pequeñas pichilingas, los negros judíos con sus cantos apagados, palomas rabiches y las tristes tojosas.

-¡Mira como tiene papayas esa mata! –señaló Arquímedes.

Una mata de papaya, quizás nacida silvestre, estaba cargada de frutos. Había dos grandes ya maduras. Arrancaron una y comieron un trozo cada uno.

-Cuando regresemos nos vamos a llevar algunas para que tía haga dulce.

-Y refresco –añadió el primo.

Encontraron varias matas de mandarina paridas, mangos y guayaba. El mango era de los llamados Toledo, pequeños, pero muy dulce. Arquímedes sorprendió al primo tragándose hasta las semillas.

-Te vas a empachar –le pronosticó.

-No, las semillas matan los parásitos –respondió.

Arquímedes se aventuró a tragarse una semilla y le cogió el gusto. Nelsito se rió al ver al primo tragarse una tras otra varias. Él sabía que el otro problema iba a ser cuando ensuciara y tuviera que pujar para expulsarlas. No le dijo nada para no asustarlo.

Siguieron caminando. Una guacaica pasó volando por delante de ellos. Ese pájaro de plumaje rojizo, del tamaño de una paloma mensajera, según su padre, era un ave de buen agüero. Se posó sobre una rama de almácigo.

-Vamos a matarla –le propuso Arquímedes.

-No, las guacaicas traen buena suerte, primo. Dice mi papá que no se deben matar. Déjala.

Cuando pasaron por debajo de ella dejó escapar un largo gorgoteo, alegre y con mucha sonoridad.

-Nos estás saludando –interpretó Nelsito.

Arquímedes lo miró incrédulo. ¿De dónde el primo sacó eso? Pensó. Para él, su primo estaba un poco loco. Lo había visto algunas veces hablando sólo cuando se sentaba apartado de los demás. Le parecía que repetía algunas frases que se parecían a otras que había dicho momentos antes, como el abuelo, cuando se ponía a cantar décimas que al igual que su papá, improvisaba.

Llevaban caminando un buen rato cuando Nelsito lo agarró por un brazo.

-¿No escuchaste?

-¿Qué cosa? –respondió Arquímedes.

-Música, ¿no la escuchas? –y ladeó la cabeza hacia el norte, rumbo que llevaban.

Era música. Se escuchaba lejos.

-Vamos a seguir, pero con cuidado, hay alguien cerca –le dijo en voz baja.

Continuaron caminando tratando de no pisar las ramas secas que se encontraban. La música se escuchaba más y más cerca. Dejaron la arboleda detrás y comenzaron a penetrar en una enredadera de matas de salvia, aroma y otros arbustos. Un poco más adelante clareaban los matojos. Se detuvieron. Comenzaba un bajío. Se asomaron a través del último follaje y quedaron paralizados.

-Es una playa y hay barcos –observó Arquímedes.

Habían llegado al límite del monte. Con cuidado y ocultos detrás de las tupidas matas de salvia y aroma se asomaron. Había un muelle de madera y amarrados a él dos yates. Frente al muelle había una casona tipo chalet fabricada con madera y techo de tejas. Tenía un portal a la redonda, donde había sillones y dos grandes columpios. No se veía a ninguna persona, pero se escuchaba música. Se acercaron más al borde del barranco. La música venía de allí. Ahora escucharon risas.

-Hay mujeres ahí –observó Nelsito.

Las risas eran de mujeres. Se arrastraron hasta poder divisar la orilla.

-¡Mira! –dijo maravillado Arquímedes, quien casi se pone al descubierto.

El primo tuvo que halarlo para atrás.

-Ten cuidado, Arquí, que si nos ven la vamos a pasar mal –alertó Nelsito.

-¡Están desnudas, Nelsito! –descubrió el otro muchacho.

Nelsito miró. Había, junto a varios hombres que estaban en trusas, un grupo de muchachas. Algunas tenían el

torso desnudo, mostrando sus pechos. Los hombres las manoseaban y ellas reían sin parar. Unos tomaban cervezas y otros rones.

-¡Mira esa! Dijo con lujuria Arquímedes al ver que una rubita, muy joven, se quedó completamente desnuda mientras su acompañante la abrazaba y le besaba la boca.

Cerca de ellos se rompieron unas ramas secas. Los muchachos se apretaron contra las hierbas. Miraron hacia donde provenía el ruido.

-¡Soldados! –le dijo Nelsito al primo en el oído- no te muevas que están cerca.

Efectivamente, dos jóvenes con uniformes de marinero y armados con fusiles llegaron hasta una distancia de dos metros de donde estaban ellos. De seguir caminando, hubieran tropezados con ellos. Aguantaron la respiración. No apartaban la mirada de los dos marineros, quienes, al igual que ellos, comenzaron a fisgonear hacia donde hombres y mujeres disfrutaban de sus orgías.

-Míralos como gozan y nosotros aquí fajados con los mosquitos –comentó uno de los marineros.

-Para eso son los jefes –le respondió el otro- vamos, que si nos ven aquí, nos van a meter presos.

Regresaron por donde mismo habían llegado. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, los dos primos comenzaron a retroceder. Se levantaron y se echaron a correr a toda prisa, alejándose y olvidándose de la rubita, Pasaron junto a la mata de papaya y ni la miraron.

Llegaron hasta donde esperaba la chalana y la echaron al agua y comenzaron, cada uno con un remo, a bogar con energía alejándose del cayo. No se habían dirigido la

palabra desde que salieron corriendo. Todavía tenían el susto reflejado en los rostros. Al acercarse a la orilla de la tierra firme, Arquímedes comentó.

-¡Casi nos agarran! ¿Tú te imaginas que esos guardias nos hubieran descubierto?

-Ni pienses en eso y sigue remando le respondió el primo –pero en ese momento recordó la mata de fruta bomba.

-Para, para –le dijo a Arquímedes.

-¿Qué pasó?

-Se nos quedaron las papayas, vamos a regresar para buscarla.

-¡Ni loco, para que lo sepas, allí no vuelvo nunca más! –le respondió el primo, quien le imprimió más fortaleza a su remo.

-Oye, no hay peligro, eso queda lejos de donde están esa gente. ¡Vamos a regresar!

-Ni lo pienses, si quieres, déjame en la orilla y regresa tú –le respondió con tanta determinación, que el primo comprendió que no habría forma de convencerlo.

Llegaron al atracadero y luego de amarrar la chalana, saltaron a tierra.

-¿Tú ves por qué dicen que en el cayo hay misterios? –le quiso hacer comprender Nelsito al primo.

-A mi no me importa, pero más nunca vuelvo allí –ratificó Arquímedes.

-¿Ni a ver a las muchachas, Arquí? –le preguntó con picardía.

-Ni a ver a las muchachas –respondió con el énfasis de quien es firme en su actitud.

-Pero si no te halo, te hubieras caído arriba de ellas –y comenzaron a reírse.

-¡Coño, qué tetas, Nelsito! –reconoció finalmente el otro- y la rubia que se encueró estaba riquísima.

-¡Claro, primo! Mira, mañana podemos regresar allá –propuso.

-No inventes más viajes. Si los marineros llegan a agarrarnos, ya tú sabe, hubiéramos pasado la de ¡anja!

Había transcurrido casi un mes del susto familiar por los dos fusiles. Los padres pensaron que ya era tiempo de regresarlo a la casa. Quizás los humos de guerrero se le habían pasado.

XI

Guanina seguía bajo el asedio de los constantes acontecimientos de la guerra. Clay, el catcher del team⁷² de pelota del central Preston, ante la imposibilidad de jugar con otros equipos, decidió formar dos piquetes con los muchachos del barrio y así pasar el tiempo y hacérselo pasar también a ellos. Jugaban en la sabana del Way. Nelsito, por ser zurdo, le tocó jugar la primera base. Nunca había tenido inclinación por aquel deporte. Se ponchaba casi siempre, se les caían las pelotas que les tiraban. Lo pusieron a jugar en los jardines. Allí tampoco dio la talla. Un día, cuando intentaba coger un flay⁷³, la pelota le dio en plena cara y allí mismo terminó su corta carrera de pelotero.

Esto le acarreo problemas, porque empezaron a burlarse de él y tuvo que fajarse con algunos muchachos más grandes. Clay puso fin a las burlas. Comprendió que no iba a ser buen pelotero, pero sería, por lo menos, buen ampaya⁷⁴. Nadie se atrevía a discutirle ninguna decisión, porque el que lo hiciera, recibía la furia de sus puños. En verdad fue buen árbitro. Ni en los juegos les gustaban las injusticias.

Se acercaba diciembre. Guanina parecía un pueblo solitario. Todos los jóvenes se habían marchado y casi nadie se atrevía andar por la carretera. Las avionetas pasaban

⁷² Equipo, viene del inglés *team*

⁷³ Viene del inglés fly, en término de base ball, bola que se eleva cuando la batean

⁷⁴ En baseball, árbitro principal

y lanzaban granadas sin importarles dónde cayeran. Las rondas del ejército se hacían más agresivas.

Una tarde salieron de la casa de los abuelos para a visitar a Nora, la mujer de Juan, quien llevaba dos meses escondido en otro lugar, Nelsito y su hermana Mirta, la que había llegado desde Mayarí la tarde anterior con los dos hijos y el esposo, porque a este lo estaban buscando para matarlo. En el momento en que llegaron al cruce, regresaban los soldados procedentes de Mayarí en los dos camiones y el chemise. Cantaban a coro una ranchera mejicana y al ver a la muchacha, que vestía un pantalón del tipo llamado pescador, muy a la moda en ese tiempo, comenzaron a meterse con ella con palabras obscenas:

-¡Muchacha, mira lo que se marca! –le dijo uno.

-¡Lo tienes gordo! –grito otro.

El muchacho se puso delante de su hermana mirando desafiante a los militares. El resto de los casquitos comenzaron a rechiflar y a reírse hasta que se perdieron de vista.

Al siguiente día, los rebeldes talaron un algarrobo que estaba en la cañada que hacía curva frente a la casa de Glicerio y lo dejaron obstaculizando la carretera. Al llegar la ronda, se desplegaron y comenzaron a disparar temiendo que se tratara de una emboscada. Tuvieron disparando casi media hora, hasta que obligaron a algunos moradores a cortar la mata y sacarla de la carretera. Cuando se fueron, dejaron una caja de madera, que al parecer se había caído de uno de los camiones y se había roto, con cientos de balas.

Como nadie se atrevía a acercarse a aquel lugar, Nelsito y Laíto comprendieron que era la oportunidad para reini-

ciar sus actividades conspirativas. Se dedicaron a recoger las balas. Ya tenían otra caja de madera que habían encontrado y que ocultaron en la boca de la alcantarilla, casi llena, cuando llegaron dos autos repletos de hombres vestidos de civil, quienes al ver a los muchachos se bajaron. Ellos se dieron cuenta que eran del ejército y antes que los recién llegados pudieran abrir la boca, ellos comenzaron a gritar:

-¡Viva Batista!

Los hombres se quedaron paralizados al escucharlos y verlos saltando alegremente lanzando al aire los casquillos mientras repetían:

-¡Viva Batista!

Los dos autos continuaron la marcha y los ocupantes los saludaron sonrientes. Contaron los proyectiles: eran más de quinientos. Había de Garand y Springfield. Arrastraron la pesada caja por el tubo de la alcantarilla hasta sacarla al otro lado, donde estaba uno de los altos júcaros que colindaban con las fincas del abuelo y la de Ricardo. La taparon con hierba seca. Se prometieron no decir nada hasta que no fuera propicio hacerlo para no buscarse más problemas.

No aparecía la oportunidad para que les llegaran las municiones a los rebeldes. Entonces decidieron hacer que la ocasión surgiera. Velaron a que Ricardo saliera de la casa de su padre, a donde iba varias veces al día y pusieron la caja en medio del trillo. Por allí, obligatoriamente tenía que pasar. Cuando el pescador llegó al lugar, se detuvo en seco al comprobar el contenido de la caja. Miró hacia todos los lados. Luego subió hasta la línea. No había nadie. Volvió a bajar y echándose la caja al hombro, se la llevó por toda la orilla del manglar para escon-

derla en un lugar seguro. Los muchachos, ocultos cerca, lo observaron y quedaron satisfechos. Ya habría tiempo para decirle la verdad.

-Esta es la cosa más extraña que he visto –escuchó a su papá decirle a su mamá después de haber puesto a buen recaudo la caja con las balas.

-Sí que es extraño –caviló Chana.

-Ya aparecerá por aquí alguien averiguando –presumió el pescador.

-Si es que fueron los del veintiséis los que la dejaron allí –dedujo la mujer.

-Pero es que la dejaron a la vista de cualquiera que pasara por ahí, en el medio del trillo, –se rompía la cabeza tratando de encontrar una razón para aquel importante hallazgo.

Nelsito sentía remordimientos. No le gustaba ver a su papá con tanta preocupación, pero a la vez, su propia actitud intransigente lo había obligado a actuar de aquella manera. Le hubiera gustado presentarse ante él y decirle, fuimos Laíto y yo, no se rompa más la cabeza. Pero sabía de antemano que el regaño y hasta quién sabe si algún bofetón, lo esperaría después de decirle la verdad. Al menos le quedaba la satisfacción de que las balas llegarían a los rebeldes en cualquier momento.

No pasó mucho tiempo para que se cumpliera su premonición. La siguiente noche llegaron tres hombres. Entre ellos, su conocido. Escuchó a su papá narrarle las extrañas circunstancias en que apareció delante de él aquel botín de guerra.

-¿Por alguna casualidad fue alguno de ustedes quien la dejó allí? –le preguntó el pescador.

-No, que yo sepa –le respondió el insurgente.

-No entiendo. De todas maneras, se trata de una buena cantidad de balas –ratificó Ricardo.

-Quizás alguien que simpatiza con nosotros y no quiere que se conozca su identidad, para no buscarse problemas, o... –y dejó en suspenso la palabra.

-¿Qué estás pensando? –preguntó otro de sus acompañantes.

-No, me vino a la cabeza que quizás podía haber sido obra de los muchachos, pero Nelsito no anda por aquí...

-Espere –le interrumpió Ricardo- ya está aquí..., caramba, ¿cómo no lo había pensado antes?

-¿Pero de dónde iban ellos a sacar esas balas, Ricardo? –le preguntó Chana.

-Es una suposición, pero de todas maneras le voy a preguntar mañana –respondió el marido.

-Con toda honestidad les digo que sería mejor que hubieran sido ellos, así terminarían las dudas de si se trata de un simpatizante o de una provocación para ver si ustedes colaboran con nosotros, ¿no se les ha ocurrido que también pudo haber sido una provocación? –reflexionó el rebelde.

Aquellas palabras estremecieron a los campesinos. No se les había ocurrido aquella posibilidad.

-¿Por qué no salimos de dudas ahora mismo? –preguntó nuevamente el visitante.

-¿Cómo? –le preguntó Chana.

-Preguntémosle a Nelsito. Estoy seguro que si fueron ellos, él nos lo va a decir –le respondió.

El muchacho estaba escuchando la conversación. Sintió que el corazón se le quería salir del pecho. La situación era complicada, pero el rebelde tenía razón. No esperó que lo llamaran. Se levantó y apareció en la sala de la casa.

-Buena noche –saludó sorprendiendo a todos.

-¿Y usted estaba escuchando? –le preguntó con reproche el padre.

-Sí, lo escuché todo –respondió sin temor. Hacía tiempo que se sentía hombre, aunque reprimido.

El viejo conocido lo saludó con muestra de alegría.

-Caramba, mi amigo, se había perdido de todo esto.

-Estaba paseando –dijo y dirigiéndose al padre, agregó: las balas las dejaron los casquitos frente a la casa de Glicerio y cómo eran tantas y nadie andaba por allí, Laíto y yo la recogimos. Quisimos decírselo, pero sabíamos que nos iban a regañar, por eso, esperamos que usted saliera de la casa de abuelo para ponérsela en el trillo para que la viera.

Todos guardaron silencio. Ricardo miró al hijo con tanto amor y orgullo, que no pudo evitar estrecharlo entre sus fuertes brazos. La madre también lo abrazó. El amigo hizo otro tanto. El muchacho sintió que el pecho se le expandía y hubiese deseado que su primo estuviera allí también para recibir la misma alegría que estaba sintiendo.

-¿No los vio nadie? –le preguntó el visitante.

-Cuando terminamos de recoger las balas, llegaron dos carros con guardias vestidos de civil, pero Laíto y yo empezamos a saltar y gritar, viva Batista y los muy bobos se lo creyeron y se fueron riéndose.

La sala de la casa se llenó también de risas ante la naturalidad con que el muchacho había contado la forma con que habían engañado a los gendarmes.

-Bueno, tenemos que agradecerles nuevamente la cooperación –le dijo el rebelde. Y dirigiéndose al padre, le preguntó- ¿Podríamos restablecer el contacto con ellos?

Los padres se miraron.

-Pero no pueden hacer nada por la libre –puso condiciones.

-De ahora en adelante usted va a ser el jefe de ellos, así que todos lo que vean se lo dicen a usted y ya sabe como contactar con nosotros. Se acercan momentos de gran importancia y todo lo que suceda o se conozca, puede ser de gran ayuda. Hay que tener los ojos bien abiertos y los oídos atentos –alertó.

-En caso de que haya que hacer un contacto de urgencia, en que no podamos esperar la noche, ¿cómo lo haríamos? –le preguntó Chana.

-Buena pregunta. Allá, en la Loma Blanca, siempre habrá alguien a quien pueden contactar. Sólo tienen que decirle que el agua de la bahía es amarga y él le responderá que no, que es dulce –le respondió el rebelde.

Se despidieron luego de tomarse un jarro de café caliente. Esa madrugada, por primera vez, la madre le dio a él también café fuerte. A los muchachos se les daba solamente sambumbia, el café claro que salía de la tercera colada. La primera era la tinta que tomaban los adultos mayores, la segunda era para los muchachones y la última colada para los niños. Pero esa noche lo bautizaron de adulto cuando le entregaron el jarro con el mismo café

que tomaron los demás. Ya no pudo dormir en toda la noche.

La Loma Blanca era una elevación que no se caracterizaba por tener gran altura. Se le parecía mucho, al compararla, con la inmensa barriga de Bebo, el matarife de puercos de Mayarí o la de Lolo, el dueño del prostíbulo que había a la orilla del afluente del río de Pontezuelo, el que dividía el barrio del naranjal con el centro del pueblo. Ambos eran panzones y la Loma Blanca semejaba aquella deformidad humana. Sólo que el abuelo paterno les narró que allí, en el año mil ochocientos noventa y ocho, se produjo un gran combate entre los mambises y los españoles, donde él y su hermano Vicente habían combatido. Les dijo que la batalla duró tres días. Fue muy encarnizada, porque los españoles ocupaban la loma, donde tenían artillería y solamente el arrojo de la caballería pudo sacarlos de allí.

Una tarde, mucho tiempo antes, se había hecho acompañar por los primos y fueron a explorar la loma. Desde lo más alto se dominaba todo el territorio de Guanina. La carretera de Mayarí a Preston quedaba desprovista de protección si se miraba desde allí. La tierra era blanca y blanda. Si allí había sucedido un combate tan grande como les contó el abuelo, tendrían que encontrar balas o casquillos. Escarbaron y efectivamente, había gran cantidad de casquillos oxidados y balas enteras. Las recogieron y se las llevaron al abuelo. El viejo mambí se emocionó al reconocer los proyectiles de los Máuser, un rifle de marca rara, les dijo que se llamaba Cracker y otras. Se las regalaron. Era una muestra de que el abuelo no mentía. En esta oportunidad, la abuela Rosalía tuvo que aceptar la veracidad de la historia de su marido y hasta quizás, porque nunca lo dijo, a partir del hallazgo de los nietos, comprendió lo injusta que había sido con él.

Ahora, la Loma Blanca volvía a tener protagonismo en la nueva lucha, aunque desconocían que lo más importante falta todavía. Las noticias que se tenían eran escasas. El viejo radio de batería del abuelo, además de servir para escuchar los episodios de Leonardo Moncada y las novelas, de noche, de la forma más clandestina posible, se utilizaba para captar las ondas de Radio Rebelde. A Nel-sito, que era el único de los muchachos a quien se le permitía oír aquella emisora, le gustaba escuchar la voz de la mujer que anunciaba el inicio de las transmisiones: ¡Aquí, Radio Rebelde, desde la Sierra Maestra, Primer Territorio Libre de Cuba! Se hablaba de las victorias del Ejército Rebelde en casi todo el país. Las tropas del Che y Camilo estaban en Las Villas, Raúl en la Sierra Cristal, Almeida en la zona de Santiago de Cuba, Fidel en la comandancia de la Sierra Maestra. Por esa emisora supo que la Columna Diecinueve, Pepito Tey, al mando del comandante Aníbal era la que operaba en la zona de Mayarí. Ellos no lo conocían, pero se hablaba de él. Decían que era joven, alto y que tenía los ojos azules como el cielo.

Una noche le preguntó a su amigo, el guerrillero, si él conocía al comandante Aníbal.

-Sí, llevo un año combatiendo bajo sus órdenes –le respondió.

-Yo lo quiero conocer –le pidió.

-Pronto lo vas a conocer –le dijo

-¿Está cerca de aquí?

-Sí, muy cerca y quiero que sepas que ya conoce de ustedes y seguro que cuando le sea posible, vendrá a conocerlos.

Aquellas palabras fueron de un gran aliento. Se imaginaba conversando con el comandante Aníbal. Este le preguntaba por las cosas que había hecho y lo felicitaba. Ya no se conformaba con estar en Guanina, quería alzarse también y tener un arma y disparar.

-Alzarse no es difícil y tener un arma en las manos para defenderte, es menos heroico que estar en el llano sin arma y dentro del enemigo, así que no tienes que tener dudas de que lo que ustedes hacen, es muy importante – le dijo otro día su amigo el guerrillero.

-Tenemos que ir a Preston –dijo su papá- Nelsito, mi'jo, esto es muy peligroso, pero no queda más remedio que ir a recoger unas armas en el muelle.

-Yo no tengo miedo, papá. Si usted va, seguro que no tendremos problemas –le respondió el muchacho.

El padre lo miraba cada vez con más orgullo. Ya no se trataba que su hijo de diez años no fuera consciente del peligro que corría. El muchacho había madurado de una forma precipitada, mucho más que cualquier otro, pero le preocupaba que la impronta de la edad lo hiciera cometer alguna indiscreción que pusiera en peligro su vida. Sabía que no era la edad un límite para los esbirros.

Ahora no le quedaba más remedio que llevarlo con él, pues levantaría menos sospechas. En Preston había mucha vigilancia. El mismo hecho de ser una colonia donde vivían muchas familias americanas, la tiranía lo había tenido en cuenta para protegerlos. No solamente había tropas del ejército, sino, también de la policía secreta, vestidos de civil y los chivatos estaban por todas partes. Les pagaban treinta y tres pesos mensuales, quizás una burla por el significado bíblico de aquel salario, pero informante podía ser cualquiera de los paisanos que

andaban por las calles vendiendo cualquier cosa o en las barras de los bares y cafeterías del Brooklin, lugar céntrico del central donde estaban los principales comercios. Por eso, cualquier medida que se tomara nunca estaría demás.

Salieron temprano. El viejo Julián le había prestado su bote con motor a Ricardo. Era más seguro y rápido y sin hacer pregunta, el viejo amigo accedió. Supo de antemano que para algo más importante que un simple paseo, su vecino le había hecho el pedido. Al despedirlo en el atracadero, sólo le dijo, con cara de preocupación:

-Cuídese, compadre y cuídeme a mi mejor amigo.

Nelsito hubiera querido que su querido amigo los acompañara, pero comprendía la inconveniencia de hacerlo. El padre le dio el honor de llevar el timón. Lo hacía bien. El ronronear del motor Perkins absorbía el silencio plateado del mar. Salieron de Punta Tabaco y enfilaron la proa hacia el puente del central donde un barco mercante desembarcaba su mercancía. Delante del bote emergían y se sumergían un grupo de toninas como si quisieran jugar al agarrado. Las gaviotas pasaban en vuelo rasante sobre ellos; y, bajo el alto techo del cielo, los guinchos oteaban la superficie en busca de algún pez desprevenido para engullírselo. Los alcatraces, con su vuelo lento, rozando el agua con las puntas de sus grandes alas, evitaban acercarse demasiado al bote. Perdido entre tantas maravillas, Nelsito iba feliz, olvidando la misión a la que estaba destinada la travesía de aquella mañana.

-Mire, papá, allí están flotando dos cajas de madera – observó.

-Acércate a ellas –le dijo el padre.

Recogieron las dos cajas. Se trataba de latas de carne que tal vez se habían caído durante la descarga del barco. Tendrían comida para varios días, para ellos y el resto de la familia.

-Made in USA –leyó el muchacho- ¿Qué quiere decir eso, papá?

-Que es de Estados Unidos –le respondió el pescador.

Se acercaban a la orilla.

-Dame el timón, Nelsito –le pidió el padre.

Atracaron en un pequeño muelle medio destartado y oculto entre arbustos de llana.

-Me vas a esperar aquí. Tira este cordel para que parezca que estás pescando –le orientó- si ves que me tardo, no te preocupes, sólo tienes que quedarte tranquilo. Si alguien te pregunta que quién eres, le dices que tu papá fue a la capitanía del puerto y que regresa pronto.

Ricardo se marchó y él comenzó a tirar el cordel con el anzuelo. Allí solamente picaban los mosquitos, pero no se desesperó. Estaba acostumbrado a esperar y disimular haciendo cualquier otra cosa. Pensaba que cuando Laíto se enterara que lo habían dejado fuera de aquel viaje, se iba a poner bravo. Sintió que algo mordía la carnada- seguro son las jaibas- pensó y siguió absorto en su pensamiento. Lo sorprendió la voz autoritaria de un hombre.

-Muchacho, ¿qué estas haciendo ahí?

Alzó la mirada. En la punta del pequeño muelle estaban parados dos policías con sus uniformes azules y gorras de plato. Le dio un salto el corazón. Trató de tranquilizarse. Recordó las orientaciones del padre.

-Pescando, señor –le respondió.

Los policías se les acercaron.

-¿De dónde tú eres? –indagó uno de ellos.

-De Punta Tabaco –mintió.

-¿Y con quién tú andas, muchacho?

-Con mi papá. Fue a la Capitanía a ver al teniente, que es su hermano –volvió a mentir.

El policía se percató de las dos cajas de carne.

-¿Y esas cajas de dónde la sacaron? –inquirió.

-¡Ah, las cajas! –exclamó como si no le diera importancia a la pregunta.

-Sí, las cajas, ¿de dónde las sacaron? –siguió interrogándolo.

-Las encontramos en la bahía, señor –le respondió.

Ya se estaba preocupando por tantas preguntas.

-¿No me digas?, ¿así que en el agua y flotando? –Dijo con ironía el policía- ¿No se las habrán robado?

La preguntó lastimó su honradez.

-Nosotros no somos ladrones, señor, mire, tóquelas para que vea que están mojadas –enfaticó.

La naturalidad con que habló hizo reaccionar al agente.

-Sí, yo vi que esta gente del barco han estado tirando cajas de esas al mar. Dicen que están vencidas –acotó el otro policía que había estado callado hasta ese momento. Era un hombre mayor, con cara de buena persona- vamos, que el teniente nos está esperando.

Sintió que le volvió el alma al cuerpo al verlo alejarse. Las piernas les comenzaron a temblar, no por miedo a los policías, sino, porque si su padre hubiera aparecido en ese momento con las armas, hubiera sido el fin. Un rato después llegó Ricardo acompañado por dos jóvenes. Venían en un auto. Sacaron tres sacos de yute del maletero con las bocas amarradas. Los metieron en el fondo del bote y lo taparon con una lona. Desamarraron el bote y emprendieron el camino de regreso. Cuando se alejaron un poco de la orilla, vieron a los dos jóvenes subirse al carro y marcharse.

-Papá, tremendo susto pasé –le iba a comenzar a contar el encuentro con los dos policías.

-Sí, nosotros estábamos cerca. Lo vimos todo –le confesó- por suerte para ellos se fueron, por que si no... –y se calló lo que iba a decir.

Desembarcaron los tres sacos en un claro del manglar por Punta de Cuaba. Allí estaban esperando varios hombres. Él se quedó sobre el bote. Ricardo bajó los tres sacos con la ayuda de ellos y estuvo conversando un rato. Luego regresaron para Guanina. Era la primera misión que cumplía con su papá. Sintió tanto orgullo, que la emoción no lo dejó juntarse con el resto de los muchachos que se aglomeraron en el atracadero cuando los vieron llegar.

-Nelsito... –lo llamó Laíto con cierto recelo.

-Después te veo, primo –le respondió.

Ricardo le dijo cuando llegaron a la casa:

-No le vayas a decir nada a Laíto. Esto es secreto.

-Nada le diré papá. Ya le haré un cuento, algo que lo convenza. Él supone que andábamos en algo, pero no

se preocupe, no le voy a decir ninguna mentira, pero tampoco le contaré lo que hicimos.

El padre confió y no le hizo ninguna otra advertencia. Por la tarde, después que terminó el juego de pelota, Laíto se le acercó.

-¿A dónde fueron? –le preguntó.

-Laíto, fuimos a hacer una cosa de la que no te puedo decir nada. Yo quise llevarte, pero no me dejaron y tampoco puedo decirte nada, mira, ni a mamá le pudimos decir a lo que fuimos. Es secreto.

Laíto lo miró extrañado. Era la primera vez que su primo no le contaba algo que hubiera hecho, pero como lo conocía bien, comprendió que no le iba a decir más nada, por eso, desistió, pero tenía algo que comentarle.

-Dicen que el hijo de tío Mario y tía Edilia, desertó.

Sintió alegría al escuchar aquello. Se trataba de un primo segundo que vivía también en Guanina y que se había metido a casquito por embullo. A nadie de la familia le había gustado la idea, ¿cómo un miembro de la familia se había metido en el ejército? Recordaba el día que el tío Mario llevó a su hijo, uniformado, a visitar a los vecinos. Lo vio orgulloso y eso le molestó, pero no hizo ningún comentario. Ahora, había recobrado la confianza en el primo y sus tíos, a cuya casa, había dejado de visitar desde entonces.

-Menos mal –fue todo lo que dijo.

Por aquellos días los visitó el hermano de su papá, Pablo, el que vivía en los Pinares de Mayarí, en un lugar llamado El Bastón. Pablo era el padre de sus primos Eulogio, Pablito y Lorencito. Tenía una hija que no conocía y que se llamaba Amelia. Los tres se habían criado con los abuelos paternos. Era el menor de los hijos de sus abuelos paternos y con quien menos relación tuvo. Ese día llegó con un cartucho lleno de manzanas rojas. Contó muchas historias. En su finca había un campamento de rebeldes. Venía al pueblo a cumplir una misión y de paso se llegó a ver a la familia. De regalo le trajo una pareja de jutías al padre para ver si se reproducían. Aquellos animales aprovecharon el primer descuido y se escaparon, internándose en el manglar. Nunca más los pudieron capturar. Allí fue cuando supo que sus hermanos Juan y Ricardito andaban por aquellos rumbos. Ambos se habían incorporado a una fábrica de armamentos que tenían los rebeldes en la finca del tío.

La gente de monte adentro tenía otra visión de la guerra. Ellos estaban protegidos por las serranías y el mayor peligro que enfrentaban eran los bombardeos constantes de la aviación. El ejército no se atrevía a subir desde hacía bastante tiempo. La última vez que lo hicieron le mataron tantos soldados que no les quedaron más deseos de volver. Sus muertos y heridos los dejaron abandonados. Fueron los rebeldes los que enterraron a los fallecidos y curaron a los lesionados. Como venganza, no dejaron bohío en pie. Todos los quemaron. No pudieron matar a ningún campesino porque habían huido, alertados por los insurrectos. Al tío le pareció conveniente que debían irse a vivir con él, ya que estaban expuestos al peligro de ser asesinados.

-Hay cosas por hacer, Pablo –le respondió el hermano.

-Entonces, dame a los muchachos –le propuso.

Nelsito miró con tanta intensidad a su padre, que este fue tajante.

-No, ellos se quedan también.

-Pero es muy...

Ricardo lo interrumpió:

-Cuídame a Juan y a Ricardito, que no bajen, pero que hagan algo, tu comprendes lo que te quiero decir.

-Está bien, como quieras –se resignó Pablo- pero voy a hablar con papá. Quizás él y mamá se quieran ir conmigo.

-Mira, Pablo, a los viejos los voy a mandar para Playa Manteca. Eusebio los viene a buscar mañana.

-Entonces me di el viaje por gusto –se quejó.

-No lo creo así, al menos nos vimos. Hacía meses que no bajabas.

Ellos se llevaban bien. Ricardo comprendió las lógicas preocupaciones de su hermano. De todas maneras, los viejos no estaban en condiciones de subir aquellas intrincadas lomas y por otra parte, quizás fue un poco de egoísmo suyo, pero no soportaría estar muchos días sin ver a sus padres. El tío Pablo se retiró convencido de que su hermano tenía todo previsto para la seguridad de los que se quedaban en el llano.

Todo denotaba tensión en la vida cotidiana de los guanienses, personas humildes con muy poco qué hacer y menos aún en qué soñar o planificar para mañana. Ernestina, la negra vieja y flaca que vivía entre las casas del tío Mario y la de Glicerio, llevaba varios días sin encender el fogón de leña de su destartalada vivienda. A

veces Nelsito se preguntaba de qué vivía ella y su escasa familia, porque no tenían oficio, ni siquiera de pescadores viviendo tan cerca de la bahía y sólo poseían un pedacito de tierra árida detrás de la casa, donde ni la mala hierba crecía. Tenían una puerca que estaba más flaca que una penca de yarey, esa era la imagen que le provocaba el infeliz animal.

Por otra parte, estaba el viejo panadero. Vivía allí mismo, en el paso de la línea del Way. Él se las arreglaba para traer los sacos de panes desde la panadería de Preston y los vendía a los vecinos, quienes agradecidos por el servicio, se empeñaban con él. Él era padre de dos muchachas. La mayor había padecido de poliomielitis cuando niña y había quedado coja. Era bonita y hermosa. Tenía quince años de edad aunque aparentaba más. Nelsito fue hasta el quiosco a buscar una libra de pan, pero lo encontró cerrado. Ya se retiraba cuando fue llamado, desde el interior, por la muchacha. Ella le abrió la puerta y él entró.

-¿Qué quieres? –le preguntó después de cerrarla.

-Una flauta de pan –le respondió.

-Siéntate ahí –y le mostró un banco de madera.

Ella se sentó sobre un camastro sin mucha preocupación. La falda ancha de color negro dejó al descubierto su pierna sana que era redonda y velluda.

-¿Estás apurado? –preguntó dejando ver una sonrisita provocadora.

-Claro, mi mamá me mandó a comprar pan y me dijo que regresara enseguida –le respondió algo nervioso. Se había percatado de las intenciones de la joven.

-Bueno, tú te lo pierdes –y comenzó a acariciarse el pecho.

-Oye, ¿y si viene tu papá? –preguntó con complicidad.

-Él no va a venir, está para Preston. Fue a buscar pan.

-¿Y tú hermana no está?

-Ella está en la otra casa, no sabe que estoy aquí.

El muchacho se sentó a su lado en el camastro. Sintió el fogaje de la muchacha. Ella le cogió la cara entre sus manos y le besó los labios. Ambos se estremecieron. Ella tenía los ojos semi cerrados. Las locuras que esa edad la tenían posesa de pasión. Siguieron besándose. La lengua ávida de ella entraba y salía de la boca del muchacho que solo atinaba a quedarse con la boca abierta. El jadeo de ella crecía. Lo acostó y se le subió arriba. La abrazó y comenzó a besarla también. Sintió una agradable sensación, mucho más sabrosa que cuando se masturbaba. Ella jadeó y dejó escapar un quejido. Ambos se quedaron quietos. Entonces se abrió la puerta bruscamente. Se soltaron de un tirón. La hermana abrió la puerta desde afuera.

-¿Qué tú haces aquí? –le preguntó a Nelsito.

-¿Yo?, no, nada –respondió nervioso al tiempo que salía corriendo hacia su casa.

-¡Coño, Nelsito, viejo! ¿Por qué te fuiste? –le reprochó Laíto al conocer lo que le había sucedido.

Él no contaba nada de sus cosas a nadie, pero estaba tan impresionado que tuvo que pasar por la casa de su tía Juana y sacar al primo por un brazo y llevárselo hasta la orilla del mar. Aún nervioso le hizo el relato.

-¿Qué tú querías que hiciera? Con lo repesada que es la chiquita esa. Es capaz de decírselo al papá –se justificó.

-Es verdad, es verdad –reconoció Laíto- pensándolo bien, lo que tenemos que hacer es tratar de que la hermanita se guille⁷⁵ conmigo.

-No sé, no sé. Ahora me da pena, porque salí corriendo asustado. A lo mejor se están burlando de mí –predijo.

-Hablando de otra cosa –le comentó el primo- mañana nos vamos para Playa Manteca.

-¿Quiénes se van?

-Nosotros y los abuelos. Nada más se quedan ustedes –confirmó con algo de tristeza.

Él se imaginaba algo desde el día anterior por la visita y conversación del tío Pablo.

-Pero se van el día de Noche Buena. ¡Ah no! Voy a hablar con papá para que los deje estar hasta después –le dijo.

-Ni lo intentes, eso está decidido –Laíto tenía tal convicción de lo que estaba diciendo.

De todas maneras él haría un último intento.

-Mamá, ¿por qué los abuelos y tío Abilio y los primos no se quedan hasta pasado mañana, después de Noche Buena? –abordó directamente a Chana que en ese momento trajinaba en la cocina.

-Eso no lo decidimos nosotros, mi'jo. Dale gracias a Dios que a pesar del peligro que vamos a correr, nosotros nos quedaremos –le respondió ella.

⁷⁵ Enamorarse

Tampoco quedó convencido. Por la tarde abordó a su papá. Pero cambió la estrategia.

-Papá, Laíto nos puede hacer falta. Él siempre anda conmigo para todas partes y no levantamos sospechas. ¿Por qué no habla con los tíos para que lo dejen con nosotros?

Ricardo había aprendido a escuchar a su hijo y no le pareció desacertada la idea.

-Voy a hablar con Abilio y Juana, pero depende de que ellos estén de acuerdo. ¿Está bien?

Sabía que el paso más difícil ya lo había dado: convencer a su papá. Este se encargaría de que su hermana y cuñado aceptaran dejar al hijo con él. Iba ser una tremenda responsabilidad la que asumiría. Ellos ya estaban más asentados y no hacían travesuras como antes.

El gas-car de las cinco de la mañana, que no había dejado de transitar, recogió a los abuelos, tíos y los muchachos. Esa noche Laíto durmió con él en su cama. Guani-na despertó el veinticuatro de diciembre como si fuera cualquier otro día. Aunque había motivos de celebración, por ser la fiesta popular más importante del año, nadie tenía el ánimo suficiente para estar de fiesta, ni siquiera aquellos que lo podían hacer. Ese día, el padre Emeterio fue a la escuelita a dar una misa. Llevó en su jeep, como siempre, golosinas para los muchachos y manzanas y turrónes de Alicante y otros presentes. Sabía que de no ser por él, casi nadie en aquel barrio los hubiera podido probar. Él era un hombre bueno que no distinguía entre pobres y ricos para brindarles sus oficios.

La escuelita se llenó de niños y adultos. Los cánticos religiosos se escuchaban por todos los contornos. El padre oró por los que habían muerto y por los que, según

sus propias palabras, tendrían irremediablemente que seguir muriendo.

-Un día –dijo- los hombres no se matarán entre sí, porque todos somos hermanos, porque somos hijos de Dios. Un día –continuó el cura- vamos a vivir con la paz que el Señor Todopoderoso nos tiene preservada y el odio desaparecerá para siempre. Bien aventurado sea el hombre porque el señor nos hizo a su imagen y semejanza.

Cuando el padre se marchó, tras él también se fue el sentimiento de paz que había reinado durante su corta visita. Todos creían en su bondad, pero él no podía asegurar ese reino del bienestar que proclamaba en sus liturgias. Él mismo lo sabía, pero había tanta honestidad en sus palabras, que la gente creía en sus sentimientos.

Comenzaron a bajar la loma donde estaba enclavada la escuelita para cada cual dirigirse a su casa. En ese preciso momento empezó a sentirse el ruido de varios vehículos que se acercaban. Muy pronto aparecieron cinco camiones del ejército repletos de soldados que venían desde Mayarí. La gente se apartó hacia la cuneta y continuaron caminando sin atreverse a mirar hacia ellos. Los soldados iban sentados y en silencio. La algarabía con que transitaban otras veces había desaparecido.

-Tienen tremenda cara de susto –le comentó Nelsito a su primo.

-Sí, se parece a la que tú tenías ayer –le respondió Laíto burlándose.

Nelsito no se inmutó. Quizás eran ellos dos los únicos que se habrían atrevido a hacer una observación sobre la situación que estaba ocurriendo. La caravana se alejó, dejando tras de sí más inquietud que humo. Los vecinos

apuraron el paso y pronto desaparecieron como si fueran cangrejos entre sus cuevas.

El abuelo se había llevado el radio, dejándolos sin poder conocer lo que estaba sucediendo. A partir del oscurecer, un hormiguero de rebeldes comenzó a pasar por Guanina durante los siguientes días. Ellos bajaban desde la Sierra Cristal y se mantenían ocultos desde el amanecer y en la tarde continuaban la marcha. Algunos llegaban en condiciones muy precarias de salud, mal vestidos, otros con los zapatos rotos. Chana se había convertido en la remendona de los pantalones de los rebeldes y Ricardo en el zapatero remendón.

Se hacía cuanto era posible por ayudarlos, incluyendo darle de comer. Por suerte, había bastante pescado y la finca había dado una buena parición de boniato. Chana les preparaba un sopón que a decir de ella, era capaz de levantar un muerto.

-Dicen que las tropas móviles del Che están acampadas en la Granja de Playa Manteca – le dijo el día treinta por la noche Ricardo.

Eso se comentaba. Tal era la desinformación, cuando en realidad aquellas tropas estaban a cientos de kilómetros de distancia en Las Villas.

Desde que pasaron el día veinticinco los cinco camiones con soldados hacia Preston, no había vuelto a pasar otra ronda por allí. El ejército se mantenía acuartelado. Los rebeldes andaban por todas partes campeando por su respeto, lo cual era un aliciente para la población, al no verse sometida a los desmanes de los militares. Los guaninenses comenzaron a circular con más confianza, pero siempre alertas al menor ruido. Ya ni los aviones volaban por allí.

-Tanta tranquilidad me preocupa –comentó Chana mientras servía la comida esa noche a un grupo de barbudos que llegaron procedentes, según ellos, de la zona de Ocujal, para reforzar a la columna del comandante Aníbal.

Nelsito y Laíto andaban sueltos. Se sentían como peces en el agua, hasta habían aprendido a cargar los pesados fusiles Garand y Springfield.

-¿Podemos disparar con ellos –le preguntó a un joven que no tenía mucho más de quince años.

-¡Qué va! –le respondió- mete un culatazo pa'trá, que te tira pa'l piso y después el dolor en el hombro no se te quita en una pila de días.

-Oye, ¿de dónde tú eres? –preguntó Laíto al muchacho.

-De por allá arriba –le respondió sin precisarle.

-No seas preguntón, primo –le recriminó Nelsito.

-¡Eh! ¿Y eso qué tiene de malo? –protestó el otro.

-Que no hay que estar preguntando nada, Laíto –le recordó.

-No hay lío, compay –intervino el jovenzuelo- yo soy de Moa.

-¿De Moa?, ¡coño, qué lejos! –Exclamó Laíto- Oye, ¿y desde allá tú vienes con ese rifle?

-¡Claro! –le respondió el casi niño combatiente mientras se tragaba el último trozo de boniato hervido.

-Bueno, bueno, váyanse a dormir, que mañana se tienen que levantar temprano para ir a buscar la chiva a Punta de Cuaba –les dijo Chana.

De mal genio obedecieron. Chana, temiendo que los guardias le fueran a quitar la chiva, el único modo de poder darle a los hijos aunque fuera un poco de leche en el desayuno, había guardado el animal en la casa de una amistad suya en el batey de Punta de Cuaba, a donde todas las mañanas ellos la iban a buscar y después de ordeñarla, lo volvían a llevar. Para los muchachos era una diversión dar aquellos viajes porque escapaban por un buen rato del control de sus mayores.

El día treinta y uno amaneció tranquilo. Hacía un frío tremendo. Chana los había dejado dormir un poco más que de costumbre. Se habían acostado casi de madrugada y le dio lástima despertarlo al amanecer. Salieron cerca de las ocho de la mañana hacia Punta de Cuaba. Iban correteando por la línea. Bajaban y subían hacia la cañada. Ya habían cruzado la curva donde terminaba la finca de los Linda y enfilaron por la recta final. Frente a ellos, a una distancia de algunos cientos de metros, al otro lado del montecito de cedro que estaba en medio del potrero, se veía la Loma Blanca. En ese mismo momento los sorprendió una descarga cerrada de fusilería y tableteo de ametralladora.

-¡Baja Laíto! –le dio tiempo a gritarle a su primo. Sentían las balas pasar sobre sus cabezas. Se echaron a correr de regreso sobre la hondonada, donde estaban protegidos de los disparos. Corrían a toda velocidad.

-¿Qué será eso? –le preguntó Nelsito al primo sin dejar de correr.

-¡Yo qué sé! –le respondió sin detenerse.

-Eso viene de la Loma Blanca.

Miraron hacia la carretera y sobre ella un grupo desordenado de soldados que se movían hacia diferentes direc-

ciones. Entonces caminaron hacia una pequeña elevación para buscar mejor visión. Las balas silbaban sobre ellos. Un olor fuerte a pólvora penetraban por sus narices.

-¡Tiren, tiren! –comenzó a arengar Nelsito.

-¡Bájense de ahí, muchachos! –Les gritó un hombre a sus espaldas.

Un grupo de rebeldes venían corriendo detrás de ellos, al parecer procedente de Playa Manteca.

-¿Qué hacen ustedes aquí? –le preguntó el que parecía ser el jefe.

-Nos sorprendió el combate cuando íbamos a buscar la chiva a Punta de Cuaba –le explicó Nelsito.

-¡Qué chiva ni chiva! –Los recriminó el rebelde- ¿Dónde viven ustedes?

Con ellos venía el joven que había estado en su casa esa noche.

-¡Mira quienes son! –exclamó.

-¿Tú los conoces? –preguntó el jefe.

-Sí, ellos viven en la casa donde comimos anoche –le respondió.

-¡Ah, sí! –Los reconoció el otro- bueno, pero no pueden estar aquí. Tienen que regresar para la casa, pero con cuidado, que aquí hay bala por todas partes.

Los rebeldes comenzaron a tomar posiciones de combate, mientras ellos iniciaron la marcha hacia la casa. Cruzaron la línea frente al domicilio y encontraron a Chana con las manos en la cabeza.

-¡Ave María Purísima! –la escucharon decir- ¿Por dónde andarán esos muchachos?

-¡Aquí, mamá! –le grito el hijo.

-¡Gracias Dios mío, gracias! –gritó ella al tiempo que fue a su encuentro para abrazarlos.

El combate de Mayarí, quizás el último y mayor de la parte oriental del país, se desarrolló en todo Guanina. El encuentro más encarnizado se produjo en Guanina Arriba. Los rebeldes prepararon la mortal emboscada en la curva de la carretera de Mayarí donde comenzaba aquel barrio, que luego de la batalla comenzaría a llamarse Guanina Núñez, al tomar el apellido del dueño de la casa que separaba a los contendientes, atrincherados a no más de cien metros los unos de los otros.

La casa del viejo Núñez, que era de madera, parecía un colador. Los proyectiles de los revolucionarios y del ejército hacían impactos en ella antes de seguir la trayectoria hacia las posiciones enemigas. Fue muy encarnizado. Allí murió un joven de diecisiete años de edad, descendiente de haitianos, que había participados en numerosas batallas y que luego de abatir al soldado que manipulaba una ametralladora calibre cincuenta que no dejaba a los insurgentes asomar las cabezas por encima de las trincheras, la emoción lo traicionó y al dar un salto de alegría, se expuso al fuego enemigo y cayó mortalmente herido.

Los refuerzos del ejército llegaron desde Mayarí, porque los de Preston no podían auxiliarlos. Los rebeldes atrincherados en la Loma Blanca se lo impedían. Durante todo el día se mantuvo el fuego cruzado. Los guardias se dedicaban a disparar hacia la loma y los rebeldes les

gritaban que se acercaran, mientras tanto, respondían con sus armas.

Sobre las dos de la tarde, el ejército se retiró hacia Preston. Eso hizo que cesaran los disparos hacia aquella dirección. Sintieron un respiro los guaninenses. Chana se aventuró entonces a encender el fogón para preparar algo de comer. Ricardo subió, con mucha precaución, hasta lo alto para observar lo que estaba sucediendo. Los dos muchachos se le unieron. No se veía ningún casquito, en cambio, el movimiento de los rebeldes era constante. Vieron aparecer por la carretera, procedente de Preston, un jeep con una bandera blanca atada a un palo.

-Ese es el jeep del padre Emeterio –observó el pescador.

-¡Verdad! –exclamó Nelsito que había subido detrás de su padre sin que aquel se diera cuenta.

-¿Qué hacen ustedes aquí arriba? ¡Baje! –le ordenó.

-Perdone, papá, pero mire, no están disparando –le dijo con respeto.

El padre lo miró y sonriendo lo abrazó.

-Está bien. Quédese.

Vieron pasar frente a ellos el jeep, tripulado solamente por el cura, que vestía su negra sotana. Se detuvo en lo alto de la loma donde estaba la escuelita. Hasta allí llegaron varios rebeldes y estuvieron conversando un rato. Después, el padre regresó rumbo a Preston. El combate seguía en Guanina Arriba, pero con menos violencia.

Una hora más tarde regresó el cura. Había servido de mediador. El ejército se había rendido. Los rebeldes gritaban:

-¡Victoria, victoria!

Luego se sintió un silencio tremendo. Ni disparos, ni los gritos enardecidos de los insurgentes. Sobre la cinco de la tarde ya los rebeldes se encontraban caminando por Guanina, la gente los saludaban y abrazaban. También Ricardo llevó a la familia hasta el mismo cruce del Way. Al rato comenzaron a pasar hacia Preston los soldados desarmados formando grupos compactos y silenciosos. Eran cientos los derrotados, quienes iban custodiados por los rebeldes. Solo se escuchaba el ruido de las pisadas. Llevaban la cabeza baja. El niño junto a su primo se puso sobre la misma cuneta, a pocos metros de las hordas. Se preguntó por qué ahora no sentía temor por aquellos uniformados que habían sido el terror de todos los pobladores. Miró a su primo que también se veía absorto. Le pasó el brazo por los hombros.

-¿De dónde habrán salido tantos casquitos? –le preguntó Laíto.

Nelsito no tenía respuesta y se quedó callado. Seguía mirando el último grupo de soldados. No había miedo en su corazón; tampoco sentía odio hacia ellos. No supo por qué les eran totalmente indiferentes. Presumía que todo había terminado y ya no constituían ningún peligro.

Nelsito se hallaba parado en la línea, frente a la casa del abuelo cuando llegaron varios rebeldes en jeeps. Se bajaron. Vestían uniformes verde olivo. Todos estaban barbudos y con el pelo largo. Varios de ellos caminaron hasta donde estaba él. Le llamó la atención como los demás trataban con respeto a uno, delgado y alto de ojos azules. El uniforme de este era de un verde intenso, brillante y nuevo. Tenía una estrella blanca en cada una de las hombreras.,

-¡El comandante Aníbal! –exclamó en voz baja, pero intensa.

Laíto se había quedado callado, mirando al comandante, mientras él se acercó todo cuanto pudo al jefe guerrillero. Era impresionante. Siempre había deseado estar cerca de él, estrecharle la mano, pero no se atrevía a tanto. Se conformaba con verlo tan cerca. Otro guerrillero le entregó un fusil M-2 y el comandante comenzó a disparar hacia la bahía. Solamente él lo hacía, los demás se reían y alababan la cadencia de disparo de aquella arma.

A Nelsito no se le ocurrió hacerse sentir, como cuando las personas mayores se ponían a conversar y era él el único muchacho a quien se le permitía quedarse allí, porque se mantenía en silencio, escuchando la conversación, aunque no entendiera muchas cosas. Ahora no iba a ser la excepción. Se conformaba con estar tan cerca del héroe aunque no se percatara de su minúscula e insignificante presencia. No supo qué tiempo transcurrió. La alegría de aquellos hombres era tanta ¿cómo se iban a detener a mirarlo a él, que parecía un trozo de algo inanimado observándolos sin hacerse sentir?

Cuando se retiraron, él quedó frente a frente al comandante Aníbal. Ahora le pareció mucho más alto. El comandante lo miró esbozando una amplia sonrisa. Al pasar junto a él, le puso una mano sobre la rubia cabellera. Nelsito se estremeció. ¡Qué dicha, el comandante lo había tocado! Otros oficiales también repararon en su silenciosa presencia y lo saludaron, pero él no escuchaba nada ni sentía la oleada fría del viento del norte que soplabla. Los rebeldes montaron en los jeeps y marcharon rumbo a Mayarí, mientras él se quedó allí como si estuviera clavado a una traviesa como uno de los clavos de la línea, atrapando en su memoria aquel segmento irre-

petible de la historia como testigo de excepción, que llevaría por siempre en su consciencia.

Había triunfado la Revolución. Nelsito no podía siquiera imaginar la importancia de aquel hecho singular, ni lo que significaría para su vida futura ni para las de los demás. Hasta quizás sintió nostalgia porque el peligro había terminado y de alguna manera se había acostumbrado a él y la vida se le iba a tornar monótona. Se equivocaba.

Los siguientes días fueron de mucha agitación. Comenzaron a regresar todos los que por diversas razones se habían marchado. Se iniciaba la reunificación familiar, el encuentro con amigos y conocidos. No entendía el significado de la palabra revolución ni mucho menos para qué servía ella misma. La alegría de los adultos contagiaba también a los niños. Por primera vez vio a las personas mayores hablar en voz alta de lo que pensaban. Decían que qué bueno, que Batista había huido y que Fidel había entrado a la Habana y gobernaba el país. Que a los campesinos les iban a dar tierra, que los niños podrían estudiar. Lo más urgente que le pareció importante fue cuando su papá empezó a traer tablas y zinc para fabricar una casa en la parte alta de la finca del abuelo. Eso era un sueño, tener una casa de madera era cosa de ricos, pensaba él, porque hasta entonces, había vivido en una de yaguas y guano con piso de tierra. Lo creyó cuando vio como iban construyendo la nueva casa, y sobre todo, no solamente ellos, sino, también otras fami-

lias. Su padre siempre repetía su esperanza: el año que viene construiré la casa. Ahora se había hecho realidad.

Hubo, lo que llamaron asambleas. Los pescadores se reunieron para formar la cooperativa, a la que le nombraron Tato Cobían. Ahora mejorarían las embarcaciones. Ya no tendrían que venderle el pescado a los comerciantes que casi no les pagaban nada, sino, que la misma cooperativa era quien lo compraría a un precio muy superior y tendrían derecho al hospital y el hambre desaparecería y no se le tenía que tener miedo a las lanchas de la marina de guerra que podían decomisar las embarcaciones y la pesca. Eso era algo con lo que ni los más optimistas habían soñado.

-Para eso se hizo la Revolución –dijo un día que estaban todos los pescadores reunidos en la sede de la cooperativa, un hombre que había venido de La Habana y dijo muchas más. Lo que dijo no parecía que fuera a ser posible. Aquello de que se iban a construir barcos más grandes para entregárselo a los pescadores y artes de pesca, como grandes chinchorros y palangres y un montón de cosas más. Que se iban a abrir escuelas en algunas partes del país para los hijos de los pescadores.

Después de los primeros días de júbilo, comenzaron hacerse los juicios a los esbirros. Él fue a algunos. A la Mosca, aquel negrón que tan groseramente lo había tratado cuando hablaba con el preso llamado Ramón en el cuartel de Mayarí, lo fusilaron en el cementerio, porque había asesinado a varios revolucionarios. Al cabo Manfugás, contra quien sentía un odio repugnante, no lo fusilaron. En su lugar tendría que estar preso 20 años, porque no había matado a nadie, al menos no se le pudo comprobar, pero por su actitudes prepotentes, abusos y maltratos, tenía que pagar.

Él se las arregló y vio como amarraron a un palo a la Mosca en el fondo del cementerio. El asesino gritaba que era inocente, que no quería morir. Lo enterraron cerca de allí mismo. Al que fusilaron, para sorpresa de todos, fue a Arístides. Resultó que también había asesinado a revolucionarios. Al sargento Cachita le echaron tres años de prisión, fue el que mejor salió, porque al sargento Cortinón, los sancionaron a veinte años. Le preguntó a su padre por qué se hacían los juicios y por qué fusilaban a algunos guardias.

-Eso se llama justicia, hijo. Ellos cometieron crímenes y ahora lo tienen que pagar.

-Pero al cabo Manfugás que es mala cantidad no lo fusilaron. Todavía siento una rabia grandísima por lo que me hizo.

-Pero por lo que te hizo, apenas lo hubieran sancionado a pocos meses de cárcel. Imagínate todo lo que habrá hecho por ahí cuando le echaron veinte años.

Luego comenzaron a organizarse las Milicias Revolucionarias. A ellas pertenecieron sus dos hermanos y su papá, quien fue nombrado segundo jefe de la compañía de aquella zona. Para los adolescentes se crearon las Patrullas Juveniles y se incorporó a ellas de inmediato. La escuela reabrió y comenzaron las clases. Ahora nunca más faltó la maestra.

Al central Preston le cambiaron el nombre, en lo adelante se llamaría Central Guatemala. Le gustaba aquel nombre, porque en la escuela le dieron un libro donde se hablaba de los países de América y entre ellos venía Guatemala. Le gustaba el Ave Nacional de ese país. Se llamaba Quetzal. Tenía colores muy vivos. También había fotos de los templos de los antiguos pobladores, los que

habían desaparecido. Pero lo que más le llamó la atención fue lo que la maestra le contó. Les dijo que Martí había vivido allí y escribió un poema a una muchacha. Les prometió leérselo un día, pero nunca lo hizo.

Muy pronto comenzaron a darse grandes concentraciones de apoyo a la Revolución, lo mismo eran en Guatemala, en Mayarí y hasta en el mismo Banes, que estaba muy lejos y a donde fueron en camiones y guaguas. Le gustaba escuchar los discursos que se decían en esas reuniones.

La vida había ido cambiando lentamente, pero para bien. La organización juvenil les ocupaba buena parte del tiempo libre a los muchachos. Ya no se pensaba tanto en andar sueltos por ahí sin hacer nada. Primero porque de lunes a viernes había clases desde por la mañana hasta por la tarde, luego, porque los sábados y domingos, cuando no había concentración en algún pueblo cercano, se reunían en las Patrullas Juveniles para aprender a marchar o irse de exploración por los montes y los campos.

Algo comenzó suceder en el país. Él no sabía de qué se trataba, pero pronto sus dos hermanos, Juan y Ricardito fueron movilizados por la milicia. A Guanina comenzaron a llegar milicianos de todas partes de la provincia. Los potreros y los alrededores de la carrera y la línea del ferrocarril comenzaron a llenarse de trincheras. Los milicianos se pasaban el día entero dando pico y pala, abriendo zanjas profundas en forma de zigzag. Los viejos fusiles fueron cambiados por armas más modernas. Tenían nombres extraños, Pepechá, las ametralladoras DP, como la que tenía su hermano Juan, que pesaba más que un saco de boniato y tenía un gran disco negro

donde iban las balas. Las granadas parecían latas de leche condensada.

-Papá, ¿qué está pasando? –le preguntó un día Nelsito a su padre.

-Quieren tumbar a la Revolución –le respondió.

Ya él tenía once años y se daba cuenta un poco mejor de las cosas.

-¿Quiénes son los que la quieren tumbar? –quiso saber, porque eso le resultaba de todas maneras raro. Ahora todos vivían mejor que antes. Mucho mejor y todos por igual.

-Los ricos y los americanos, los que eran dueño del central –le simplificó Ricardo.

-Entonces yo quiero ser miliciano también –le dijo.

-No, tú no tienes edad para eso, hay que tener diecisiete años y tú solo tienes once, Nelsito. A ti te toca estudiar ahora, ya podrás ser miliciano –le aclaró el pescador.

-Pero Ricardito tiene quince años nada más, papá –trató de convencer al padre.

Era cierto. Su hermano Ricardito sólo tenía quince años, pero dijo tener dos más para que lo dejaran ser miliciano y como era inteligente y despierto, lo habían mandado a pasar un curso de preparación política y ahora era el comisario político del batallón ciento dieciséis. A cada rato recordaba la noche en que su hermano se encontraba de guardia por el barrio con un viejo Winchester y se había quedado dormido sentado en un taburete en la sala de la casa, con el cañón del arma hacia la tierra. La madre estaba también sentada junto a él. No se había percatado que tenía el fusil cargado con una bala en la recámara y dormido, apretó el gatillo. El proyectil abrió

un hueco en el piso de tierra, aún vivían en la casa vieja, justo a unos centímetros del pie de su mamá. El susto fue tal, que nunca más se quedó dormido estando de guardia.

Ahora era nada más y nada menos que el comisario Político de un batallón de milicianos donde todos los integrantes eran mucho mayores que él. Pudo ver como lo respetaban, cuando un domingo acompañó a su mamá hasta el lugar donde estaba destacado por la zona cercana a Nicaro.

Ese día llovía copiosamente y Ricardito se encontraba en lo alto de una loma. Le avisaron de la presencia de su madre y hermano. Comenzó a bajar con una yagua como sombrilla y a mediación de la loma, resbaló y no pudo detenerse hasta llegar al llano. No soltó la pepechá, que parecía un trozo de fango. Entre los tres limpiaron el arma, cuyo número jamás olvidaron. Era la PPCH 577. Se sintió orgulloso de su hermano y su mamá se veía feliz.

Ya nada importaba que el único que pescara fuera su padre. Ganaba lo suficiente para mantener a la familia, por eso, sus dos hermanos podían estar movilizados sin ninguna preocupación.

Por donde quiera que se pasara, había una intensa actividad para la guerra. Había milicianos por todas partes. Mayarí estaba llena de trincheras. Mientras tanto, el movimiento de las masas no se detenía. Los niños estaban incorporados también. Nunca antes se había visto cosa igual. Había comenzado mil novecientos sesenta y uno y la atmósfera de guerra crecía. Ya en la casa nueva había un radio y escuchaban las noticias. Fidel hablaba casi todos los días y cuando lo hacía, nadie hacía más nada que no fuera escucharlo. A Nelsito le gustaba una propaganda que le habían regalado en una de las primeras

concentraciones a que había asistido. Era una cartulina de papel duro y brillante pintado de los colores negro y rojo, como la bandera del Veintiséis de julio que decía “consumir lo que el país produce, es hacer Revolución”. Lo tenía puesto debajo de un pedazo de cristal en una repisa que su papá había hecho.

Se había formado la Asociación de Jóvenes Rebeldes, pero no lo dejaban integrarla porque no tenía edad para ello. Se hablaba que los miembros de esa organización tenían que subir el Pico Turquino cinco veces, una loma, que según decían, por ella se podía subir al cielo por lo alta que era. Se imaginaba loma abajo sobre una yagua y sonreía lleno de felicidad. Esa era su próxima meta.

-Cuando le toque ir, ya irá –le repetía su papá cuando él insistía.

-Ahorita me pongo viejo y no me van a aceptar el la AJR –protestaba y aquella forma de si decir le causaba risa a sus padres.

Una mañana amanecieron todas las milicias y el ejército de estado máximo de alerta. No quedó nadie en sus casas. Era el diecisiete de abril.

-Los americanos nos invadieron por Playa Girón –informó su papá.

Una angustia inmensa se apoderó del niño. Ya no se imaginaba volver a la vida de antes. Veía la escuela cerrada y el ejército matando a la gente y de nuevo la bandada de muchachos sueltos a toda hora sin nada útil que hacer. Ahora que hasta los Rafles estaban tranquilos, ¿cómo perder aquello? Deseaba tener diecisiete años para irse para las trincheras como sus hermanos y sus primos y los demás hombres del barrio. Pero solo tenía once. Veía a su tía Juana que ya no pasaba trabajo y al

tío Abilio que ya veía porque lo habían llevado a La Habana y lo habían operado y había vuelto a pescar. Su corta edad era un obstáculo. Algo habría que él pudiera hacer. Ese pensamiento le dio un poco de calma.

-¿Y ahora qué vamos a hacer, Ricardo?, ellos son muy poderosos –le dijo Chana que estaba preocupada.

-Yo no sé, están llamando a todo el que está en edad de combatir a que se presente en las milicias. Yo tengo que ir para Guatemala. En la cooperativa se formó la guardia obrera para defenderla. Tú te tienes que quedar con los muchachos –le dijo.

-Está bien, no te preocupes, en peores situaciones hemos estado.

-Yo también voy con usted, papá –le dijo Nelsito que ya se había vestido.

-No, usted se queda aquí con su mamá. Ahora usted es el hombre de la casa –le respondió.

Aquello le sonó bien. ¡Era el hombre de la casa! Sintió que se infló tanto, que fue necesario que el padre le advirtiera:

-Pero su mamá es quien manda aquí, usted la va a ayudar.

Se pasaron cuatro días sin saber del padre. Los mercenarios habían sido derrotados y de nuevo comenzaron las concentraciones de apoyo a la Revolución y el júbilo volvió a instalarse en el corazón de los residentes de Guanina, que por algún momento temieron que las cosas volverían a ser como antes. La alegría casi perdida del corazón del niño se volvió a instalar en su corazón.

-Usted tiene que tener fe –le dijo el viejo Julián una mañana- ahora es cuando usted va a comenzar a vivir. ¿Se

acuerda de aquello que le dije un día cuando veníamos de pescar con Laíto? Pues ahora tengo la certeza de que así será. ¿Necesitas que se lo vuelva recordar?

-No, Julián. Me acuerdo bien –le respondió con firmeza.

-¿Me promete que si le dan la oportunidad de irse a estudiar, a donde sea, irá?

-Se lo prometo y también le prometo que nunca me voy a olvidar que soy de Guanina.

El viejo Julián lo miró con más ternura que otras veces. Quizás veía en él a sus propios hijos y nietos que a pesar de los cambios, no había podido recuperar todavía, aunque ya había comenzado a hacer ciertas cosas para lograrlo. Sus hijos ya conocían la verdad. Julián se determinó ir a hablar con su madre, quien aceptó hablarles a los hijos. Y aunque les era difícil aceptarla, ya la conocía. Ahora todo habría que dejarlo al tiempo.

Pocas semanas después comenzaron a desmovilizar a las milicias y los hermanos regresaron a la casa. Llegaron las vacaciones y de nuevo los deslizamientos en yaguas por las faldas de las lomas, los paseos en el bote de Julián, los baños en la bahía y la monta de los caballos de Linda ocuparon un lugar importante en su vida.

En agosto sucedería un acontecimiento que le daría un vuelco total a su vida.

-Creo que llegó el momento de que se cumpla tu deseo de subir los cinco picos, Nelsito –le dijo el papá después de regresar de una reunión en la cooperativa.

¡No podía creerlo! ¡Al fin saldría hacia otros rumbos! ¿Se iría a cumplir lo que un día le había dicho el viejo Julián? Se había determinado que algunos de los hijos de los pescadores salieran, primero a subir los cinco picos y

luego, a estudiar. A Ricardo le permitieron mandar a dos. Les tocaría a los dos mayorcitos, Nelsito, que ya pronto tendría trece años y a Godofredo que cumpliría nueve.

Llegó el día de marchar.

-Usted, Nelsito, es el mayor, cuide bien a su hermano –le recomendó su padre.

-Sí, papá, lo voy a cuidar –aseguró él.

Al padre no le cabía duda que así sería. Él siempre había defendido a sus primos. Solo lo entristeció que a ninguno de los hijos de sus tíos los mandaran con él. Se despidió de Laíto. Lo fue a buscar y se lo llevó para el promontorio; allí donde era el trono sagrado para su pensamiento y donde hasta ese día más nadie lo ocupaba.

-Primo, yo me voy, pero recuerda que somos hermanos y donde quiera que esté, siempre me voy a acordar de ti.

-Yo lo sé, Nelsito. No te preocupes, a lo mejor después nos mandan a nosotros también –dijo con esperanza.

-Mira, quiero decirte algo. Tú sabes que muchas veces venía a aquí en la tarde y me quedaba mucho rato.

-Sí, pero como no te gustaba que nadie viniera contigo, te dejaba solo.

-Bueno, mira, te voy a contar una cosa que nunca se lo he dicho a nadie, pero tú eres mi hermano.

-Y siempre va a ser así –le dijo con la voz quebrada.

-Mi primo, ¿sabes por qué lo hacía?

-¿Qué cosa?

-Eso de venir aquí solo por las tardes.

-No, dímelo.

-Porque fíjate para allá –y señaló hacia el Oeste- mira, primo, para allá queda el mundo.

-¿El mundo? –y Laíto miró con extrañeza al primo.

-Laíto, el mundo, sí, el mundo, porque Guanina no es el mundo, es solo un lugarcito que nosotros queremos mucho, pero de ahí para allá, el mundo es más grande y hay más cosas y yo venía aquí a pensar cómo serían esas cosas y mira, primo, me las imaginaba lindas cantidad, por eso siempre venía y no dejaba que nadie me estorbara, porque después, cuando bajaba, todo volvía a ser lo mismo, los problemas, las broncas, pero allá, Laíto, está el mundo y yo no voy a virar para atrás. No pienses mal de mí, pero esta oportunidad la esperé siempre, primo, pero mira, donde quiera que yo esté, tu podrás estar conmigo, digo, si quieres, porque si el mundo es como yo me lo imagino, vamos a hacer muchas cosas buenas, no para nosotros solamente, sino, para toda la gente de Guanina. Por eso quiero que cuando tengas necesidad de hablar conmigo, vengas aquí y pienses en el mundo y verás que te vas a sentir mejor y vas a tener ganas de irte también a estudiar para ver el mundo. No lo olvides.

Partieron en una guagua desde Mayarí donde se habían concentrado hijos seleccionados de todos los pescadores de la bahía de Nipe. Era una cantidad considerable de muchachos. Los había desde ocho hasta los quince años. Seguramente era la primera vez que la gran mayoría de ellos se separaba de los padres. Hubo más tristeza que alegría en aquella despedida. Al llegar a Santiago de Cuba, los hospedaron en el hotel Casa Granda en el centro de la ciudad. Nelsito quedó maravillado. ¡Era inmensa aquella ciudad! Su vocación por el deporte se vio congratulada. Lo llevaron, en los días que pasaron allí a

un campo deportivo que no quedaba muy lejos del hotel. Godofredo asombró por su saltabilidad, a pesar de ser bajito y gordo. La estaban pasando bien. Una tarde le dieron una noticia.

-Esta noche nos viene a visitar el comandante Joel Iglesias –les dijo el jefe del destacamento.

Se trataba del comandante más joven del Ejército Rebelde y presidente de las AJR. Durante la guerra, fue herido gravemente dentro de un potrero y el propio Che fue a rescatarlo bajo la balacera y gracias a eso, salvó la vida. Nelsito ahora sí estaba convencido de que subiría los cinco picos. Llegó la noche y se reunieron en el teatro del hotel. Llegó el comandante. No lo podían creer. Enfundado en su traje verde olivo, el joven comandante, sonriente, los saludó a todos. Lo aplaudieron largo rato. Después de conversar sobre muchos temas, fue a lo principal.

-Sé que todos están ansiosos por subir los cinco picos. Por esta vez no podrá ser –dijo y se escuchó un rumor de profundo desencanto. El comandante continuó hablando- les traigo una tarea de Fidel para todos ustedes. La Revolución los necesita ahora en las aulas, porque ustedes serán los futuros capitanes de nuestros grandes barcos, maquinistas, pilotos de altura, que surcarán los mares del mundo pero para eso, hay que estudiar. Ustedes irán para una escuela que está en Varadero, en un lugar que se llama Kawuama, donde antes del triunfo, vivían los millonarios y ahora será el nuevo hogar de ustedes y de muchos otros hijos de pescadores de todo el país. Conocerán y tendrán nuevos amigos. Esa es la tarea que Fidel tiene para ustedes –terminó diciendo.

Nelsito no se podía quedar callado. ¿Tan cerca de que se cumplieran sus anhelos y dejarlo escapar así de fácil?

No se lo podía permitir. Levantó la mano para pedir la palabra y gritó:

-¡Comandante, Comandante!

-Coronel, con su permiso.

El oficial, que parecía encontrarse dormido, recostado al alto espaldar de la butaca, apretando contra su pecho un cuadro donde aparecía él abrazado a otro hombre que se le parecía físicamente, alzó la cabeza y miró al joven teniente que había entrado a su oficina y le había sacado de su prolongado ensimismamiento. Era su ayudante.

-¿Sí, Albertico? –le respondió como si acabara de despertar.

-Disculpe usted, jefe, ¿tiene algún problema? –indagó respetuosamente el joven de mediana estatura de piel blanca, delgado y pelo lacio, de color negro donde ya se evidenciaban signos inequívocos de una temprana calvicie.

-En absoluto ¿Qué te hace creer eso? –le preguntó el alto oficial que aún no acababa de concentrarse en su postura acostumbrada.

-Es que..., –titubeó.

-¿Qué sucede, Ayudante? –lo precisó.

-No, es que como lleva varias horas ahí, con los ojos cerrados, desde que le entregué el telegrama que le trajeron, pensé que a lo mejor... –no continuó.

El Coronel buscó mejor acomodo sobre la silla y le sonrió. Pero al joven le pareció que era una sonrisa triste. Puso el retrato sobre la credenza⁷⁶. Tomó el telegrama y lo metió en el sobre. Luego lo guardó en uno de los bolsillos de la camisa.

-¿Es su hermano? –le preguntó Albertico señalando el retrato.

-Casi, como si lo fuera. Es mi primo Laíto. El telegrama es de mi prima Oriá, su hermana menor. Me comunica que acaba de fallecer. –Hizo una pausa- Estaba pensando en el precio de la infancia, sólo eso –le respondió.

El joven oficial lo miró extrañado.

-Lo siento mucho, Coronel... –dijo turbado el joven- pero dígame, ¿El precio de la infancia dijo usted? –Preguntó mirándolo con una expresión de desconcierto.

El jefe no le respondió. Introdujo unos papeles dentro del portafolio que tenía sobre el buró. Luego se puso de pie y se abrochó el zambrán⁷⁷, abrió una gaveta, de donde extrajo una pistola *Makarov* que guardó en la funda que colgaba a su costado izquierdo y se dirigió a la puerta de la oficina. La abrió. Se dio vuelta hacia donde el teniente había quedado detenido.

-¿Tienes buenos recuerdos de tu infancia?

La pregunta dejó al joven sin respuesta inmediata.

-No entiendo, Coronel –le respondió.

-Lo que quiero decir es si no te vienen a la mente recuerdos de cuando eras niño –le simplificó el jefe.

⁷⁶ Estante de oficina que se pone detrás del buró

⁷⁷ Cinturón militar.

-Bueno, sí. Recuerdo algunas cosas, no muchas, las actividades en la escuela, los amigos, cosas así... – confesó aún sin comprender la esencia de la pregunta de su jefe, al que conocía bastante bien y sabía que nunca decía nada por el simple hecho de decirlo.

-Albertico, quien no tenga buenos recuerdos de su niñez, es como si de pronto despertara en medio de un lugar desconocido sin saber de dónde vino ni por qué está allí – comenzó a decir- es como iniciar un largo viaje y llevar el baúl medio vacío. Ese es el precio que todos le adeudamos a la infancia. Trata de encontrarte allá, o nunca te encontrarás completamente –y cerró tras de sí la puerta ante los ojos atónitos del joven que se quedó encogido de hombros.

Alamar, Julio 2015